

125

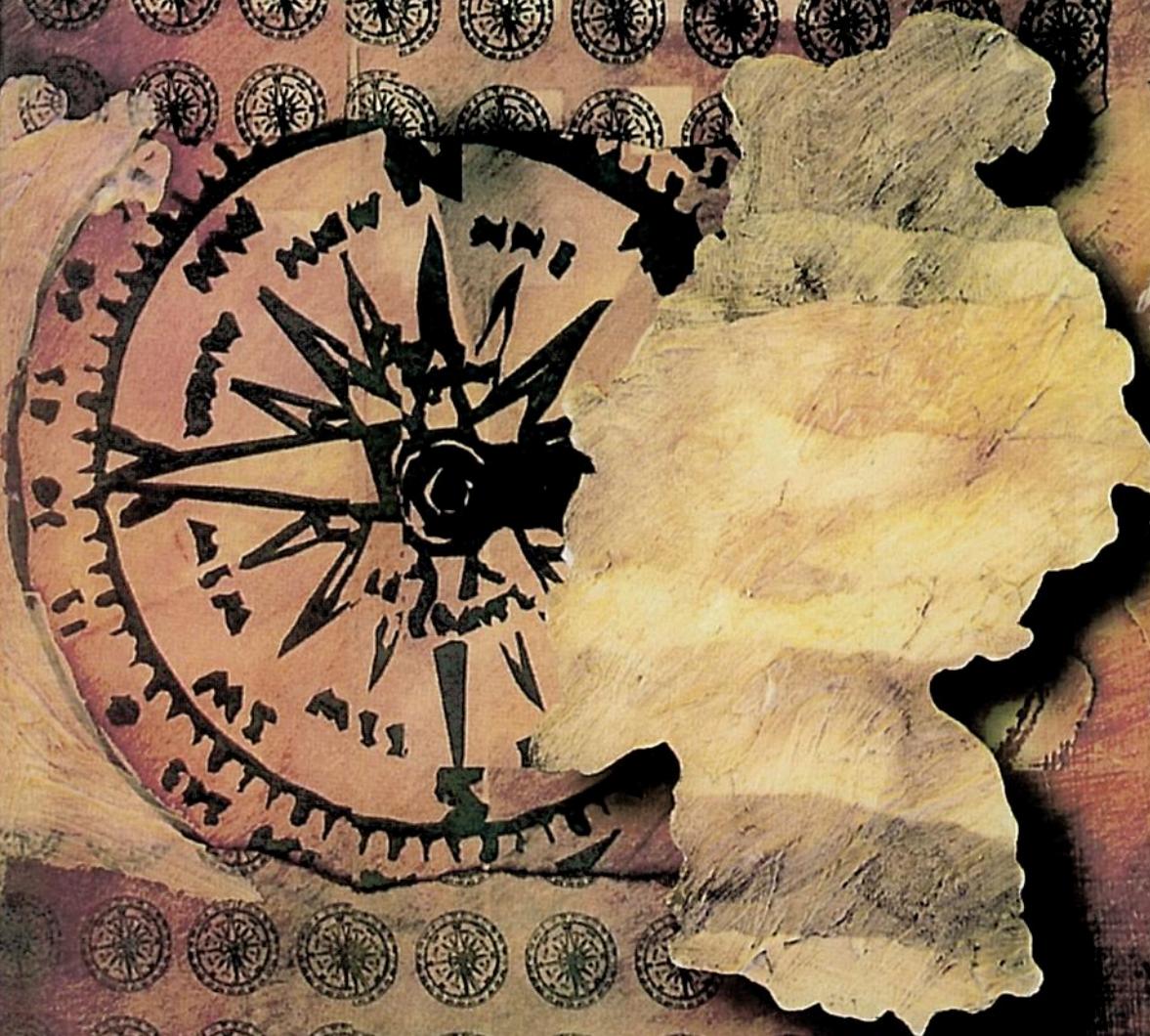
QUEHACER



inteligencia oculta



ATLAS DEL DEPARTAMENTO DE
HUANCAVELICA



desco

Venta exclusiva en El Virrey y Desco

QUEHACER



TARIFA ANUAL

(6 números)

ACIONAL

S/. 75.00

INTERNACIONAL

América Latina y el Caribe US\$ 60.00

Resto del mundo

US\$ 80.00

Deseo tomar () suscripción(es) anual(es)

A nombre de

.....

Dirección:

Ciudad: País:

Telf.: Apdo. postal

email:

Internacional:

Envío:

() Cheque a nombre de DESCO, o

() International Money Order a nombre de
DESCO, o

() Abono directo a la siguiente cuenta bancaria:

Banco Wiese - Lima

Cta. Cte. US\$

071-1222170/DESCO - Publicaciones

Nacional:

Envío:

() Cheque a nombre de DESCO, o

() Abono directo a la siguiente cuenta bancaria:

Banco Wiese - Lima

Cta. Cte S/.

071-2568829/DESCO - Publicaciones

* Los costos bancarios, tanto del país de origen como de destino, corren a cargo del suscriptor.

En caso de abono directo, nacional o internacional, remitir a nombre de la revista QUEHACER, vía fax o por correo normal, fotocopia de la nota de depósito.

desco

Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo

LEÓN DE LA FUENTE 110 - LIMA 17 - PERU ☎ 264-1316 - FAX 264-0128

UNMSM-CEDOC

QUEHACER

Lima, julio-agosto 2000



52 En estos tiempos lo único razonable parece ser la locura. Aquella que se vincula con la audacia, el arrojo, el romper con el conformismo que ha hecho de la oposición una pieza funcional al régimen.

Director: Abelardo Sánchez León

Editor fundador: Juan Larco

Editor ejecutivo: Hernando Burgos

Redactor: Martín Paredes

Coordinación: Mónica Pradel

Corrección: Annie Ordóñez

Diseño y fotografía de carátula: «Invierno 92», de Anamaría McCarthy

Diagramación y composición:

Juan Carlos García M.

Dirección: León de la Fuente 110, Lima 17,
Perú. **Tel:** 264-1316. **Fax:** 264-0128

Impresión: INDUSTRIALgráfica S.A.

Suscripciones: Cheques y giros bancarios a
nombre de DESCO.

Quehacer: Revista bimestral del
Centro de Estudios y Promoción del
Desarrollo, DESCO.

Consejo Directivo de DESCO:
Eduardo Ballón, Presidente; Julio
Gamero, Carlos Reyna, Alberto
Rubina, Abelardo Sánchez León,
Molvina Zeballos.

© DESCO, Fondo Editorial.

ISSN 0250-9806

Hecho el depósito legal: 95-0372

http://www.desco.org.pe/qh/qh-in.htm
e-mail: qh@desco.org.pe

Pensar en sociedad

A Fujimori no le gustan los intelectuales, le gustan los militares	4
El intelectual frente al pensamiento único / Una entrevista con Aníbal Quijano, por <i>Carlos Iván Degregori y Carlos Reyna</i>	6
Los intelectuales latinoamericanos descritos por sus (im)pares / <i>Martín Hopenhayn</i>	16
De marginales, heterodoxos, bufones de la corte y otros frente al poder / <i>Miguel Gutiérrez</i>	26
USA: Intelectuales a media voz / <i>Peter Elmore</i>	36
Escribir no es sólo cosa de hombres / <i>Margarita Giesecke</i>	40
Se busca un intelectual, razón aquí / <i>Martín Paredes Oporto</i>	46

Momento político

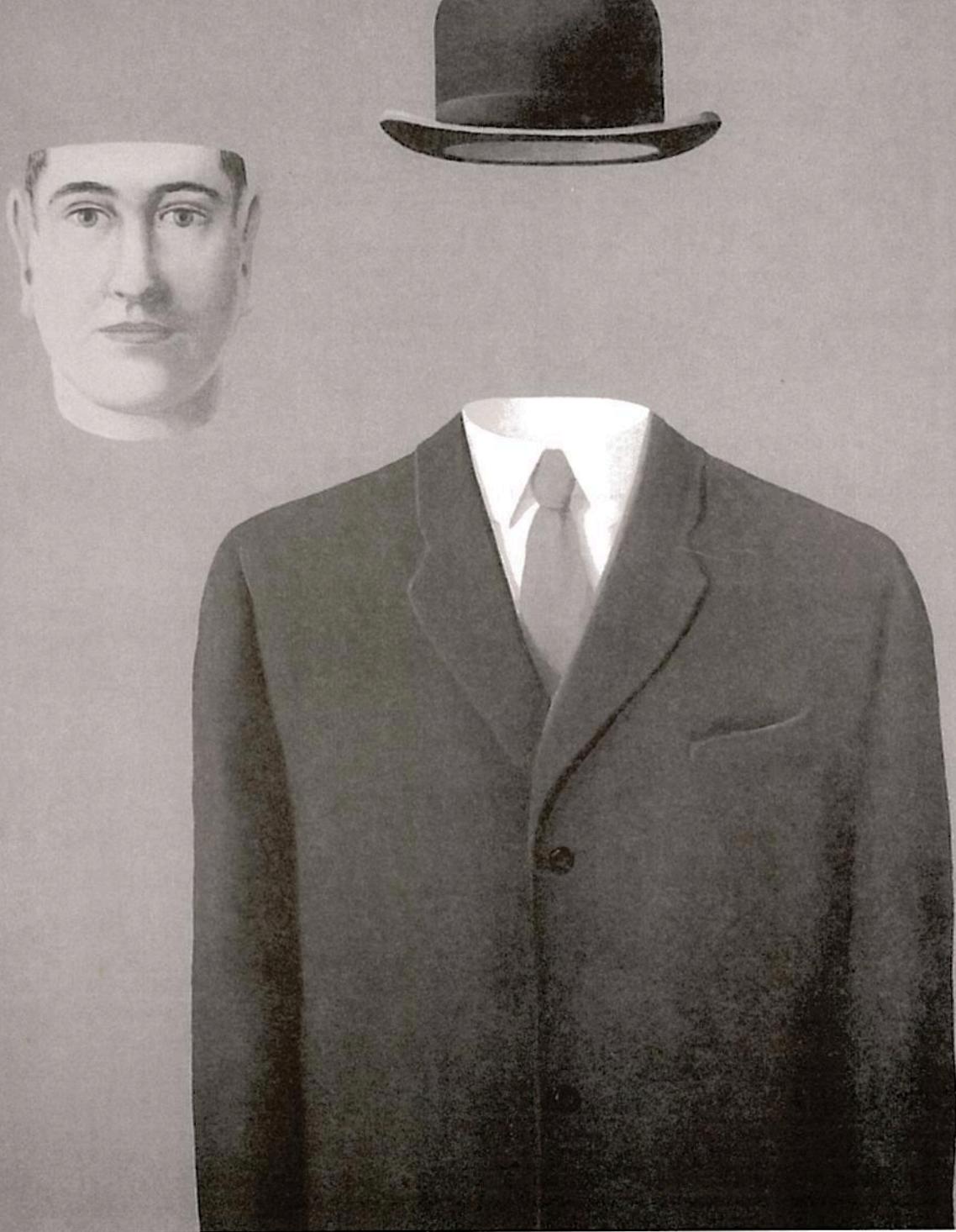
La oposición a las calles	52
El dilema de una oposición funcional / <i>Eduardo Ballón E.</i>	54

Crónicas

Despedirse más y mejor, sí... / <i>Alfredo Bryce Echenique</i>	56
Ofrenda en el altar del bolero / <i>Eloy Jáuregui</i>	65
De la transgresión como vocación clandestina / <i>Leyla Bartet</i>	72

El ritmo de la época

Tecnocracia y tecnocumbia	78
Los economistas y el poder en el Banco Mundial / <i>Humberto Campodónico</i>	80
Tecnócratas del entendimiento / <i>Mayte Mujica</i>	88
La misma chicha con distinto tecno / <i>José María Salcedo</i>	92
Adiós a los 12 Apóstoles / <i>Francisco Durand</i>	98
Rossy War y la chicha amazónica / <i>Arturo Quispe</i>	106

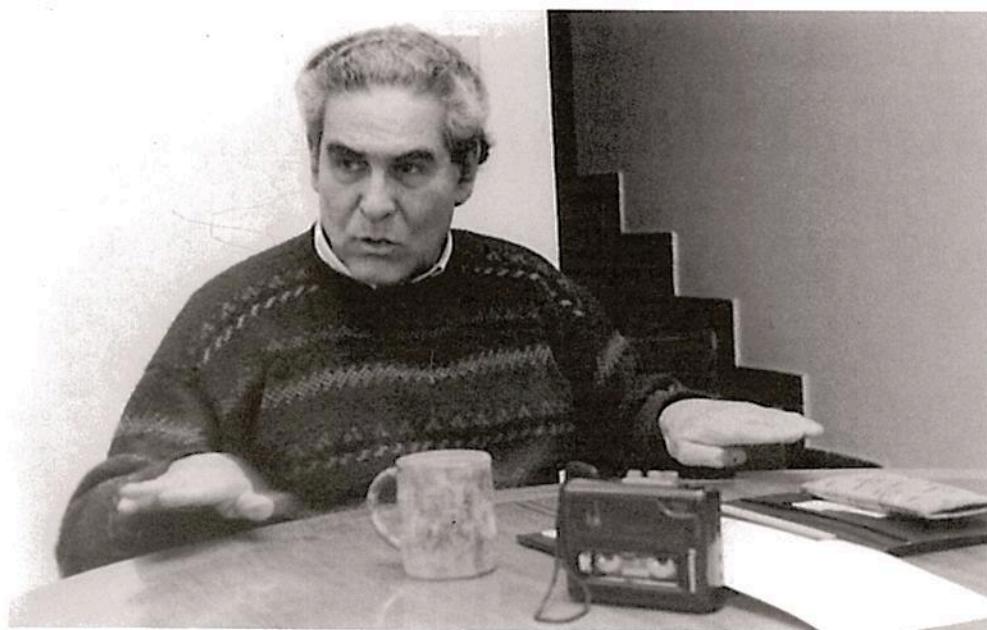


A Fujimori no le gustan los intelectuales, le gustan los militares

Los años ochenta son conocidos como los de la década perdida. Los noventa, que acaban de pasar, como los del silencio. Durante esos años no estuvo de moda pensar; estuvo mal visto, además, y era peligroso. Esa agobiante atmósfera se resumía en una sola frase: «es tiempo de hacer, no de pensar». Bajo esa premisa, supuestamente pragmática, se tendía un oscuro manto de secretos y temores. Ante la evidente ausencia de ideas se propuso, desde el gobierno, la nefasta convicción de que el diálogo perturbaba una eficiente gestión empresarial, versión que a Fujimori le gusta porque se ve a sí mismo como un gerente. El lema de su gobierno es exacto al de los carteles que se encuentran en las paredes de los hospitales: «prohibido hablar».

Esta actitud supuestamente eficiente, gerencial, moderna y globalizada sataniza el papel del intelectual. Para el régimen fujimorista, el intelectual es visto como una persona que no asume su responsabilidad, que piensa sin tomar en cuenta la aplicación de sus propuestas y que ha perdido la capacidad de expresarse ante las grandes mayorías. Los últimos diez años testimonian esta grave realidad, sobre todo si consideramos el papel que desempeña una televisión cautiva, acrítica, que no informa y que el gobierno auspicia financiando programas embrutecedores. El desmantelamiento de las instituciones civiles impide que la población establezca un diálogo vivo con aquéllos que tienen como misión pensar sistemáticamente nuestro presente y futuro. La excepción sería Vladimiro Montesinos, quien para el presidente Fujimori es un intelectual de exportación. Una cabeza pensante que él podría prestar a Colombia.

Sin embargo, la sociedad no está muerta. Los últimos acontecimientos políticos, la turbia tercera elección de Fujimori, han desatado una vitalidad no vista en la última década, especialmente entre los jóvenes, aquéllos que vivirán a lo largo y ancho del siglo XXI.



Susana Pastor

EL INTELECTUAL FRENTE AL PENSAMIENTO ÚNICO

**UNA ENTREVISTA CON ANÍBAL QUIJANO, POR CARLOS IVÁN DEGREGORI Y
CARLOS REYNA**

Dices que siempre fuiste «la minoría de uno»...

– Tengo la sensación, desde hace largo tiempo, de haber sido y de ser aún la «minoría de uno», por razones más o menos entendibles: la derecha por molestarse y la izquierda porque siempre estuvo muy molesta. Lo que quedaba era el centro heterogéneo.

– Da la impresión que siempre te sentiste así...

La gracia de ser la «minoría de uno» es que en el momento en que se enuncia algo, siempre se es «minoría de uno». Un tiempo después, una parte de las ideas parecen generalizarse, lo que no quiere decir que se deba a la influencia de uno sino a que las cosas se hacen más visibles de lo que eran un poco antes. Lo importante es el tipo de preguntas que se ha querido hacer, el tipo de preguntas que no se ha querido hacer, incluso que se ha rechazado y con tanto

tipo de conclusiones a las que había que llegar.

— A mí me animó preguntarte por lo de la «minoría de uno» porque me daba la impresión de que había sido una opción tuya en algún momento, porque te recordábamos en los años de la revista *Sociedad y Política*. En esa época tenías una suerte de voluntad, usemos la palabra, de ser intelectual orgánico. Luego hubo un repliegue, un alejamiento incluso físico, y un discurso que ya no tiene un público objetivo tan concreto.

— Durante los años sesenta y setenta, cuando realmente se estableció la corriente social e intelectual de izquierda con sus múltiples facetas, pero que fue la dominante, todo aquello que estaba en sus fundamentos y en sus implicaciones de largo plazo no era para mí aceptable: es decir, lo que es llamado entre comillas «materialismo histórico» con sus ramificaciones en el extremismo, claramente en el maoísmo o en el trotskismo, y otros ismos de la época. Ciertos momentos de incandescencia heroica, por ejemplo, como el que representa el Ché, introduce un matiz en este cuadro. La figura del Ché tiene un fulgor propio que está más allá, un poco al otro lado. Con excepción de esto, lo demás debe ser, pasado el tiempo, visto en perspectiva, con calma. Ustedes probablemente no estarían muy en desacuerdo conmigo en admitir que esas eran las hegemonías de ese tiempo. Pero yo no podía estar cerca de eso; tampoco podía estar muy lejos porque estábamos más o menos emparentados, pero para las ideas que quería trasmitir había como un barranco; y como yo sabía eso, como un ejercicio de reflexión, pensaba: «hay tan-

tas preguntas que no se pueden hacer», y esas eran justamente las preguntas que yo pensaba que había que hacer.

— Supongo que hablas de un espíritu reaccionario de derecha y otro similar de izquierda. En el sentido de bloqueo a las ideas, al debate, una especie de dogma sagrado que impedía plantearte algunas preguntas.

— Eso no fue un privilegio exclusivamente peruano. No sólo era en el Perú, sino en todo el mundo. Lo que estoy llamando «materialismo histórico» es una vertiente que en una parte se remite a Marx, pero que omite el hecho de que Marx fue sumamente heterogéneo, y para mí, por cierto, afortunadamente. Luego, dicho en términos actuales, lo eurocentrismo del movimiento de reflexión de Marx no sólo omite, sino que bloquea aquello que es su reflexión en la última parte de su trabajo: su curiosidad por el Asia, su encuentro y su debate con la investigación rusa del siglo diecinueve, etc.

Hay una derivación, sin embargo, que luego fue canonizada y codificada con el nombre de Materialismo Histórico, Marxismo Leninismo, codificada e impuesta. Las vetas, al costado, se hicieron tributarias de ese tronco en una actitud defensiva, que reacciona, que pierde autonomía como los descendientes de Rosa Luxemburgo, los descendientes de Trotski.

— ¿Hasta qué punto Marx ha dejado de ser un modelo intelectual para ti?

— Yo insisto en que Marx es intelectualmente muy heterogéneo, aunque su perspectiva es básicamente eurocentrica. Las herencias que pueden obtenerse de él son diferentes; entonces, no se puede hablar de un modelo. Hay, creo, muchas cosas que aún están en él como presupuestos y puntos de partida. Incluso, yo digo eurocentrismo, pero él nunca fue prisionero del eurocentrismo. Se debatió contra eso, y al final incluso estaba al borde de la locura.

Los andamiajes teóricos centrales no han sido terminados ni son totalmente obsoletos, aunque hay una cantidad de

* Sociólogo peruano. Fue uno de los forjadores de la teoría de la dependencia. Sus principales libros son: *Movimientos campesinos en América Latina* (1965); *Imperialismo y marginalidad en América Latina* (1977); *Imperialismo, clases sociales y Estado en el Perú* (1978); *Dominación y cultura: lo cholo y el conflicto cultural en el Perú* (1980); *Modernidad, identidad y utopía en América Latina* (1988); *El fujimorismo y el Perú* (1995).

preguntas que no han sido respondidas. Y hay una cantidad de preguntas nuevas que hemos aprendido en el transcurso del tiempo y que no fueron planteadas en el siglo XIX. Tú tienes un Marx que abre realmente el terreno de la investigación, por primera vez en serio, de Saint-Simon sobre la sociedad; y un Freud que abre el problema de la subjetividad. Lo único que no estaba, por ejemplo, o estaba apenas tocado y nunca desarrollado realmente, es el tema del cuerpo. El eurocentrismo que comienza con Descartes, esta radical división, separación entre el cuerpo y no cuerpo, aún tiene una huella clara, seguimos aún prisioneros en gran parte de eso. Por eso digo, no era un andamiaje teórico, homogéneo y sistemático de punta a punta. No era una doctrina, sino un esfuerzo teórico; por lo tanto, con relaciones contradictorias y conflictivas entre sus elementos y con la realidad, que es lo que diferencia la teoría de la doctrina.

— Yo no estoy del todo de acuerdo, porque me parece que tu visión es demasiado monolítica. Aquí hubo resquicios, espacios, tal vez no en San Marcos donde la vida social era más asfixiante. Pero justamente tú te refieres a los años donde, más bien, se comienza a resquebrajar la hegemonía del pensamiento marxista leninista, maoista y todas las variantes, y da lugar a que haya, como se llamó una revista en San Marcos: *Herejes y Renegados*.

— Esas críticas en San Marcos son recientes.

— Hubo intentos de enlazar el marxismo con estas nuevas corrientes, como la incorporación del cuerpo, de la subjetividad, de los subalternos.

— ¿Desde cuándo estás hablando?

— Para decirte la verdad, en el Perú, desde fines de los setenta.

— Si uno dice que hay ciertas vertientes dominantes, no está hablando de nada monolítico. Heterogeneidad implica discontinuidades. Dicho esto, por supuesto, una hegemonía no quiere decir nada monolítico y quiere decir exactamente que hay algo que subordina a

las demás. Las que no se llegan a subordinar son variantes, quedan al margen, requieren estar al margen y al frente. En los sesenta, en varios lugares del mundo, particularmente en América Latina, hubo todo un debate en torno a la dependencia, que en su primer momento, no en su momento de canonización, estaba fundada en el redescubrimiento de la heterogeneidad. Es muy curioso. Ahora, la idea de multiculturalismo, de hipericulturalidad, de heterogeneidad, parece que viniera de centros académicos de Europa y de Estados Unidos. Casi, casi, parece que lo han descubierto allá y que nosotros lo estamos importando. Pero es patrimonio latinoamericano de los años veinte y, sobre todo, en su gran momento, de los sesenta. La derrota política hace que también eso intelectualmente se sumerja. Porque mientras no sea usado, es un pensamiento que está al margen. Mientras una pregunta hecha acá no sea una pregunta admitida y usada y explorada por los demás, por lo menos por un sector relativamente importante, está allí, pero al margen; existe, pero al margen.

— A partir de los años noventa hubo casi una desaparición del papel de los intelectuales en la vida pública y, más bien, fue reemplazado por tecnócratas o por intelectuales mediáticos o *light*. Jaime Bayly, entrevistado y pidiendo referéndum, seguramente tiene más impacto que si firman veinte o cincuenta o cien intelectuales. ¿Cómo ubicarse ahora como intelectuales?; ¿tienen posibilidades de desempeñar algún rol? Pero antes, una curiosidad: ¿cuál es tu opinión, como intelectual, de Macera, Vargas Llosa y Guzmán?

— Empecemos por una primera observación que me parece indispensable, para escapar de esta mitificación de categorías: campesino, clase obrera, intelectual, a la que nos han habituado. Se trata de una realidad, de un universo muy heterogéneo. Creo incluso que los intelectuales tienen una sola cosa en común: que su actividad principal, y a veces la única, es la reflexión sistemática.

ca. La otra observación nos remite a la historia y sus referentes intelectuales. Los europeos, por ejemplo, han discutido, *grossó modo*, en torno a dos vertientes. Una, cuyo exponente más grande es Manheim. Manheim, recordemos, ve al intelectual como una «inteligencia que vuela, o flota libremente». Es una vertiente muy influyente porque remite a algo que todo el mundo reclama, que es la autonomía del intelectual respecto de su clase. La otra vertiente la representa Gramsci, con esa idea de intelectual orgánico, que todo el mundo repite por calles y plazas y que por momentos es casi irreconocible. En ambos, sin embargo, hay la idea de que el intelectual debe ser crítico, que debe estar, sobre todo en la versión francesa del treinta para adelante que Sartre lanzó a la celebridad, *engagé*, es decir comprometido.

La relación entre intelectuales y poder debe haber sido siempre muy tortuosa, conflictiva, contradictoria y complicada, porque hemos encontrado intelectuales destacados como seguidores de dictaduras, que incluso terminaron condenados y mandados a ejecutar por sus amos. En América Latina, *La fiesta del Chivo* describe a esta mancha de intelectuales, que parecen fascinados, deslumbrados y pasan al servicio, no de la dictadura, sino de ese personaje fabuloso que es el Chivo. Pero si Vargas Llosa u otro fueran a novelar, por ejemplo, a Juan Vicente Gómez, en Venezuela, mucho antes, encontrarían lo mismo, sólo que en Venezuela además medió un teórico político importante, Laureano Vallenilla Lanz, autor de un libro que en su momento fue muy influyente, *El cesarismo democrático*. Allí trata de probar que un fulano como

Juan Vicente Gómez, dictador realmente bestial, no era cualquier cosa. Trujillo era refinado; el otro era una bestia. Pero los dos eran considerados por esta gente como virtualmente los fundadores de la nacionalidad, los que toman todas las riendas para organizar, centralizar, dar corporeidad histórica a eso que parece algo caótico y que no sale nunca de la crisis. Vallenilla Lanz dice que ser democrático es exactamente eso. En Amé-



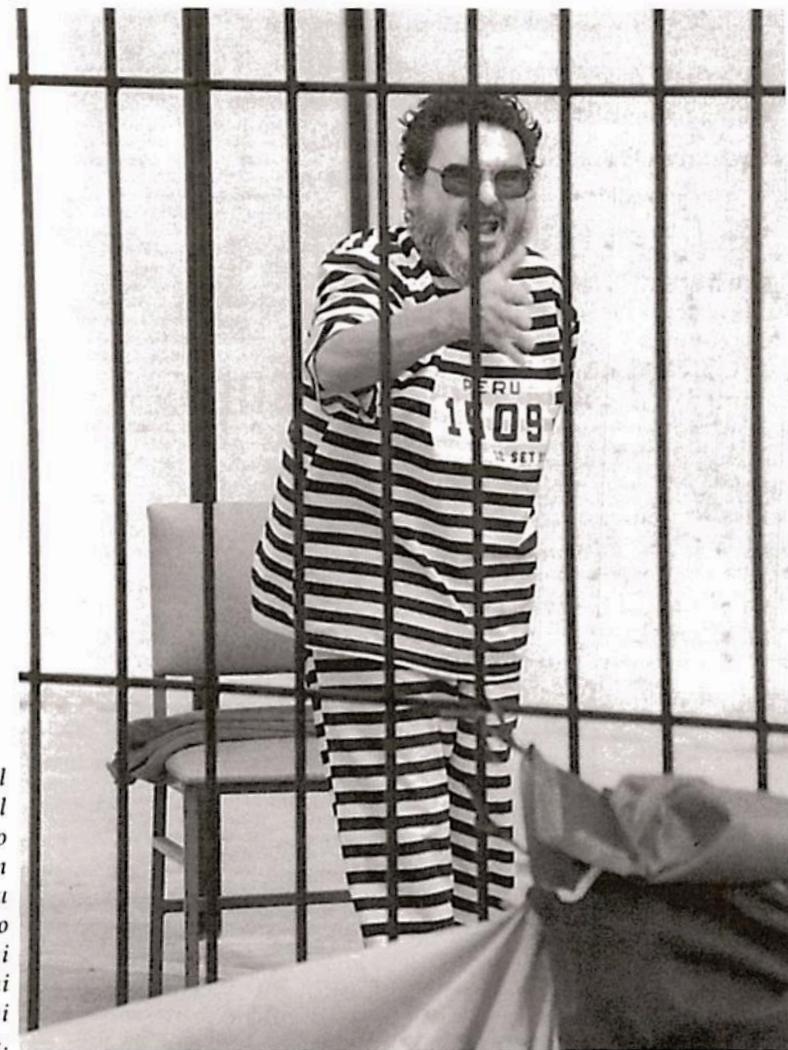
Historiador Pablo Macera dejó de ser el inteligente, crítico y siempre joven francotirador al pasar inesperadamente a las filas del oficialismo. Su frase «El Perú es un burdel» mantiene plena vigencia.

rica Latina hay, pues, toda una tradición al respecto. Si miramos al Perú encontramos que en este siglo hay muchos paralelos entre los veinte y el Perú de los noventa. No sólo por Leguía, aunque ciertamente todo el mundo ha hablado principalmente de eso. En los veinte emerge una franja llamada de los

intelectuales que están políticamente distribuidos en un amplio espectro, que va desde Mariátegui, pasando por Haya, Basadre, Villarán, etc. Es decir, toda la progresión de la izquierda hasta la derecha; y que de algún modo prolongan a la vez que rompen con el pensamiento de la generación llamada del novecientos y que proponen por primera vez una imagen de lo que podía llegar a ser un país como el Perú. ¿Qué tienen en común todos ellos, a pesar de todas sus variantes? Que todos ellos se formaron dentro de la at-

mósfera de la educación llamada oligárquica. Unos porque vienen directamente de ahí y otros porque es lo único que hay. Eso hace una franja de gentes que son socialmente muy heterogéneas y que todos como generación aparecen como encarnando una suerte de misión histórica. Lo que dijo Víctor Andrés Belaunde temprano: queremos Patria, lo vamos a hacer de esta manera. Claro, para eso se crea toda esa mitología nacional, en la cual todavía vivimos. En la generación de ustedes, Tito Flores y Manuel Burga han here-

Para Aníbal
Quijano, Abimael
Guzmán Reynoso
no es un
intelectual. Su
propuesta «no
tiene sustento, ni
empírico ni
teórico ni
histórico».



AP / Wide World Photos

dado y han vuelto a celebrar unos mitos típicos de ese momento, como en Basadre, que habla de una República Aristocrática. Donde la palabra aristocracia es tomada sin inventario porque obviamente lo menos que era esa república es aristocrática. Pero se crean esos mitos, se heredan y se retransmiten.

Esos intelectuales tenían simultáneamente una relación de cercanía y de conflicto con la dictadura de ese momento. Porque los veintes son una ruptura no sólo en el campo del pensamiento sino de punta a punta: el país se está transformando y con Leguía tiene una relación de odio-amor. Podemos recordar que Leguía es el maestro de la juventud en el año veinte, de todos ellos, porque en San Marcos esa era la actitud general. Recordemos que a Haya le preguntaron poco antes de morir quién había sido a su juicio el mejor presidente del Perú. Dijo Leguía, sin vacilar.

– Bueno, le habían tocado tiempos peores.

– Valga la ironía. Pero había una diferencia importante con nuestra época. En el año veinte –recordarán– tenemos la revolución mexicana, la revolución china, la revolución rusa, la revolución turca, el comienzo de la gran rebelión hindú... Teníamos un horizonte espectacularmente brillante, resplandeciente. Allá estaba, o bien la democracia en su sentido liberal, porque aquí la oferta liberal era la revolución, o bien la oferta del socialismo, sin importar si ésta era una cosa despótica armada en torno al control estatal, feroz, etc., etc. Entonces el horizonte estaba allí, las metas aparecían allí, el problema era cómo llegar a ellas partiendo de donde partían. América fundó, en un momento absolutamente crucial, una ruptura del tiempo histórico y de ahí los horizontes de la modernidad, la humanidad, el progreso, el liberalismo, el socialismo, uno tras otro, pero nunca dejó de haber un horizonte cuyo brillo fuera mayor o menor según las opciones.

Los noventa, en cambio, ya son los tiempos de la derrota. Creo que es la

primera vez después del siglo quince, en que no hay horizonte. No lo hubo durante los noventa. De ahí, las decenas de libros después de la caída, después del diluvio, etc. No hay horizonte. ¿Qué horizonte podía haber? El socialismo se había terminado y para mucha gente las distintas ideologías de sólo unos años antes parecían de cien años atrás. Eso produjo no solamente una desmoralización muy grande, y una desocupación política muy grande, sino que impuso cambios en el patrón de memoria, acompañados de crisis muy notables de identidad política, y de identidad social.. Entonces, el único horizonte que queda es el del neoliberalismo. Cuando Ramonet en *Le Monde Diplomatique* habla del «pensamiento único», alude precisamente a eso. La inteligencia en todo el mundo lo resiente, aunque en el Perú de manera un poco extrema, por lo que hizo la Izquierda en los ochenta. La deserción teórica, intelectual, después de los ochenta, está detrás del eclipse total del ejercicio intelectual serio en el Perú, en los años noventa, para mí.

– ¿Y cómo afecta esto a Pablo Macera?

– Pablo, todo el mundo ha renegado de Pablo, lo que yo he oído son insultos por todas partes. La gente creo que olvidó rápidamente algunas cosas. Uno, que Pablo fue uno de los mitos que esta Izquierda de la que estoy hablando levantó. Un editorial de la revista *Marka*, que dirigía, si mal no recuerdo, Sinesio López en ese momento, dice: «Pablo Macera es la conciencia moral del Perú». Más no se puede. ¿Por qué lo hacían? Es una pregunta muy importante. Porque él nunca dijo soy socialista, ni soy marxista. Dijo muchas cosas, pero nada sistemático sobre esto. Macera publicó en *La República* una nota que se titulaba algo así como «La Generación Palteada», era un homenaje a Hugo Bravo, un amigo nuestro de esa generación, de Palermo de todos los días, un gran tipo, formidable. Macera dice algo muy curioso ahí: «yo le debo a la juventud

peruana el no haber sido jefe guerrillero porque la juventud peruana ha estado esperando que yo vaya a las guerrillas». Yo me quedé perplejo porque a mí realmente no se me hubiera ocurrido pensar que a alguien de la juventud peruana se le hubiera ocurrido que Pablo fuera guerrillero. Entonces, es curioso, pero muy poco después, en el año 95, se sabe que Pablo ya está trabajando con el gobierno, que viaja con Fujimori, que es su asesor en muchas cosas, que es su delegado internacional...

– Sin reparos democráticos de parte de Macera...

– La democracia no le importa, y su argumento es sensacional. Dice: porque nunca ha existido, y dice después que un gobierno como el de Fujimori es un gobierno históricamente necesario para mantener integrada a la sociedad y llevarla hacia adelante, tal como Laureano Vallenilla Lanz en *El cesarismo democrático*, diciendo casi lo mismo de Juan Vicente Gómez. Sus justificaciones están allí. Pero a él no se le ocurrió decir eso cuando, no mucho antes, la izquierda peruana lo convertía en su líder moral. Al contrario. Y si lo mitificaban de ese modo no era tampoco por pura simpatía personal, sino porque estaba trasmitiendo afirmaciones críticas sobre la sociedad peruana y en particular sobre su falta de democracia. Por eso era importante.

Ahí, insisto, cuando este horizonte al que me refería antes desaparece, este resplandeciente horizonte donde los fines están ya establecidos, mucha gente pasó a la desmoralización, pasó a la desocupación política; muchos intelectuales se replegaron y muchos otros se sintieron libres para, finalmente, poder transitar cómodamente al lado contrario. Y alguien como Pablo, que no tenía ninguna de estas características, entonces también, obviamente, resiente el impacto de todo esto y siente, en un tramo un poco tardío de su vida, que se duerme en su forma de vincularse y de tener alguna influencia en el centro del poder. Sin la derrota mundial, sin este

eclipse total de horizonte, esto hubiera sido menos probable. Quizá...

– Vargas Llosa sería un caso significativamente distinto.

– Pero también creo que con Mario hay un equívoco absoluto, del cual él no es en absoluto responsable. Y creo que eso es responsabilidad, una vez más, del conjunto de la izquierda, que siempre ve cosas que no están. Mira a Pablo como su líder ideológico y moral, no sé por qué, y con Mario es igual. Mario fue, desde que lo conozco hasta hoy, un liberal en política. Es verdad que en sus memorias mucha gente dice que se matriculó en una célula del Partido Comunista, pero aparte de esas aventuras extracurriculares, Mario nunca dejó de ser un liberal, sólo que es un liberal consecuente y en eso es radical. Ahora bien, un liberal consecuente bajo la dictadura de Odría entre 1948 y 1956, obviamente debía parecer a muchos un hombre radicalmente de izquierda.

– Pero está su acercamiento a Cuba también...

– No sólo eso. Antes, cuando vive en París, recordemos, él es autor de esa famosa carta de respaldo a De la Puente y sus compañeros cuando entran a las guerrillas, que firmamos un grupo de intelectuales encabezados por él. Cuando la recibimos en Lima, dijimos: qué es esto, una locura. Ellos dicen: les damos nuestra caución moral. Por amor de Dios, ¿quiénes eran para darle caución moral a nadie?, ¿y por qué?

Entre los puntos que firmaban, había uno o dos aliados de De la Puente, ¿pero un liberal peleando por esto? Se explica: un liberal joven, radical, está en el límite de la revuelta, porque para una empresa liberal en serio se requiere una revuelta.

Luego viene la experiencia con Cuba. Pero eso no es culpa de Mario, es culpa de los cubanos. Los cubanos, como necesitaban salir del aislamiento, acogen e invitan a intelectuales de todo calibre, con la única condición de que sean más o menos antiimperialistas. La historia es conocida. En un momento Fidel pasa

del liberalismo total al estalinismo total. Viene el caso Padilla.

Entonces esto lo va alejando, porque, entre tanto, el liberalismo también ha cambiado. Si tú eres liberal aquí, el mundo se ha movido, y si tú sigues en el mismo sitio, ese sitio puede ser físicamente el mismo pero no es lo mismo, ni histórica, ni socialmente. Supongo que eso le ha pasado a él y al resto de gente. Entonces, eso no es culpa de él. Si túquieres, su liberalismo lo hizo thatcheriano y reaganiano, porque en la empresa antiestaliniana se hizo anticomunista, entonces se plegó al neoliberalismo del grupo Santa Fe, etc., etc.

– Queda por último Abimael. Todos lo llaman por su primer nombre.

Yo creo que es muy difícil pensar en términos intelectuales a Abimael, porque lo que publicó antes es esta recepción y encuadre doctrinario de que el Perú es feudal o a lo menos semifeudal; de que aquí la revolución era del campo a la ciudad; de que el capitalismo burocrático es pro-terrateniente, etc., etc. Teóricamente eso no tiene sustento, ni empírico, ni teórico, ni histórico; es decir, no tiene que ver con nada. En su famosa «entrevista del siglo», él rectifica esto, pero lo rectifica por su experiencia; no es una teoría. Él dice: la revolución no es sólo del campo a la ciudad, sino a la vez en el campo y en la ciudad. Claro, porque cuando le hacen la entrevista, así había ocurrido en la práctica. Porque a fin de cuentas, ¿qué había ocurrido? Que él, como buena parte de los pro chinos de ese momento, asimilaba el Perú a la China de los años treinta, donde, en efecto, el noventa por ciento de la población era rural, a diferencia de lo que sucede en el Perú, donde el setenta por ciento es urbano, y por consiguiente tiene poco o nada que ver. Entonces, creo que su lugar no es intelectual, aunque sin duda, por otro lado, no deja de haber un ejercicio intelectual en función de la práctica política. Él viene de la filosofía, básicamente, pero cuando comienza a trabajar sobre la sociedad y trabaja en



En 1986, en la mismísima Unión Soviética, Quijano avizoró el colapso de los gobiernos socialistas.

términos científico-sociales, entonces ahí pierde piso. Lo que tiene, cuando escribe, es una visión. Y los intelectuales suelen tener visiones. No hay nada citable intelectualmente, pero entonces tiene que citar sus visiones. Pero fuera de eso no hay mucho más.

—¿Cómo definirías la situación ahora, en este nuevo contexto que también ya va cambiando, después de esa cerrazón de horizonte a la que te has

los rangos provincianos de la fauna terrateniente. Pero en los cincuenta y sesenta, gracias al proceso de movilización mayor de la sociedad peruana, vamos a encontrar una nueva fauna y creo que no se puede explicar la existencia de movimientos pro chinos, su inmensa presencia, sin un factor semejante. Incluso, uno puede llegar a entender por qué les parecía que era feudal el país, con sólo observar los comportamientos sociales



Susana Pastor

«La persona llamada Fujimori, cualquiera que sea su lugar, tiene una relación con los intelectuales, una relación pragmática, de uso.»

referido. ¿Cómo ves eso, ahora que comienza un nuevo capítulo y en ese capítulo los jóvenes aparecen nuevamente en la escena de la política?

— Conviene remontarnos un poco en el tiempo. En los cincuenta se podía percibir que entraba una nueva clase media en el Perú. Hasta esa época una gran parte de las capas medias eran gente que venía de las rupturas de las capas altas de la sociedad peruana y de sus capas medias más sociales. La inmensa plana del magisterio y de los políticos de los años treinta que entran con el APRA, es gente que proviene de

subsistentes. Todos los «tics» de tratamiento social en esos años eran para mucha gente de carácter feudal o por lo menos semifeudal.

— Hasta el día de hoy...

— De acuerdo, pero en los setenta era mucho más... Entonces, había ciertos lobotomas sicosociales que son producto del señorío, aunque las relaciones sociales correspondientes no tuvieran exactamente ya presencia en ese momento. Pero por ahí daba la impresión de que hacia su ingreso otra inteligencia, por primera vez una inteligencia que no venía de la educación

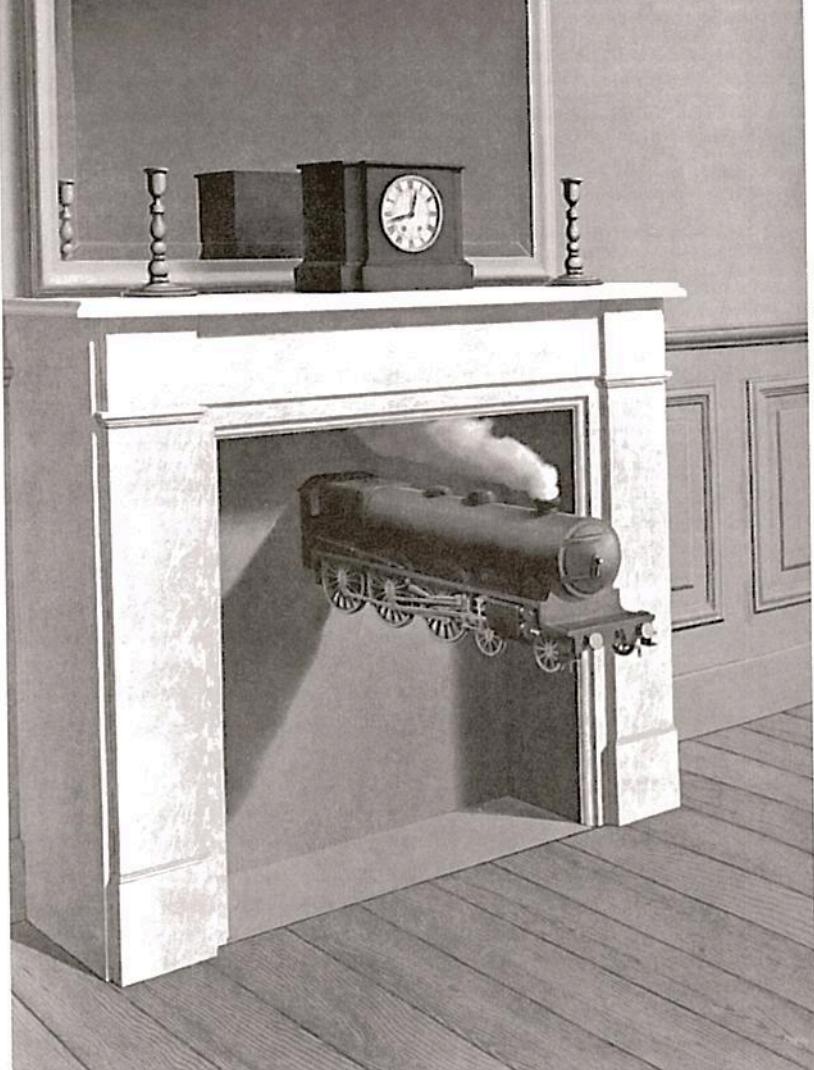
oligárquica, sino de sus rupturas, y en contra de ella; sólo que la opción política y teórica que asumieron no les permitió el vuelo necesario, excepto en poesía y narrativa. Entonces de esa generación, en términos de producción intelectual y teórica, ¿qué cosa importante quedaría? Muy poca, de pocos.

Luego, en los noventa, la nueva burguesía, la que emerge, está aún menos interesada en el mundo letrado, mucho menos que la del cincuenta y sesenta. La de los veinte y treinta estaba interesada, pero recordarán que entre los años veinticinco y treinta y cinco en cada país de América Latina hay un proceso revolucionario, sin excepción; no hay un solo país que se escape de eso y salvo en Chile en todos los demás hay una derrota absoluta bajo sangrientos regímenes militares. Entonces, de la inteligencia crítica no es que no quede, sino que no aparece, no está en el escenario, no publica, no tiene dónde. Por eso en el 45 reaparecen todos. Pero después de eso, la burguesía que emerge en los cincuenta, en los sesenta no tiene más interés intelectual, y la de ahora mucho menos. Y no solamente eso, hay una cosa mucho más grave con la juventud. Hay una franja nueva que ha aparecido en estos diez años con Fujimori, que ha emergido en ese espacio donde la frontera entre lo lícito y lo ilícito se ha borrado, que ha lucrado, se ha beneficiado y se ha convertido en una nueva capa media. Incluso hay mucha gente que viene de muy abajo y se ha instalado como clase media. Como Frank diría de la vieja burguesía norteamericana: es una especie de clase media peruana lumpen, donde el lugar de la inteligencia y de las letras no existe o es mínimo. Entonces, cuando arranca gente nueva, entrando, gente que tiene probablemente menos de veinticinco años en este momento y mirando sus revistas –porque en este momento por fin otra vez empieza a haber un montón de revistas universitarias por todas partes; en San Marcos hay media docena, en la Católica,

ca, en Cusco, en Trujillo, en Chimbote–son, por el momento sobre todo poético-literarias, narrativas, etc, de denuncia en materia política, pero todavía no asoma en ellas ninguna propuesta en términos de preguntas que hacerle a la realidad, o propuestas de respuesta a las preguntas que ya están establecidas. Este es un asunto muy serio que nos concierne a todos. Cuando fui al mitin en la Plaza San Martín el famoso lunes después de las elecciones, tuve una sorpresa agria. Había unas sesenta mil personas, pero la franja entre cuarenta y cinco a sesenta y cinco años no estaba ahí; todos eran menores y sobre todo gente de menos de veinticinco años. ¿Qué quiere decir eso? Que la memoria no está, o sea la correa, esa franja que transmite la memoria no está ahí. Este reencuentro aún no parece haberse producido totalmente. Si la memoria tiene que ser aún recuperada; si el debate, las bases del debate, las preguntas, requieren aún ser establecidas; entonces estamos ante un problema importante que debe preocuparnos a todos: la total confusión entre liberalismo y democracia. Entonces volvemos a la vieja quimera del liberalismo latinoamericano: democracia, en los términos del capital, sin ciudadanía. El mercado no existe sin la ciudadanía, y sin ésta, la ciudadanía, la sociedad, el Estado van a ser como lo que son ahora.

– ¿Cómo ves la relación que Fujimori establece con los intelectuales?

– No creo que su relación con los intelectuales sea apreciativa, ni cordial; yo no creo que esto le interese mucho. No quiero decir con esto que Fujimori sea el equivalente de Ferdinand Marcos en Filipinas: una especie de puédelotodo, y hácelotodo. Es por eso que yo insisto en hablar de algo llamado fujimorismo, que es un régimen político, hecho de muchas cosas. Dentro de ese ensamblaje Fujimori es una parte, probablemente ha ido incluso creciendo su margen de acción, pero no creo que sea el que tome las decisiones mayores ni más importantes, ni ahora, ni antes. ■



“La Durée Poignardée”, 1939. René Magritte

La locomotora de la historia no espera, y cuando el intelectual despierta sólo le queda embarcarse en las nuevas rutas de la libertad.

LOS INTELECTUALES LATINOAMERICANOS DESCRITOS POR SUS (IM)PARES

MARTÍN HOPENHAYN

Un intelectual posmoderno describe a un intelectual crítico: «¿Por qué insiste en ser el aguafiestas de la historia? Basta ya de melancolía: en esta modernidad sin muros y abierta a la aventura, no puede seguir creyendo que la tarea del intelectual es desenmascarar los artificios del poder y las maldades de la alienación. La locomotora de la historia lo relega al último vagón, y él sigue pensando que puede cambiar la dirección de los rieles para hacer girar el tren en 180 grados. ¿Hasta cuándo? Se quedó pegado en el sueño en que él hacía parte de una vanguardia capaz de trizar el poder y recomponerlo según sus obsesiones decimonónicas de socialismo libertario o humanismo compasivo. Cree interpretar a Marx poniendo sus saberes al servicio de la transformación del mundo, pero no se da cuenta de que el mundo se transformó pese a él, y que lo que cabe ahora es partir de este cambio, embarcarse en las nuevas rutas de la libertad, que incluyen la libertad económica pero que también desafían a una mayor secularización de valores. Insiste en la queja, en la denuncia de los abusos de una globalización a la que atribuye el signo del demonio. ¿Pero no se da cuenta que la globalización es el único camino para bailar en la fiesta de las culturas híbridas, jugar el juego de los mensajes que se cruzan por todos lados, deslocalizar la propia identidad y liberarnos, precisamente, del peso de la historia?»

Un intelectual crítico describe a un intelectual en el gobierno:

«¿A eso le llama 'praxis transformadora'? Quien lo viera en la lucha contra la dictadura y el neoliberalismo, ahora defendiendo este último con eufemis-

mos como la 'entrada a la modernidad' y la 'visión de futuro'. Le queda de su propia historia cierta informalidad: sus ternos son de colores y sus corbatas un poco osadas. Tiene un asesor de imagen para verse a la vez suelto y confiable. Entre amigos dice lo que piensa y ante el micrófono lo que resulta políticamente conveniente. Lo más radical que lee es a los liberales democráticos y neocontractualistas, que ya los leía hace una década cuando preparaba su desembarco de la ONG al puesto de gobierno. Su rebeldía le duró hasta que descubrió que tener un puesto de gobierno le hacía sentir bien, y hasta poderoso. 'Hay que ser realistas', me dice cada tanto para desembarazarse de cualquier examen de consistencia. Y aunque no lo diga, entiende ese realismo como acomodo, complacencia o a lo sumo como opción de introducir cambios mínimos en un orden estructuralmente injusto. De haberse visto como es hoy con sus ojos del pasado, habría dicho que su futuro sería el mejor ejemplo del viejo eslogan que celebramos en una película de Scola: hay que hacer que las cosas cambien un poco para que nada cambie demasiado. Ahora lee a Toffler, a Fernando Flores y a Negroponte como si allí encarnara hoy el viejo mito de la emancipación del sujeto. Entre las nuevas formas de gestión, las tecnologías de la información y la iniciativa empresarial, encuentra una nueva utopía y se la cree, o hace como que se la cree.»

Un intelectual del gobierno describe a un intelectual de organizaciones de base:

«Sí, no cabe duda que es bienintencionado. Esto de ver en los pequeños actores a los portadores de nuevas racionalidades es loable. Pero sigue pegado en la idea de buscar actores que rediman la historia. ¿De dónde espera que todos estos grupos pequeños de

* Importante filósofo chileno. Ocupa un cargo de conducción en la Cepal.

mujeres, campesinos, cooperativistas, ecologistas, indígenas y artistas, puedan llegar a armar una propuesta de gobierno? Al final, su discurso es una mezcla de citas de Agnes Heller, Galeano, Max-Neef, Galtung, un poco de Amartya Sen, pobladas con casos aislados de grupos de base que portan nuevos ideales encarnados en nuevas prácticas. Y de tanto buscar, confunde: confunde la cultura popular con nuevas

formas de organización, confunde las estrategias de supervivencia con racionalidades emergentes, confunde la pobreza con el desarrollo alternativo, el club de barrio con la utopía social, las demandas de las mujeres con el fin del patriarcado. Habla de nuevas metodologías de investigación-acción, investigación participativa, técnicas cualitativas, fin del paradigma racional-iluminista. Pero más que metodología, es nueva

Concilia la apertura económica con el conservadurismo moral, hace de su país un mercado abierto y a la vez un convento: el libro en la mano izquierda y el rosario en la derecha.



“La Confesión”, 1980. Cristina García Rodero

ideología revestida de una retórica que aboga por el tan mentado nuevo sujeto. Quiere verse como el intelectual comprometido con el cambio en la base social, a medias produciendo conocimientos para enriquecer la experiencia de otros, a medias recogiendo la experiencia para pretender, desde allí, confirmar nuevos conocimientos aplicables a las ciencias sociales en su conjunto. Va de lo particular a lo general, y viceversa, como quien se cambia de camisa, sin reparar en el mismo hueco que deja entre ambos niveles. 'Ese hueco, argumenta, es el espacio de la nueva política'. El problema es que lleva ya dos décadas con esa respuesta vacía y parece no inquietarse en la demora.»

Un sociólogo de la academia describe a un intelectual que está haciendo plata como asesor de imagen corporativa:

«¿Hasta dónde puede extenderse el campo de aplicación de las ciencias sociales? El caso que aquí describo ilustra sobre este dudoso matrimonio entre el ámbito de la investigación social y el de la publicidad. Una cosa es hacerse rico escribiendo un libro, otra maquillando la imagen de un candidato o de una empresa. El tema en juego no es, claro está, el del ejercicio de la profesión sino el de la buena conciencia del intelectual. Podrá argumentar que la sociología ha muerto, lo que pongo en duda. O que los intelectuales deben empaparse en la contingencia, tomar la iniciativa y ubicarse en los nichos del mercado. Pero a mí me huele a pacto mefistofélico. Al final, su trabajo se reduce a cálculo económico y cálculo político. No hay otro fundamento para su práctica que su rentabilidad. Podrá movilizar la batería metodológica que aprendió cuando era investigador social: encuestas, *focus group*, manejo de la opinión pública. Pero sólo lo hace para competir en un juego que es propio de la publicidad: dar en el clavo no es plantear una hipótesis de discusión ni verificarla, sino tener una idea que venda o una estrategia que triunfe. Despajado de racionalidad sustantiva, mode-

la un discurso ad hoc para hacer pasar su razón instrumental por visión de futuro. Como el negociante calvinista, poco a poco el dinero que genera se le va convirtiendo en la evidencia de su buena práctica. Al extremo que cree, o quiere creer, que su éxito mundano es la nueva vara que consagra un nuevo matrimonio entre la virtud y el saber. Poco le importa a quién promueve, con quién teje alianzas, e incluso contra quién asesora. Y cuanto más remodela sus fastuosas oficinas y cambia el look para mejorar su carta de presentación frente al cliente, más crujen en sus tumbas los huesos de Comte, Weber y Durkheim.»

Un intelectual progresista describe a un intelectual integrista:

«Qué duda cabe, hemos cambiado de adversario. Avanzamos por la senda de la modernidad y sin embargo tenemos a este intelectual retrógrado, inspirado en los historiadores católicos de los años 30 y en sus posgrados en Navarra, y cree que se puede conciliar la apertura económica con el conservadurismo moral. Quiere hacer de su país un mercado abierto al mundo y a la vez un convento, último bastión de reserva espiritual en un mundo en descomposición. ¿Cómo se las arregla para ser neoliberal en lo económico e integrista en lo cultural? Es él, y lo que representa, uno de los principales obstáculos al progresismo. Desde su cabeza, tan ilustrada hacia atrás y a la vez tan anclada en principios doctrinarios que no osaría cuestionar, se tejen las estrategias y los contenidos del nuevo pensamiento conservador nacional. Niega la confrontación directa porque sabe que, en última instancia, sus argumentos se fundan en principios que no está dispuesto a convertir en objeto de polémica. Pero a la vez se atribuye la palabra que separa el bien del mal. Y no nos queda más remedio que confrontarlo cuando discutimos políticas educacionales, políticas para los medios, políticas de sexualidad y políticas de drogas. Él está convencido de que su rol de intelectual se juega en usar el conocimiento para darle contención a los cuer-

pos y sosiego a los espíritus. Al más viejo estilo: el libro en la mano izquierda y el rosario en la derecha.»

Un intelectual iluminista describe a un intelectual de la «différence»:

«¿Por qué insiste en un lenguaje críptico, poblado de conceptos que él da por dado pero cuyo contenido es tan dudoso? ¿Qué es esto de lo 'rizomático', la 'capilaridad', el 'discurso-otro', la 'escenificación' o los saberes 'contra-hegemónicos'? ¿Y por qué tanto encono con la razón, el conocimiento, la integración cultural? Francamente, no lo entiendo. Cita a los crípticos posestructuralistas como si fuesen de sentido común: Deleuze, Lyotard, Derrida. Demóntana las estructuras y los ordenamientos. Exalta la diferencia, pero en esa exaltación los buenos son siempre los otros, los que no están en la política pública, no comparten las opiniones de las mayorías y no comulgan con el consenso político. Todo lo contrario, el disenso les suena siempre atractivo. Y de tanto abogar por la diferencia, se olvida que ésta muchas veces sirve de pretexto para justificar las desigualdades. Dudo de su sensibilidad social. Rara vez lo veo conmoverse ante la tragedia humana. Más bien se preocupa por leer en ella, como en cualquier cosa, la metáfora que pone al descubierto la clausura oculta del texto de la vida. Se junta con otros parecidos, publican revistas, hacen actos de intervención urbana, 'ponen en escena' las 'estéticas de la resistencia' y las lógicas que subvierten el canon y la complacencia, teorizan sobre formas 'revulsivas' del arte, la cultura y la autorreflexión colectiva. Pero todo esto, que puede sonar muy sugerente, nunca se traduce en una propuesta de construcción colectiva (porque de lo que se trata es de deconstruir).»

Un intelectual de ONGs describe a un intelectual de los organismos internacionales:

«Qué lastima ver cómo un intelectual lúcido finalmente se apoltronra en los rituales de las conferencias intergubernamentales, sustituye la pasión por la

verdad por la construcción de textos verosímiles que suenan bien, son políticamente correctos, pero insípidos al fin. Amarrado, como está, a no herir la susceptibilidad de nadie, se desplaza del pensamiento crítico a una tecnocracia ilustrada. Maneja bien los datos del subdesarrollo social, tiene acceso a la información que producen sus pares en otros organismos internacionales y a los dudosos datos de gobiernos, y con esos insumos no hace más que escribir catálogos de propuestas sensatas que van a parar al cajón de un ministro o a la documentación de conferencias donde las conclusiones y recomendaciones son como la crónica de un corolario anunciado. Ya no escribe artículos sino documentos de trabajo. Lee cada vez menos teoría y cada vez más documentos oficiales. La cautela la disfraza de prudencia, y maquilla la crítica con apelaciones a la sensibilidad y las buenas intenciones. En los hechos, escribe por encargo: se le encargan los temas y en buena medida los enfoques. Su lenguaje se despersonaliza con el correr de los años y la creatividad en las ideas se transmuta en formas nuevas de combinar elementos archidichos. No produce conocimiento, sino que lo organiza en torno a propuestas que pasen sin asperezas por el paladar de sus interlocutores: organismos de gobierno, otros organismos internacionales y foros donde hay más protocolo que sustancia.»

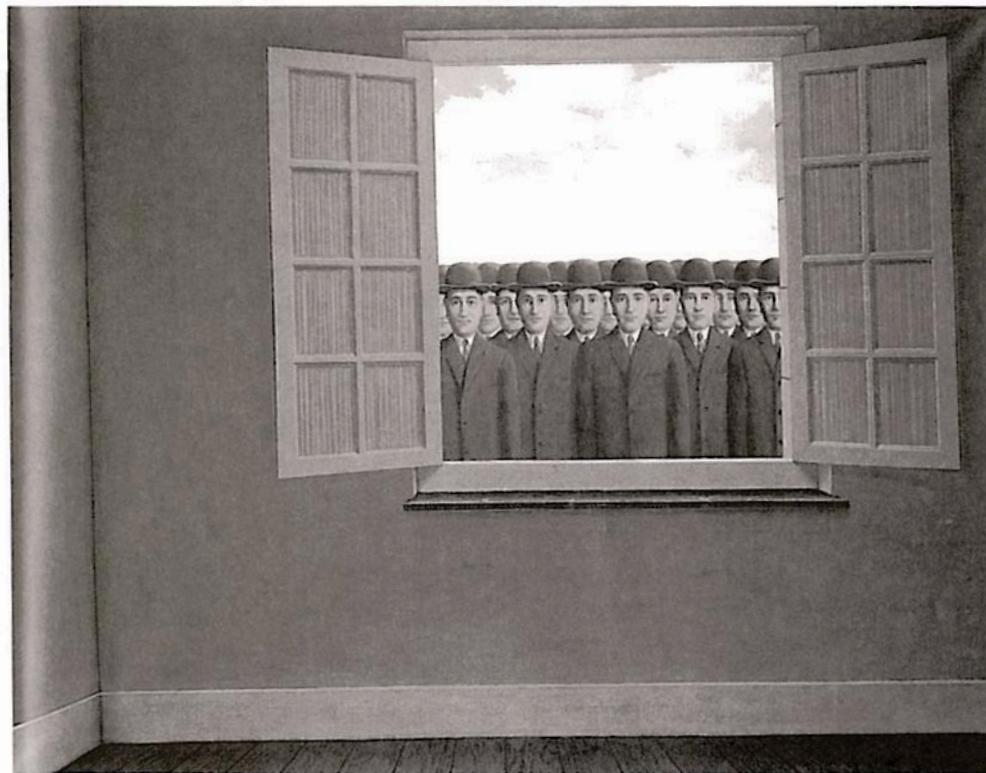
Un intelectual crítico describe a un intelectual mediático:

«No quiero parecer grave en mis juicios; pero cada vez que lo veo en televisión me da la impresión de que ha privilegiado de tal modo el acto comunicativo por sobre la sustancia, que incluso él mismo termina convencido de que la realidad es bastante simple. Ha sacrificado la profundidad en aras de la anchura, y ha sustituido el desarrollo del conocimiento por su traducción al público masivo. Pero inevitablemente se aplica aquí lo de 'traductor-traidor'. ¿Pensará él lo mismo? Se le atribuye una función loable, a saber, ilustrar al

público general, tejer un puente entre la sensibilidad de las masas y la reflexión de los intelectuales. A veces logra, lo admito, adecuar ciertas citas de filósofos como rúbrica en sus comentarios sobre contingencia. Pero siempre queda la sensación de que lo hace como si se tratase de una jugada en un table-

siempre la presenta como si fuese el resultado de una reflexión previa. Y como el hábito hace al monje, él termina creyendo que sabe de todo, cuando en realidad opina de todo, que no es lo mismo.»

Un intelectual-ensayista describe a un intelectual académico:



Un intelectual abierto al mundo, que exalta las diferencias, que no comparte las opiniones de las mayorías y no comulga con el consenso político: un viento que despeina.

ro, y que el tablero fuese su propia imagen como intelectual frente a la sociedad. Siempre parece tan razonable, y su elocuencia es capaz de desplegarse en lapsos cada vez más cortos. Ha comprimido el tiempo de la reflexión crítica en el tiempo de una opinión frente a las cámaras. Y así, casi sin darse cuenta, da opiniones sobre todo. Porque se lo consulta acerca de todo, incluso de aquello que probablemente él jamás ha investigado o pensado. Y es tal su hábito de responder, que siempre tiene alguna respuesta frente a cualquier pregunta, y

«Francamente, lo admiro. ¡Qué paciencia! Me parece casi inverosímil poder centrar años de trabajo en la exégesis de Hegel, en la interpretación de un diálogo de Platón o en una traducción crítica de la obra de Simmel o Weber. Pero a la hora de opinar sobre la realidad nacional o latinoamericana, resulta tan tosco y poco interesante. En lo que a mí concierne, hace rato dejé la academia. La filosofía no puede seguir apolillándose en las lecturas críticas. Lo que hay que leer críticamente es la realidad y hablar desde las resonancias

«Le mois des vendanges», 1959. René Magritte.

que esa realidad irradia en nuestras vidas. Volcarse a la calle, conversar, perder el tiempo con los amigos, sufrir las derrotas de otros en carne propia. ¡Y él se toma tan en serio! ¿Cómo perder tanto tiempo en estar al día en la bibliografía, en prevenir errores de interpretación y en construir una metodología ex-ante para luego desarrollar un largo trabajo que muchas veces no termina nunca, y que en el camino se desgasta explicando las inconveniencias de otras metodologías? He visto, entre los académicos, guerras a muerte por motivos que nadie más entendería: peleas porque uno confundió el concepto de simulacro con el de artificio, el de imaginario con el de fantasmático, el de crítica interna con deconstrucción, el de dialéctica con el de dinámica. Hay que ver cómo sudan y se descomponen cuando son malinterpretados o cuando deben confrontar interpretaciones que, a juicio de ellos, no tienen ningún fundamento en los textos. Hasta hablan con cierto tono engolado o flemático, aprendido de sus pares y reconocido como el tono más adecuado para expresar dudas sobre los comentarios de sus pares. Y esa división tajante que hacen entre lo superficial y lo profundo: ¡por favor, qué pedantería platónica, qué letanía frente al mundo de todos los días!»

Un intelectual independiente describe a un intelectual orgánico:

«Me resulta difícil creer que a estas alturas en América Latina se pueda pensar que la reflexión intelectual pueda todavía someterse a la camisa de fuerza del proyecto partidario. La ilusión, tanto utópica como iluminista, de que el intelectual era capaz de descubrir la dirección correcta de la historia y luego encajar su descubrimiento en un programa político, murió con la caída del muro, o mucho antes. Un intelectual orgánico, al viejo estilo, es una contradicción de estos tiempos. Más bien tenemos que invertir el llamado de Marx, y volver a preocuparnos por interpretar un mundo donde las coordenadas ya no son ni el asalto al poder

ni la instauración del socialismo. Este intelectual obsesionado con traducir la lectura de la historia a líneas partidarias, o bien con barnizar estas líneas con la interpretación de las grandes contradicciones del momento, debiera aplicar lo que tanto invocó en tiempos pasados: la autocritica. Es un daño a la autonomía reflexiva del intelectual mantener todavía un cierto ideal de intelectual orgánico. Más positivo parece, desde una postura más independiente y abierta, formular la crítica de la primacía de la razón instrumental en la política, incluido al intelectual orgánico como objeto de esa crítica. La subordinación del pensamiento a los programas de partidos, o incluso a los programas de gobierno, perpetúa una confusión de esferas donde el pensamiento, en su carácter de abierto, se niega a sí mismo. No digo con esto que el intelectual no tenga un lugar en la política, sino que no puede definirse como intelectual a través y sólo a través de ella. En la medida en que persista en esta restricción, su reflexión sobre la cultura, la política y la sociedad estará sesgada desde la partida por el objetivo que pretende reforzar.»

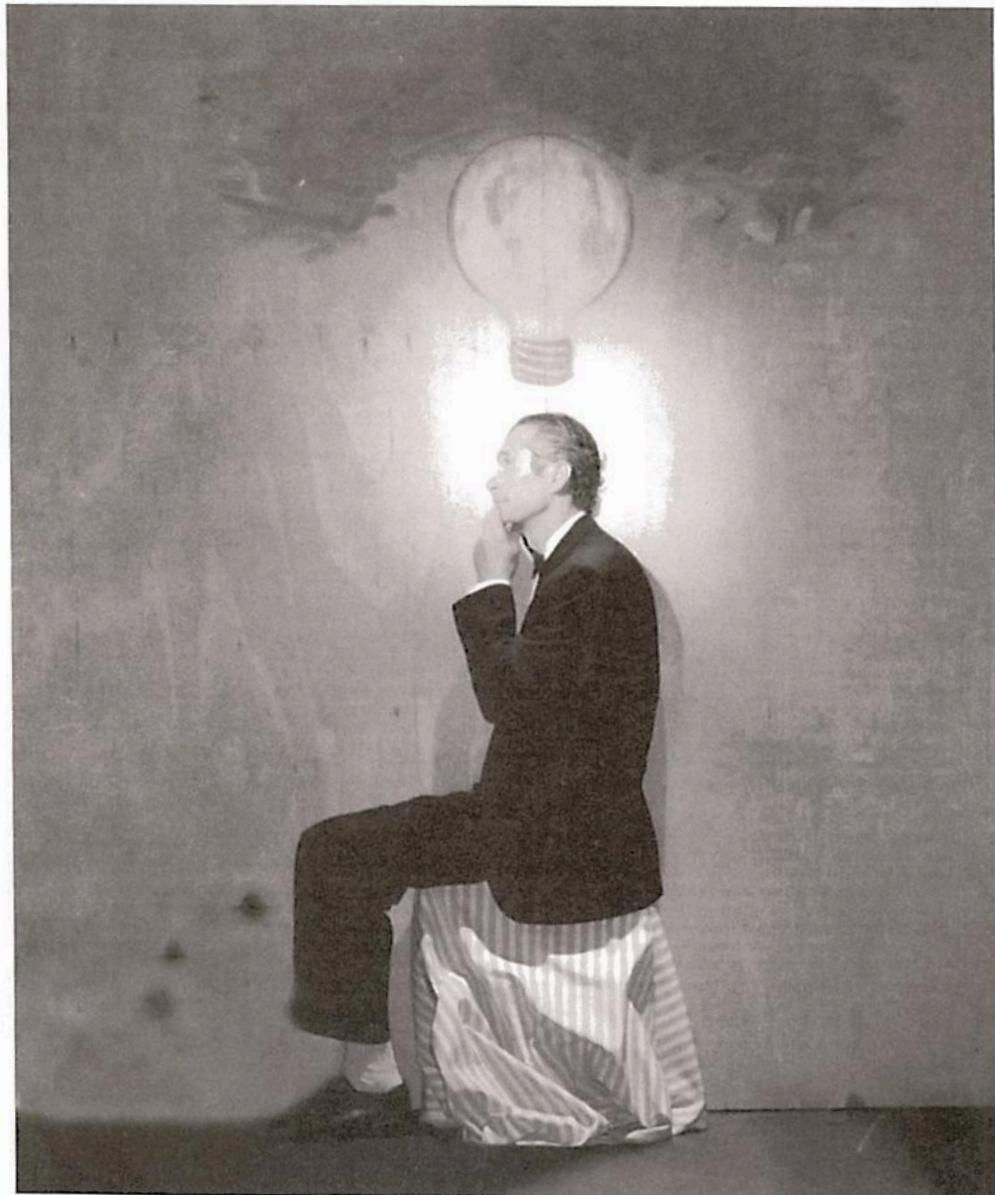
Un intelectual académico describe a un intelectual ensayista:

«Si cree que la investigación rigurosa puede suplirse con algo de literatura y un montón de conjeturas sugerentes, lamento decir que se equivoca. Esos atajos que toma para escribir, y también para pensar, hablan por lo que sus textos no dicen: la falta de metodología y la falta de rigor. Piensa que porque hoy la academia ha sido aislada por los medios de comunicación y en parte por el pragmatismo de la política, puede despedirse del sudor de la investigación y compensarlo con ideas que saca de la nada. Suele proyectar sus propias percepciones y vivencias creyendo que pueden llegar a ser universales, y en lugar de buscar el esfuerzo reflexivo del lector, busca su complicidad. Sin duda, así gana adeptos. Pero blandos y autoindulgentes, como él. Cambia de

tema como de ropa, y se justifica poniéndole a su dispersión el epíteto de la diversidad. Más que pensar temas, los visita y sobrevuela. Más que producir conocimientos, opina. No sería grave si hiciera explícita esta limitación. Pero suele ocultarla u olvidarla. Cuando se queda sin ideas, recurre a la elegancia

estilística esperando que ella pueda conducirlo a nuevas ideas. Cita textos a discreción pero nunca da cuenta de la bibliografía ni de las discusiones teóricas que subyacen a estos temas que visita. Se prodiga en metáforas, como si éstas fuesen pertinentes por el sólo hecho de ser metáforas. No tiene una posi-

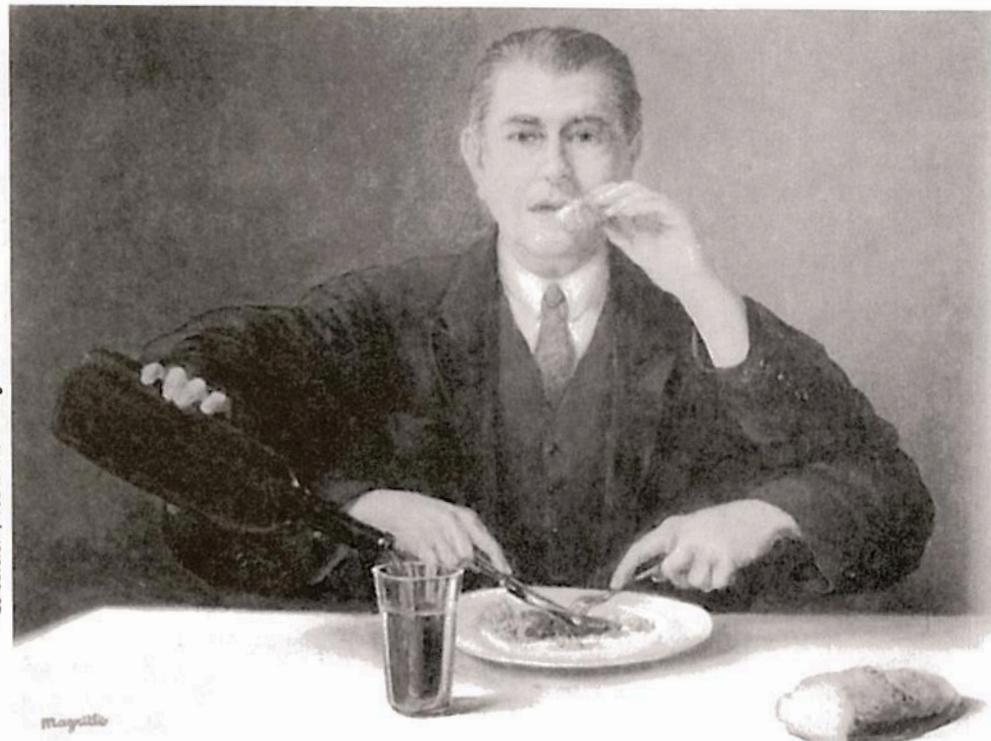
Para un intelectual metido a asesor de imagen, dar en el clavo no es plantear una hipótesis de discusión sino tener una idea que venda o una estrategia que triunfe.



ción clara y definida, sino puntos de vista cambiantes según el ánimo, la sensibilidad que adivina en sus lectores o el impacto que estas perspectivas pueden surtir en el auditorio. Se complace con su propia escritura pensando que basta con escribir para pensar. Sus ensayos no son sino eso: tentativas inconclusas cuyo desarrollo esquiva por pereza.»

la promesa para que todos tengamos voz en el concierto global, y para que todos accedamos con oportunidades a la sociedad de la información? Dónde el ve todas estas promesas, yo veo sólo amenazas. La globalización, combinada con la nueva revolución del conocimiento, no ha hecho más que agudizar contrastes sociales dentro y entre los

«Le sorcier», 1951. René Magritte



«Su rebeldía le duró hasta que descubrió que tener un puesto de gobierno le hacía sentir bien, y hasta poderoso.»

Un intelectual apocalíptico describe a un intelectual optimista:

«¿Con qué base se le ocurre postular que la globalización abre oportunidades de autoafirmación cultural de los grupos oprimidos, crea nichos de inserción para el desarrollo local, promueve un imaginario político democrático a escala mundial? ¿De dónde sacó que la postmodernidad nos libera de la 'tiranía de las ideologías' y abre el campo para el desarrollo de las diferencias? ¿Por qué dice que el Internet es

países; dejar a dos tercios de la humanidad fuera de la carreta del progreso; dividir el mundo entre informatizados y desinformados; fragmentar social y culturalmente a las sociedades nacionales por efecto de la tan mentada posmodernidad o lo que yo simplemente llamo la crisis de proyectos colectivos; amenazar las identidades locales con la cultura Mac-mundo o Disney-mundo; y generar cada vez más reacciones xenofóbicas y fundamentalistas. A esto cabe sumar el cúmulo de desas-

tres ecológicos y un futuro inquietante en términos de sobre población y agotamiento de recursos naturales. Entonces vuelvo a preguntarme por las raíces de su optimismo. ¿No será que es tan duro el porvenir que reacciona negando? Colecciona, con entusiasmo genuino o simulado, argumentos y ejemplos para mostrar que las nuevas tecnologías pueden surtir un efecto democratizador y pluralista. Pero no tiene cómo contrarargumentar cuando le digo que precisamente esos efectos, acotados y reducidos como son, perpetúan una ilusión que nos hace aceptar un ordenamiento general arbitrario, una racionalización sistemática asfixiante, y una administración eficiente de las desigualdades.»

Un intelectual de la «différence» describe a un intelectual en el gobierno:

«Consagra formas de saber-poder donde la búsqueda de consensos, aparentemente bienintencionada, trasunta la impronta de la uniformidad. Con una malla retórica que desconoce los pliegues donde habitan las subjetividades otras, el intelectual en el gobierno invoca equívocamente lo que en realidad es unívoco: la reconversión de la política hacia una negación complaciente de las fisuras del tejido cultural de la sociedad. Su pragmática subsume las referencias teóricas en apologías de la eficiencia y la eficacia. Habla de actores sociales pero allí no hay más que identidades agregadas en grandes conglomerados que se sientan a una mesa de diálogo o a definir políticas de intervención y disciplinamiento, desconociendo precisamente aquellos actores que hoy día resultan más reveladores de la fragmentación social: nuevos movimientos sociales, grupos no representados por el juego partidario o parlamentario, manifestaciones que desde la cultura logran parodiarse, con sus prácticas discursivas, la primacía procedural de la política pública. Y cuando vuelve sobre la teoría, ya habla menos de Bobbio que de Luhmann, menos de Habermas que de Giddens, cada vez menos de Touraine y no menciona a Bourdieu. Sus lecturas de

microfísica del poder (Foucault) o de esquitoanálisis (Deleuze-Guattari) son parte de un pasado remoto que recuerda con simpatía. Pero cuando se trata de dar cuenta de los efectos destructivos del modelo modernizador sobre la memoria inscrita en los cuerpos, saca del ropero a Schumpeter y habla de la 'destrucción creadora' del capitalismo y la modernidad. Así, teje una involuntaria –pero efectiva– complicidad con el modelo neoliberal.»

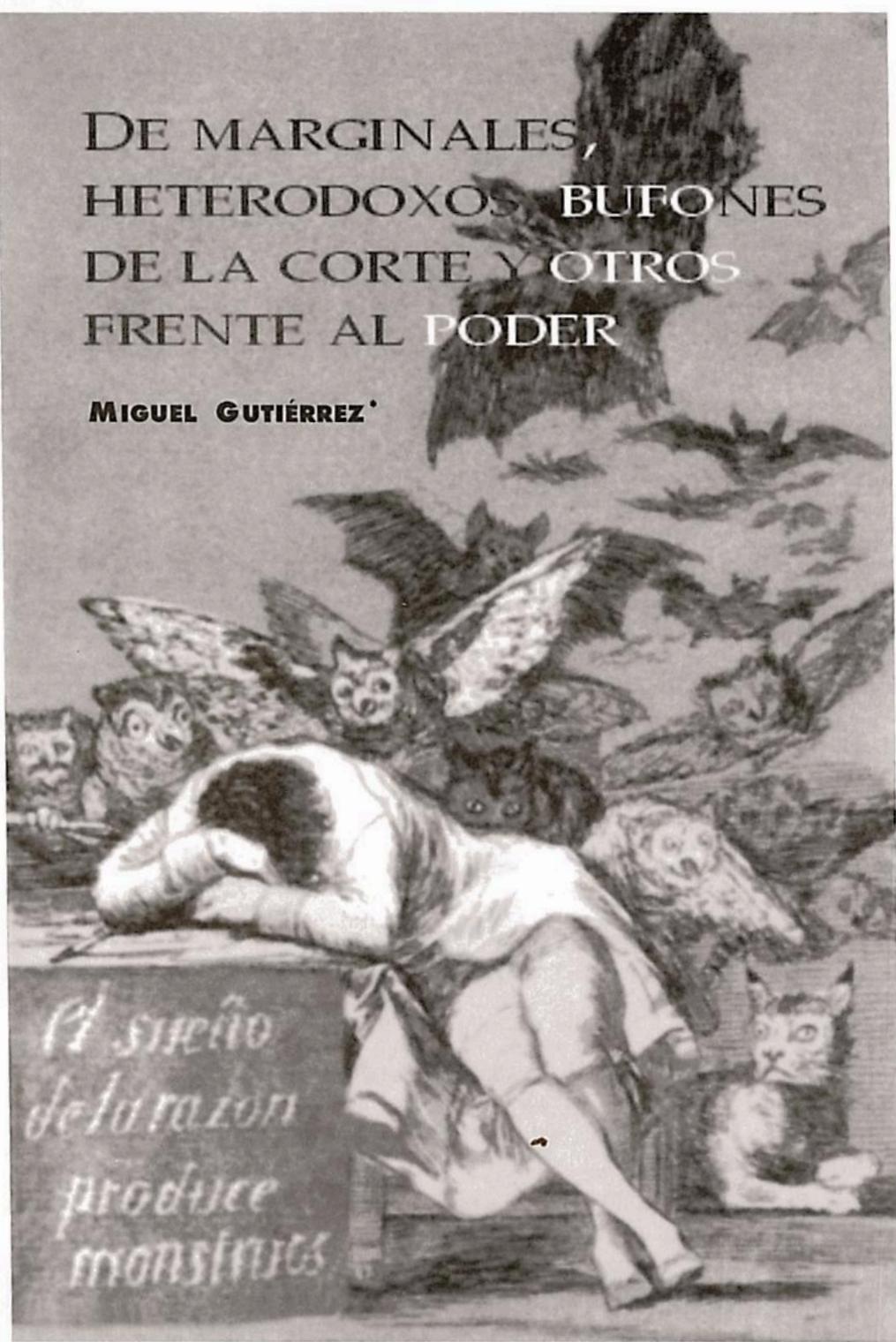
Un intelectual mediático describe a un intelectual de la academia:

«¿Cómo puede todavía concebir el saber como un campo de autorreferencia que se reproduce a espaldas de la comunicación general y del espacio público? Es cosa de verlo: sigue convencido de que el saber se preserva y cultiva en los rituales del claustro, en un lenguaje no contaminado por el habla cotidiana; y acude parsimoniosamente al 'templo' del conocimiento para hacerse allí un nicho donde habla en difícil y, con suerte, escribe en difícil. La palidez del encierro se le ve en la cara y en el lenguaje. Pasa más tiempo en cuidarse de no incurrir en errores de interpretación de los textos, que en comunicar ideas propias. Juega el juego de las discusiones eruditas y las citas sesudas y confunde el juego con el mundo. Como si el mundo no hubiese cambiado y estuviese desde siempre definido por una relación de hostilidad mutua entre la sensibilidad común y la reflexión teórica. Hasta la voz y los gestos terminan impostados de tanto cuidar lo que dice y proteger su feudo. ¿Olvida, acaso, que Sócrates hacía filosofía en el mercado y tenía al 'vulgo' como interlocutor? Hoy ese mercado son los medios de comunicación –¿dónde más podría conversar Sócrates en las postrimerías del siglo XX?–. Se actualiza en su especialidad, pero no en las prácticas para difundir lo que en ella cosecha. Esta contradicción no le preocupa sino todo lo contrario: cree que de este modo preserva un tesoro que al menor contacto con el aire de la ciudad se contamina.» ■

DE MARGINALES,
HETERODOXOS, BUFONES
DE LA CORTE Y OTROS
FRENTE AL PODER

MIGUEL GUTIÉRREZ*

Goya, de la serie Los Caprichos.



1

Hay intelectuales que gustan cortear al Poder –encarnado en jefes de Estado, dictadores o altezas reales– no sólo para usufructuar en algo el resplandor que éste proyecta y eventualmente para participar de los beneficios no siempre espirituales que procura, sino que por exceso de vanidad y una falsa perspectiva del rol de los intelectuales creen que sus consejos y utopías extravagantes serán escuchados. Un segundo grupo de intelectuales está conformado por aquéllos que mantienen una posición equidistante frente al Poder, posición que les permite asumir un rol fiscalizador y llegado el caso contestatario y aun de confrontación radical. Existen, por último, los intelectuales que optan por un rechazo a todo Poder y eligen –en su vida y actividad creativa– la marginalidad como principio de su existencia. Cuando se habla del compromiso del intelectual (pensadores, artistas y escritores) se piensa, sobre todo, en el segundo tipo de intelectuales, cuyo primer representante moderno fue Emilio Zola cuando, a propósito del caso Dreyfus, en 1898, en el diario *L'Aurore* dirigió una carta abierta al presidente de la república con un título que pasó a la historia: *J'accuse*. Sin embargo, pienso que al hablar del «compromiso de los intelectuales», deben considerarse estas tres actitudes frente al Poder, cuyas formas de comportamiento, con figuras como Jeremías, se hallan ya anunciatas en el **Antiguo Testamento**. En el caso de Grecia, Platón y Aristóteles (ayo este último de Alejandro Magno) en la medida

en que, más allá de sus respectivos aportes a la filosofía, dieron o pretendieron dar un fundamento racional al orden y el poder establecidos, constituyen los modelos más altos de intelectuales que pretenden embarcar a los gobiernos de turno en la realización de sus utopías personales. Sócrates, en cambio, puede ser considerado el antecesor lejano del segundo tipo de intelectuales, mientras que Diógenes constituye el indudable paradigma de los intelectuales que se oponen de manera radical a todas las formas de Poder.

La sabiduría de estos últimos (no me refiero, por supuesto a los farsantes, sino a escritores como Beckett) reside en que han renunciado a toda ilusión. Para los intelectuales contestatarios la situación es más compleja, si es que más allá de ser o pretender ser la conciencia y la memoria de la tribu, desean influir en los acontecimientos y hasta cambiar el rumbo de la historia. Porque es poco o nada lo que pueden conseguir salvo que detrás o junto a ellos esté la lucha de los pueblos. Fantaseando un poco: si los Premio Nobel hubieran unido sus voces, ¿hubieran impedido, por ejemplo, la Guerra del Golfo? No lo creo, pues ésta respondía a una razón de Estado, y detrás de esta razón estaban las despiadadas razones de los complejos económicos y militares. No sé si las valientes campañas de Sartre hubieran tenido algún eco con relación a la independencia de Argelia, si el propio pueblo argelino no hubiera librado su guerra de liberación, del mismo modo que por los años 60 «los juicios» del Tribunal Russell –acaso el foro de más alta jerarquía de humanistas y de intelectuales democráticos del siglo XX– sólo habrían tenido un valor simbólico de no ser por los duros años de guerra antíperialista que libró el pueblo viet-

* Novelista y ensayista peruano. Autor de las novelas *El viejo saurio se retira*, *La violencia del tiempo*, *La destrucción del reino* y *Babel el paraíso*.

namita y que terminó con la humillante derrota de la más soberbia de las potencias imperialistas de Occidente. En cambio, los bufones de la corte, por su cercanía al Poder (uno de cuyos secretos sueños acaso sea obtener el privilegio de acostarse con la reina) pueden ejercer una influencia tanto más siniestra cuanto menor sea su jerarquía intelectual. Aunque ellos pudieron pensar lo contrario, el loco Céline, el delirante Ezra Pound o el hermético Heidegger tuvieron una influencia mínima o más bien simbólica si se les compara con la que alcanzaron ciertos oscuros intelectuales, como el doctor Rudolf Hess, en las bárbaras prácticas del nazifascismo.

2

Increíblemente, el fujimorismo en su fase más autoritaria y antidemocrática cuenta con la colaboración de destacados intelectuales, por lo menos en el área de sus respectivas especialidades. En los primeros años de su gestión, como todo tecnócrata, Fujimori despreciaba y desconfiaba de los intelectuales, ya que para los fines de su gobierno le era más útil contar con una *intelligentsia*, especie algo depravada de intelectuales que, según el ensayista mexicano Gabriel Zaid, tiene el significado de espionaje, de recabación de informes o de entendimiento y complicidad. Hombres oscuros de mediana inteligencia, tienen la inmensa ventaja sobre sus congéneres de mayor rango intelectual de carecer de todo escrúpulo moral. Algunos nombres se conocen y brillan con luz siniestra (un ex-capitán expulsado del ejército por el delito de traición a la patria y convertido después en abogado de narcotraficantes; un psiquiatra que purgó condena por homicidio...), pero hay otros que se las arreglan para mantener un perfil bajo, entre los cuales no es improbable que haya filósofos, científicos sociales y hasta algunos poetas y escritores, sin contar a la burocracia académica encargada de la intervención de

las universidades nacionales. No hay que engañarse, sin embargo: el fujimorismo cuenta también con la simpatía y admiración de ciertos representantes de las capas intelectuales y artísticas, cuya fervorosa adhesión, cosa insólita, es básicamente gratuita porque ninguno de ellos ocupa cargo alguno en el gobierno ni en el mundo académico.

De los cuatro intelectuales de mayor jerarquía que apoyan al régimen de Fujimori, dos de ellos me resultan más fáciles de entender. Como una perfecta combinación del doctor Jekyll y el señor Hyde, Martha Hildebrandt ha logrado separar su condición de rigurosa lexicógrafa de su condición de aguerrida congresista del oficialismo, siempre dispuesta a acatar y defender todos los legicidios y atentados contra la razón perpetrados por el fujimorismo. De modo que, por ejemplo, mientras el doctor Jekyll impulsa actividades culturales en el Congreso y promueve el Fondo Editorial del mismo, el señor Hyde suma votos para liquidar el Tribunal Constitucional. Es conocida la debilidad de la doctora Hildebrandt por los gobiernos autoritarios, pero no creo que esta atracción fatal sólo responda a rasgos de su personalidad, menos aún creo que la impulse la consecución de vulgares beneficios materiales y, aunque los placeres que procura el Poder no le sean ajenos del todo, ninguno de estos factores explica su adhesión incondicional al actual régimen. No, la idolatría que profesa la doctora Hildebrandt por los regímenes autoritarios es una cristalización a escala mayor de la mentalidad feudal-aristocrática o feudal-colonial que subyace en considerables sectores de la intelectualidad peruana.

Como cuadro intelectual del Opus Dei, la vinculación de Francisco Tudela con el gobierno de Fujimori trasciende, desde luego, el ámbito de las simpatías personales. Pudiera ser que incluso estas simpatías no existan, pero el fujimorismo contiene interesantes elementos de los cuales la secta confesional a la que él pertenece se puede servir

para la constitución de un modelo de gobierno capaz de sobrevivir al propio Fujimori. A su vez un gobierno que se jacta de su pragmatismo y que mediante la intimidación y corruptela manipula conciencias y voluntades, necesita, llegado el caso, de una cierta legitimación teórica que obviamente el Servicio de Inteligencia es incapaz de proporcionarle. Más allá de sus contribuciones a las políticas coyunturales del go-

bierno de Fujimori, Tudela se ha venido erigiendo como una suerte de teórico de la autocracia fujimorista. Con una sólida formación en teoría política confesional y muy versado en asuntos de política exterior y de Derecho Internacional, y bajo inspiración del Opus Dei, Tudela se halla empeñado –como se puede advertir en su opúsculo *Libertad, globalización y políticas nacionales*– en elaborar no sólo para el

*Ezra Pound fue condenado por sus violentas y vehementes arengas anti-norteamericanas en la radio romana durante la Segunda Guerra Mundial; fue vilipendiado por su admiración declarada por Mussolini; fue encerrado durante dos meses en una caja de fierro por las fuerzas militares americanas. Este mismo Pound recibió en 1948, por sus *Cantos Pisans*, el Premio Bollingen, otorgado al mejor poeta norteamericano.*

Horst Tappe. Pound en Venecia sobre el puente de la Academia.



fujimorismo, sino para la nueva derecha que él representa, una doctrina acorde con la situación mundial en los albores del próximo milenio. Para decirlo a la manera de Vargas Llosa, después de la descomposición y hundimiento del mundo socialista, la Bestia contra la que hay que luchar, según Tudela (y el Opus Dei) ya no es el comunismo sino

que, a través del fervor por el futuro venidero del reino humanitario, sacraliza intensamente lo que hasta hace poco fue una filosofía secular entre otras. Palabras que suenan a música celestial para una autocracia que ha hecho escarnio de los derechos humanos.

Recuerdo que cuando hace algunos años leí el admirable libro *El país de las*



Vargas Llosa es el intelectual capaz de participar directamente en situaciones críticas, como lo hizo en Uchuraccay. En la foto junto al jurista Abrahám Guzmán Figueroa, al periodista Mario Castro Arenas y al antropólogo Juan Ossio, miembros de la Comisión Uchuraccay. (Foto: Quehacer)

el humanismo, a propósito del cual asevera que es: «Una especie de pasión por el hombre divinizado en sus derechos, siempre crecientes, independientes de toda naturaleza y esencia, reinterpretados *ad eternum* en un continuo ideológico... Estamos frente a un fenómeno que no solamente es político, sino

colinas de arena, experimenté dos emociones; la primera fue de indignación y vergüenza al enterarme, con el respaldo de una copiosa documentación, del trato bárbaro, abusivo e inhumano que propietarios, autoridades y capataces (éstos generalmente descendientes de africanos) dieron a los inmigrantes chi-

nos que en calidad de siervos llegaron al Perú a reemplazar a los recién liberados esclavos negros; la segunda fue de simpatía intelectual, moral y artística por el autor del libro, pues esta dilatada obra en dos volúmenes, en la que se combinan la novela no ficticia, la investigación histórica rigurosa y el tratado de reflexión jurídica, revelaban a un intelectual de indudable filiación humanística y democrática. Nada sabía entonces del autor –Fernando de Trazegnies–, pero luego averigüé que era un prestigioso profesor de Derecho de la Universidad Católica, que tenía a su cargo la cátedra de Filosofía del Derecho y que era autor de otros libros (alguno de los cuales he leído con interés y placer). Enseguida me enteré de un dato más bien curioso: de Trazegnies poseía varios blasones que lo emparentaban con la nobleza europea; el hecho no dejó de asombrarme pues hasta ese momento yo creía que la nobleza en el Perú era una capa social extinguida y, si no me equivoco, un noble debe ser monárquico por naturaleza y debe pleitesía a su rey. Se me dirá (y estaré de acuerdo) que estas cuestiones heráldicas no son más que boberías coloniales, pero el conjunto de todas estas circunstancias hicieron para mí más encomiable esa suerte de humanismo democrático que anima las páginas de *El país de las colinas de arena*. Pero, de pronto, Fernando de Trazegnies se convierte en una figura pública al ser nombrado por Fujimori, después de la liquidación del Tribunal Constitucional, ministro de Relaciones Exteriores, y esto ya no me pareció encomiable. No me referiré aquí al rol protagónico que desempeñó en el asunto del Tratado de Paz con el Ecuador: aunque controvertible –como lo es para mí–, su gestión puede de alguna manera explicarse. En cambio, resultan injustificables y merecen el legítimo repudio otras actuaciones del ministro de Trazegnies en apoyo del fujimorismo.

Según he tratado de mostrar, los vínculos de intelectuales como Francisco

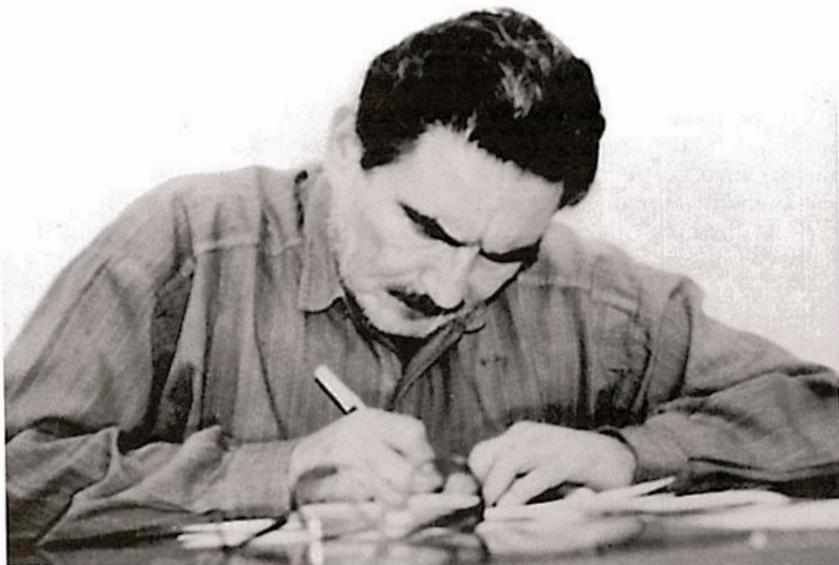
Tudela y Martha Hildebrandt con el gobierno de Fujimori responden a una cierta lógica (si se quiere a una lógica perversa) que no es aplicable al caso de Fernando de Trazegnies, un intelectual que en sus escritos y en su cátedra universitaria ha defendido los principios universales del Derecho y la legalidad. ¿Cómo explicar este cambio que no es sólo de piel? Dostoievsky afirmaba que Dios y el Demonio se disputan el alma del hombre, y que, en palabras de Sábato, «el campo de batalla es el propio corazón de esta criatura trágicamente dual». El inconveniente de esta explicación mitológica es que, por una parte, confiere un halo de grandeza trágica a todos los apóstatas y, por otra, que en el fondo los absuelve de antemano, ya que su abjuración tiene lugar tras una dura y desigual lucha con el Angel. Pero vivimos en un mundo secular y desacralizado y las explicaciones deben ser estrictamente terrenales. Tres son las formas principales con que las tiranías enajenan conciencias y doblegan voluntades: el chantaje, la corrupción y el ofrecimiento de privilegios en el campo de la actividad profesional. Y me resisto a pensar en la sola posibilidad de que el autor de un libro tan valioso para la cultura del país haya sucumbido a alguno de estos llamados o amenazas.

Más misterioso, más enigmático, también más traumatizante, es el paso a las filas del fujimorismo del gran historiador Pablo Macera. Hace años escribí largamente sobre él; ahora me limitaré a agregar unas pocas palabras. Recuerdo que cuando le manifesté mi consternación por el paso dado por Macera a un amigo historiador, éste me dijo que aquel acto debió ser el resultado de una profunda reflexión cuyo verdadero sentido se revelaría con el tiempo. Recuerdo que pensé: tal vez en alguno de los infinitos porvenires del que nos habla el venerable Tsui Peng en *El jardín de los senderos que se bifurcan* la opción elegida por tan brillante historiador se nos revele como justa y correcta.

Mario Vargas Llosa es en el Perú y quizá en todo el mundo de habla hispana el intelectual que más perfectamente encarna el ideal sartriano del escritor comprometido con su época. Gran novelista y ensayista excepcional, ha hecho de las cuestiones relativas al Poder –las formas en que se manifiesta, las vías para acceder al poder político y los medios para

combatir por la democracia desde una posición más bien libertaria, como lo viene haciendo en la coyuntura política por la que atraviesa el Perú. Hay, sin embargo, ciertos rasgos comunes que confieren una continuidad vital a la trayectoria de Vargas Llosa; de estos destacaré dos. Uno de ellos es la vehemencia y lucidez con que el autor de *Contra viento y marea* defiende las ideas que hace suyas; y el otro es su permanente rechazo

Para Miguel Gutiérrez, la condición de Abimael Guzmán «es la de un intelectual que desarrolla su actividad dentro de un partido».



mantenerse en él – uno de los temas centrales de sus ficciones y sus polémicos y apasionantes ensayos. Pero aquí sólo me referiré al intelectual que no sólo escribe sino que, llegado el caso, es capaz de participar directamente en situaciones críticas, como lo hizo en Uchuraccay, en la lucha contra la privatización de la Banca o en una contienda electoral en su calidad de candidato a la presidencia de la República en momentos en que el país vivía una prolongada guerra interna. Es conocida la trayectoria ideológica-política de VLL: una primera fase juvenil de simpatía combatiente por la revolución cubana, una segunda en que se convierte en un abanderado del anticomunismo después de su ruptura con Fidel Castro en 1968, y una tercera fase –la actual– de

al militarismo, el fascismo y los regímenes dictatoriales. Y en esto reside la coherencia de Vargas Llosa, más allá de sus virajes ideológicos. Así, el Vargas Llosa que hoy combate el autoritarismo fujimorista es el mismo que de adolescente rechazó la disciplina castrense del colegio militar Leoncio Prado y de joven la dictadura de Odría.

Como intelectual comprometido, el momento crítico de Vargas Llosa fue el de la ruptura con el socialismo. Hay que recordar que esta ruptura se produce cuando con escasas excepciones la intelectualidad latinoamericana se consideraba de izquierda o, como se decía entonces, era por lo menos progresista. Según la metáfora maoista, el viento de la historia soplabía hacia el este, lo cual

quería decir que la tendencia principal en el mundo era la revolución. En estas circunstancias Vargas Llosa fue sindicado como escritor de derecha, y en los años 60 y 70 el peor insulto que se le podía hacer a un escritor peruano era precisamente acusarlo de pertenecer a la derecha. A su vez, el novelista –en la mejor tradición de González Prada, es decir la de romper el perverso hábito de hablar a media voz– criticó duramente a la izquierda intelectual peruana, ganándose enemistades que creo yo aún no terminan. Lo cierto es que si en su primera etapa Vargas Llosa podía considerarse un francotirador dentro de la izquierda, desde los años 70 defiende los principios y valores de la derecha liberal, si bien con una independencia y un radicalismo que algunas veces deben resultar enervantes para sus aliados eventuales. Particularmente discrepo de muchos de sus planteamientos teóricos y en más de una ocasión he criticado participaciones suyas en asuntos concretos de la política del país, pero esto no me impide respetar la profunda coherencia que anima su escritura y los actos de su vida. En la actual coyuntura de lucha contra la dictadura y de defensa de la constitucionalidad y de los derechos civiles que vive el país, la predica de Vargas Llosa llevada desde muchos años atrás coincide no sólo con el reclamo de los sectores altos y medios de la población peruana, sino con las perspectivas de la causa popular. Poco o nada, decíamos al comienzo de estas páginas, es lo que puede lograr la voz de un intelectual comprometido, si no va acompañada de la lucha de los pueblos. Hoy se ha producido esta convergencia. Y es de esperar que este encuentro, no importa si temporal, determine cambios más allá de lo meramente coyuntural en la historia de la sociedad peruana.

4

Para los intelectuales marxistas, las dos últimas décadas han sido especial-

mente difíciles y problemáticas debido a dos acontecimientos de dimensiones históricas: la guerra subversiva –sobre todo la impulsada por Sendero Luminoso– y la descomposición y hundimiento del mundo socialista; en el primer caso porque los enfrentaba al dilema sobre el camino a seguir y en el segundo porque la debacle del socialismo ponía en cuestión la teoría misma en que se fundaba su pensamiento y acción. Ahora bien. Para evitar una terminología demasiado ideologizada y partidista, hablaré, a propósito del compromiso de los intelectuales, de un marxismo ortodoxo y otro más bien heterodoxo. En ambos casos creo yo que el papel de los intelectuales ha sido siempre problemático.

El pilar fundamental del marxismo ortodoxo es la idea de un partido de estructura vertical regido por el principio «del centralismo democrático». Pueden existir diferencias incluso antagónicas de acuerdo a las líneas ideológicas entre los diversos partidos comunistas, pero sean «revisionistas» o «maoístas» siempre será un factor clave para llevar adelante la revolución la existencia del partido. Y aquí empiezan los problemas para el intelectual que quiere asumir de manera auténtica el marxismo, ya que, como es sabido, uno de sus postulados clave es que no basta con comprender el mundo sino que hay que transformarlo. De modo que si el intelectual de verdad quiere transformar el mundo debe ingresar al partido comunista. Ciento, tal ingreso será un acto de libertad y de fe, pero la fe deberá ser lo suficientemente robusta como para aclarar eventuales dudas teóricas. Porque una vez dentro de la organización partidaria debe renunciar a toda independencia de pensamiento: según la consigna leninista, recordémoslo, el intelectual revolucionario debe ser «tuerca y tornillo» de la revolución. (En este sentido, los sacerdotes que fundaron la Teología de la Liberación se hallaban en una situación equivalente a la de los intelectuales con militancia partidaria: su pen-

samiento crítico no podía transgredir ciertos límites si no querían caer en la herejía, ni tampoco podía sustraerlos a ese culto a la personalidad que es el sometimiento a la autoridad papal. Una triste prueba de ello me la dio uno de los más connotados representantes de esta doctrina, con la sumisión y obediencia que mostró frente al reaccionario Papa Juan Pablo II cuando éste visitó Lima). No obstante que esta concepción es el caldo de cultivo para futuras disensiones, lo cierto es que las grandes revoluciones del siglo XX llegaron a convocar, por lo menos en la etapa heroica, a lo mejor de los intelectuales y artistas de sus respectivos países. No fue esto lo que ocurrió en el Perú; por el contrario, desde la muerte de Mariátegui los oscuros burócratas que, como Del Prado y Paredes, manejaron las riendas del partido espantaron a intelectuales democráticos de jerarquía, lo cual determinó un atraso en el desarrollo del pensamiento marxista. Como veremos enseguida, distinto fue el caso de la relación de Sendero Luminoso con los intelectuales, en especial con los marxistas heterodoxos.

Por cierto, los marxistas heterodoxos (como me permitiré llamarlos aquí) han recorrido también las páginas de Lenin, Stalin y Mao, además de los escritos de Trotsky, pero su fuente principal son los textos del propio Marx, a veces según la lectura de los pensadores filomarxistas como los de la llamada escuela de Francfort. A veces brillantes, generalmente más cultos y mejor informados sobre las corrientes del pensamiento burgués del siglo XX, rechazan la idea leninista del partido en la medida que implica una restricción a un pensamiento crítico e independiente. Pero precisamente este pensamiento crítico, que muchas veces deriva en criticismo, los inhabilita para una relación organizada con las masas capaz de transformar la sociedad. ¿Cuál es, entonces, el ámbito de su actividad? El aula universitaria, el mundo académico, la investigación científica a través

de fundaciones y otras entidades como las ONGs. En cuanto a producción cultural, el resultado es generoso en cantidad y algunas veces en calidad, pero su universo de lectores es muy reducido: no trasciende los linderos universitarios y los lectores más atentos y competitivos son quizás los propios integrantes de esta intelectualidad heterodoxa. ¿Y la cuestión del Poder, tan central en la teoría marxista de la historia? Los más radicales entre ellos optan por la lucha sindical y parlamentaria, formas de combate que se desenvuelven dentro de la legalidad establecida.

El desencadenamiento y desarrollo de la guerra subversiva en los años 80 e inicios de los 90 tuvo un efecto traumizante y significó un reto para este sector de la izquierda peruana, porque el hecho mismo de haberse tomado las armas para establecer otro Poder, implicaba un cuestionamiento de sus planteamientos ideológico-políticos y de sus formas de existencia. De los dos grupos subversivos, fueron comprensivos y mostraron discreta simpatía por el MRTA; no ocurrió lo mismo con Sendero Luminoso con el cual deslindaron posiciones desde el inicio mismo de la guerra. Por supuesto esta izquierda intelectual no forma un solo bloque: entre los que lo conformaron existieron matices y aun voces discrepantes. Pero el sector más influyente por su cercanía a los medios de comunicación se convirtió en feroz enemigo de SL y tanto fue el apasionamiento de alguno de ellos que llegó a revelar identidades. Armados de una coraza ideológica, política y moral, sindicaron a SL como un grupo extraño, como una excrecencia, como la escoria del movimiento popular, cuyo líder era un individuo que bordeaba la patología. Pero no es necesario entrar en detalles porque es historia conocida. El odio político y el asco moral que suscitó este movimiento han sido de tal magnitud que uno de los más destacados representantes de la heterodoxia marxista, en un conocido espacio televisivo, con palabras dignas de

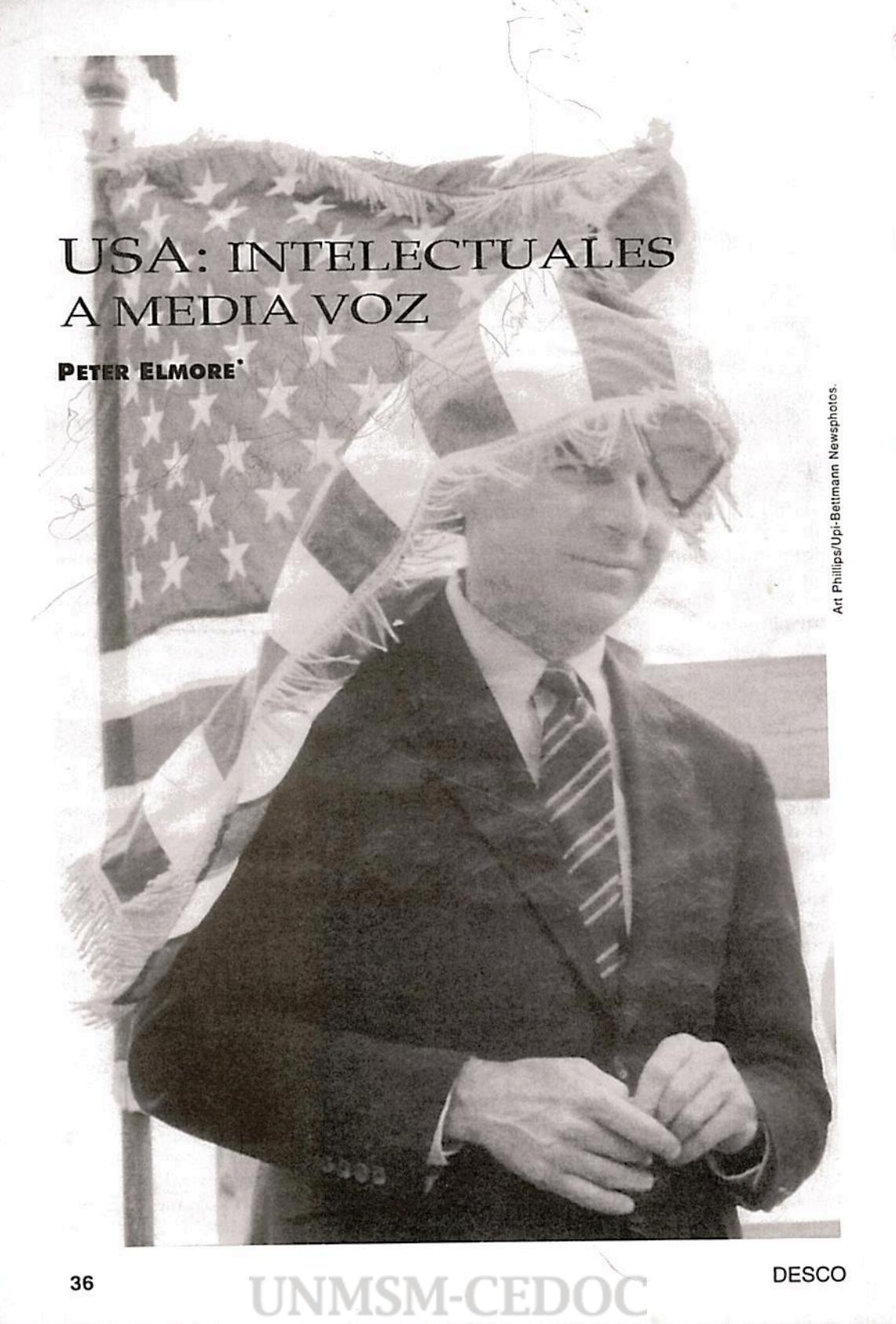
monseñor Cipriani, sentenció que Sendero Luminoso era «el Mal».

Yo no he sido ajeno a los dramas que vivieron ortodoxos y heterodoxos. En otro texto he revelado los problemas que afronté como novelista ante los requerimientos del compromiso social. Pero hace algo más de veinte años comprendí (bastante antes de que lo leyera en Kundera) que mi verdadero y único partido era el de la novela. En cuanto a mis acciones ante el llamado social, éstas han sido modestas y más bien irrelevantes. Hacia mediados de la década del ochenta escribí un largo ensayo en el que intenté estudiar a una generación en el terrible contexto de la guerra interna que conmovía al país, lo cual explica en parte la vehemencia de su escritura y quizás algunos excesos verbales cometidos. El libro cayó en el más absoluto silencio, aunque según me fueron revelando algunos amigos a lo largo de los años había sido objeto de discusión y crítica en diversos sectores de la intelectualidad peruana. En realidad, el libro no convenció del todo a los intelectuales de posiciones más radicales (¿cómo así es que consideraba a Eielson el mejor poeta de su generación?, ¿por qué había capitulado ante el reaccionario Vargas Llosa considerándolo un notable novelista?...) y disgustó y ofendió a los intelectuales progresistas, incluyendo a los heterodoxos del marxismo. A estos últimos los irritó la manera irreverente con que, según ellos, había tratado a prestigiosos intelectuales de la izquierda peruana y, sobre todo, por el estatus de intelectual de la mencionada generación que le confería al líder de SL. No decía una falsedad, sin embargo, pues ésta era la condición de Guzmán: la de un intelectual que desarrolla su actividad dentro de un partido. El texto lo escribí en 1986 y mis impresiones se basaban en el conocimiento que tuve de él más de quince años atrás, cuando coincidimos como profesores en la universidad nacional de Huamanga. No es éste el lugar ni yo soy la persona idónea para hacer un enjuiciamiento histórico

de la guerra que dirigió y perdió el líder senderista con costo tan alto. Sin embargo, pese a todos los horrores y atrocidades que cometieron las fuerzas en pugna, me niego a escarnecer la memoria de los combatientes que pagaron con su vida la temeridad de sus acciones. Y es en consideración a ellos, en particular, que pensé, que sigo pensando, que Guzmán no tenía el derecho de caer en la forma que lo hizo.

5

La marginalidad –la auténtica y absoluta– es otra opción que tienen los intelectuales con relación al Poder. Algunas figuras de la intelectualidad peruana acuden a mi mente, encabezados desde luego por Martín Adán. Pero esta marginalidad deriva de la tradición de la bohemia romántica que es, finalmente, autodestructiva. Existen, por otra parte, intelectuales que no son marginales sino más bien una suerte de «lobos esteparios», por su apartamiento de los mundillos académicos y literarios, entregados en silencio a la meditación y la escritura. Pero cuando me refiero a figuras marginales pienso en hombres como Beckett, Cioran, Genet o el mismo Bukowski, cuya vida y obra radicales (en la mejor tradición de Diógenes, llamado el Perro) se basan en una ética igualmente radical que no admite ninguna concesión a los convencionalismos sociales y a los poderes que gobiernan el mundo. Quizás haya excepciones, pero entre nosotros por desgracia la marginalidad, que en el mejor de los casos es en la vida de estos intelectuales una etapa antes de su reincisión en el orden vigente, es una impostura –como el malditismo exhibicionista, como los cultos a la locura y extravagancias que reclaman a gritos al fotógrafo–, grosera parodia que constituye una afrenta a estos seres que acaso aspiran a otra santidad por los caminos más peligrosos y desesperanzados. ■



USA: INTELECTUALES A MEDIA VOZ

PETER ELMORE*

Art Phillips/Upi-Bettmann Newsphotos.

 Que inventen ellos», decía Unamuno, refiriéndose a los pueblos anglosajones; el ingenio de los españoles, a su juicio, debía dedicarse a los asuntos del arte y la filosofía, mientras que los ingleses y los estadounidenses estaban destinados a resolver problemas prácticos. Por su lado, el Ariel de Rodó insiste en que a los latinoamericanos les había tocado en suerte cultivar las disciplinas del espíritu, mientras que a sus emprendedores vecinos del Norte les correspondía domar la materia y proponer adelantos tecnológicos. Aunque ni Unamuno ni Rodó sean en la actualidad autores de cabecera para la *intelligentsia* latinoamericana, sus apreciaciones circulan de todas maneras en el aire de la cultura hispanoparlante. Para muchos, a pesar de la evidencia en contra, las mentes activas de los Estados Unidos se ocupan casi con exclusividad de cuestiones científicas y tecnológicas.

No es así, sin embargo, y no lo es desde el siglo XIX. La doctrina de la no violencia, por ejemplo, puede rastrearse hasta Thoreau, que Gandhi reconoció como una de sus influencias. El pensamiento de Ralph Waldo Emerson –vitalista, democrático e idealista– alimentó a escritores de la importancia de Hawthorne y Melville, que en la prosa de sus contemporáneos hispanoamericanos no encuentran pares. Ya en el cambio de siglo, el pragmatismo de William James –hermano de Henry, el novelista, que al igual que el poeta T. S. Eliot eligió en la madurez la nacionalidad británica– se abrió camino no sólo en los círculos letrados de Boston, sino en la misma Inglaterra. Podría uno prolongar el censo de pensadores, pero el propósito de esta

nota es apuntar algunas observaciones sobre el campo intelectual en los Estados Unidos de estos tiempos, cuando se inicia el nuevo milenio y acaba de terminar (¿o de prorrogarse?) lo que el poeta beatnik Allen Ginsberg llamó *The American Century*.

En primer lugar, el observador más distraído del debate ideológico en los Estados Unidos notará, sin dificultad, que en estos tiempos casi ha desaparecido la figura del llamado «public intellectual», como Edmund Wilson o Lionel Trilling, cuya función era la de tender puentes entre el ámbito académico y la opinión culta del país. De vez en cuando se puede escuchar a Gore Vidal, siempre cáustico y agudo, pero hace un buen tiempo que Susan Sontag ha decidido replegarse de la esfera pública, pese a que no deja de escribir y hacer cine; quizás su último gesto cívico se dio en Sarajevo, durante lo peor de la crisis bosnia, cuando decidió presentar ahí, con actores locales, una puesta de *Esperando a Godot*, de Beckett. En todo caso, quienes más se acercan al paradigma del «intelectual público» son individuos contestarios y críticos, con cierta vocación activista, como el palestino-americano Edward Said el lingüista Noam Chomsky, pero es evidente que los medios más prestigiosos y de mayor difusión tienden a ignorarlos; el comentario cotidiano y el análisis de las tendencias generales de la sociedad están a cargo de columnistas (los llamados *pundits*) que ofrecen opiniones sobre todo lo divino y lo humano, habitualmente desde posiciones conservadoras. En ese gremio, el que más obviamente aspira a que lo tomen por un pensador articulado es George Will. El año pasado, ante la aparición del último libro del filósofo Richard Rorty –cuyas credenciales son las de un liberal de la escuela de Dewey–, Will lanzó

* Peter Elmore es profesor en Baulder, Colorado. Su última novela, *Pruebas de fuego*, fue editada en 1998.

en *Newsweek* una diatriba contra Rorty, descalificándolo por ser –supuestamente– un izquierdista anticuado y un académico recluido tras los muros universitarios. El incidente no es único, y por eso mismo resulta ilustrativo: lo que piensan las mejores mentes académicas no llega a discutirse.

Lo anterior sugiere una cierta división del mercado de las ideas: el periodismo y la universidad ocupan espacios que no son sólo diferentes, sino antagónicos. Antes de que la Guerra Fría lo congelara, *Partisan Review* fue un notable punto de encuentro para una promoción de intelectuales judíos, casi todos neoyorquinos, que no vacilaron en ejercer la cátedra y, al mismo tiempo, dirigirse a públicos amplios. No deja de ser curioso que varias de las plumas que figuraron en *Partisan Review* –tribuna de un pensamiento radical, cosmopolita y antiautoritario– acabaran respaldando, ya en los 80, al reaganismo. El más notable e importante de esos conversos fue, sin duda, Norman Podhoretz, que fundó la revista *Commentary*, el medio más serio e influyente de los neoconservadores. Significativamente, los republicanos –que, con George Bush Jr., se sienten inquilinos inminentes de la Casa Blanca– no están interesados ahora en lanzar una ofensiva cultural e ideológica como la de los años 80. Si los intelectuales de izquierda tienen dificultad para hacer oír su mensaje, tampoco se ven muy solicitados los conservadores más rigurosos. El «conservadurismo solidario» de Bush es, sobre todo, una frase acuñada por publicistas conscientes de que al Partido Republicano le resultan indispensables los votos de los centristas y los independientes. Por el lado demócrata, quienes orientan el discurso del candidato presidencial son, sobre todo, expertos en imagen, estadística y análisis detallado de aquellos **focus groups** en los cuales algunos ciudadanos cuidadosamente selectos comentan el desempeño de los aspirantes al trono. La brega política es menos una

contienda de ideas que una competencia entre técnicas de mercadotecnia.

Cabe decir unas palabras sobre el **think tank**, esa peculiar forma institucional que funde –a su modo– la tradición del núcleo de intelectuales agrupados en torno a un órgano impreso con la práctica tecnocrática de la asesoría especializada. Sin duda, los **think tanks** más renombrados y poderosos son aquéllos que cuentan con juntas de mecenas generosos. De ellos, el más notorio es The Heritage Foundation, que lanzó a principios de los 80 una ambiciosa campaña en varios planos contra los valores y estrategias de la **intelligentsia** liberal: apologistas del libre mercado, anti-comunistas fervientes, adversarios de la contra-cultura engendrada en los años 60, defensores acérrimos de lo que Dwight Eisenhower llamó «el complejo militar-industrial», a la vez que enemigos de los subsidios y programas de apoyo a los sectores marginales, los animadores de The Heritage Foundation lograron, en más de un aspecto, mover el péndulo del debate intelectual hacia la derecha. En la actualidad, sin embargo, ese centro de investigación y propaganda se encuentra algo alicaído, pero uno puede proponer como hipótesis que, de aquí en adelante, la influencia de los intelectuales en la esfera pública se dará menos a título individual que por medio de esfuerzos colectivos e institucionales.

Por otro lado, conviene no olvidar que al interior de ciertas minorías tradicionalmente subalternas –mujeres, afroamericanos, indígenas, latinos, homosexuales– hay quienes, conociendo o no la obra de Antonio Gramsci, se proponen cumplir el rol de intelectuales orgánicos. En el feminismo, por ejemplo, las reflexiones –polémicas y a veces esotéricas– de Judith Butler han servido para dar a parte del movimiento un mayor relieve crítico. En el frente de los afroamericanos, hay un elenco amplio y de ningún modo monótono, que va desde Cornell West a bell hooks. El ecologismo, que a través del Partido

Verde y la candidatura presidencial de Ralph Nader ha logrado una mayor repercusión pública, parece hallarse en el proceso de elaborar una crítica de fondo del modelo posindustrial y del paradigma de desarrollo que hoy tienen la sartén por el mango. El Marx de los Verdes, sin embargo, no ha aparecido aún.

bro de De Man, como *Blindness and Insight*, sean lúcidas inquisiciones en el arte de la lectura. Otra corriente que hasta mediados de la década pasada llenó estantes con inusitada riqueza y que ahora ha perdido empuje es la posmoderna; no es de lamentar que amarillee la mucha hojarasca pro-



Frederick Remington. «The Advance Guard or The Military Sacrifice», 1890.

La doctrina de la no violencia puede rastrearse hasta Thoreau, que Ghandi reconoció como una de sus influencias.

Hoy, a principios del siglo XXI, también es necesario consignar la defunción de ciertas modas intelectuales que hasta hace muy poco campeaban en las universidades estadounidenses (o, para ser más exacto, en sus departamentos de Humanidades y Literatura). El deconstrucciónismo de la Escuela de Yale, que en los años 80 arbitró el discurso académico, ha caído en desuso: su nota necrológica casi coincidió con la de Paul De Man, cuyos artículos anti-semitas y pro-nazis escritos durante la Segunda Guerra Mundial fueron desenterrados de un archivo belga. Poco parece importar que algunos li-

ducida durante el cuarto de hora posmoderno, pero siguen siendo iluminadores y estimulantes –pese a su prosa algo plúmbea– los ensayos de Fredric Jameson.

Estados Unidos nunca cultivó la tradición francesa del «mandarinate», que convierte a ciertos intelectuales en figuras cuya opinión es objeto de la adhesión apasionada o la discrepancia vehemente. De todas maneras, no ha faltado a lo largo de los años cierta presencia pública de quienes se dedican a las tareas de la reflexión y la escritura. En estos días, sin embargo, parece ser más fragmentada y más tenue. ■

MUJERES DE AYER Y HOY

ESCRIBIR NO ES SÓLO COSA DE HOMBRES

MARGARITA GIESECKE*

Hace un tiempo tuve el privilegio de ser una de las presentadoras del libro de Aída Balta, *Presencia de la mujer en el periodismo peruano (1821-1960)*.

Encontré algo que pocas veces ocurre con los libros de historia: el texto fluye como si fuera una muy buena y sugerente novela. Bien conceptualizado, está organizado con una trama que responde fielmente a la historia republicana y, cuando uno lo acaba de leer, se hace urgente preguntar por el papel que jugamos las mujeres intelectuales de hoy día.

El hecho de que las mujeres intelectuales tengamos una larga historia de marginación no siempre se ha debido a que estuvimos metidas en un cuarto apartado y alejado de donde la vida se desarrollaba. Simplemente significa, como todos sabemos, que nuestra presencia como parte fundamental de un todo social cumplía roles socialmente asignados, pero, y esto es lo que queremos destacar, de ninguna manera estáticos ni secundarios frente al quehacer de la época. Los roles evolucionaron al ritmo con el que evoluciona la sociedad misma y por ello no nos sorprende que, cuando se produjo la gesta independentista y el nacimiento de la República, las mujeres involucradas en su triple papel de madres, esposas e hijas de los soldados encontraran un espacio para

opinar, para poner por escrito su deseo de libertad. El cómodo y casi estático mundo colonial se opacaba con el brillo de las ideas republicanas de libertad, igualdad y democracia.

Es así como Aída Balta llega a identificar a catorce «pioneras» del periodismo nacional, que deben de haber nacido en algún momento entre fines del siglo XVIII y los años iniciales del siglo XIX. Fueron ellas las que redactaron las incendiarias proclamas de ánimo en la lucha apoyada por «Dios, por la justicia, por los derechos y por la libertad de la patria».

Pasada la etapa fundacional de la República entramos en una especie de compás de espera, en el que Lima conserva sus características pueblerinas hasta que se descubre el valor comercial del guano y se produce la bonanza económica. Recién a partir de allí comienza el verdadero tránsito de identidades de la Colonia a la nueva República, de ser aristócrata a convertirse en miembro de clases medias o altas, pero sin los privilegios de antaño.

El grito de igualdad hacía temblar a los que creían en las diferencias y el de libertad a los que creían en la sumisión. Este tiempo histórico fue particular-

* Historiadora, doctora por la Universidad de Londres, Birkbeck College, 1992. Cátedra de investigación avanzada en Historia Económica en el Posgrado en San Marcos.



La escritora de *Aves sin nido* Clorinda Matto de Turner, en una foto inédita dedicada en el Cusco, el 3 de abril de 1867, a su idolatrado tío Samuel.

mente rico en propuestas y contradicciones.

Juan de Arona, por ejemplo, escribía en las páginas del *Chispazo* que «escribir era cosa de hombres». Fue desde este periódico, como recuerda Aída Balta, que Arona se «burló encarnizadamente» de la escritora Mercedes Cabello de Carbonera, llegando hasta a cambiarle el apellido por el de «Cabronera».

Sin embargo, es importante destacar que por oposición a personajes como Arona, otras muchas figuras masculinas estimularon y apoyaron decididamente que las mujeres de entonces se volvieran ilustradas e intelectuales. Su papel fue decisivo en la suerte de buena parte de las mujeres instruidas que nacieron y se educaron en la era del guano, y particularmente en la década de 1870.

Fueron nada menos que los hombres quienes, escapando de los moldes coloniales, abrazando las ideas republicanas y la mentalidad en boga de la ilustración y el progreso, dieron a sus hijas mujeres todas las herramientas para que se abrieran camino hacia la igualdad de derechos y de oportunidades entre hombres y mujeres.

Esa igualdad comenzó con la enseñanza que los propios padres dieron a sus hijas desde pequeñitas. Un número importante del total de las mujeres periodistas que Aída Balta estudia fueron instruidas por sus propios padres (no siempre con participación de las madres, ya que ellas mismas muchas veces no eran tan instruidas). Fue, más bien, la sensibilidad de los padres, muchos de ellos grandes luchadores y figuras como Andrés Avelino Cáceres o Ricardo Palma entre otros.

Cuando no los padres directamente, fueron instructores las personas contratadas y, a falta también de éstos, la instrucción vino de las escuelas en el extranjero. Finalmente, para más de una la fuente de inspiración, de enriquecimiento intelectual y de apoyo fue su marido.

De acuerdo a la investigación de Aída Balta, el primer salón literario que existió en Lima fue organizado por Manuela Rábago y Avella Fuertes de Riglos, «después de la Emancipación política y siguiendo el modelo afrancesado». Pero la que marcó época fue la generación de la posguerra en el «Club Literario de Lima», ubicado en la caserna de la calle Urrutia (actual jirón Camaná). Allí se iniciaron las famosas Veladas Literarias que se convertirían en hito del desarrollo cultural de la mujer y, por ende, de nuestro país, animadas por la escritora argentina Juana Manuela Gorriti.

El progreso de la época guanera se terminó con la Guerra del Pacífico, que sumió en la pena, el dolor y el estancamiento a la nación entre 1879 y 1884. Estos años, al igual que el período independentista, crearon una crisis duradera que impactó profundamente en las mujeres ilustradas, quienes nuevamente crearon un espacio para opinar.

También fueron las madres, hijas o esposas de los soldados, pero la naturaleza de esta guerra remeció cuestiones que se creían resueltas respecto a la formación de la nación. De allí la riqueza temática de cerca de veintiseis escritoras identificadas y estudiadas por Aída Balta. La guerra fue tema central, pero también el poder, la naturaleza del poder, la debilidad de las élites, la complejidad de un pueblo que tiene un contingente de indígenas marginados de la historia, la vida cotidiana, el sentido del humor.

Más aún, se revisa el papel de la fe, de Dios, del alma humana, de la psicología y la conducta, así como también la buena o mala índole, algo que en aquella época clasificaba a la gente.

Tanto en la prosa como en la poesía los conflictos entre las cuestiones terrenales y las místicas o espirituales, al margen del estilo, son temas que tienen en ese momento enorme vigencia.

Sin lugar a dudas las consecuencias de la guerra mantuvieron abiertos im-

portantes espacios para las mujeres ilustradas, que se comprometieron decididamente con la educación y con el periodismo en el Perú. Ellas no sólo escribieron en periódicos y revistas, sino que pudieron dirigirlos y a veces fundar sus propios medios. Más de una publicó libros en el Perú y en el extranjero.

La estrecha relación entre la escritora y su medio llevó a muchas mujeres a asumir posiciones políticas y a sufrir las consecuencias de ello. Si bien es cierto que esta característica será más común en las escritoras del siglo XX, en el XIX mujeres como Clorinda Matto de Turner, exiliada a Buenos Aires por su simpatía Cacerista, sufrieron el rigor de la marginación de la sociedad.

En este sentido quizá quien pagó el costo más alto de la capacidad de lucha y de independencia de opinión de las mujeres del siglo XIX fue Mercedes Cabello de Carbonera. Ella llegó a la depresión más profunda por la intolerancia de la que fue objeto. Pero fue un costo que valió la pena: el camino para la mujer, para la mujer escritora y periodista, quedaba abierto.

El período de posguerra vio nacer una nueva República: ya no era la promisoria sociedad de corte colonial, ni la de las clases vencidas por la guerra, sino una estructura social con población creciente en número y muy cambiante. Los nuevos trabajos, a raíz del empuje de la

economía exportadora de materias primas, crearon hombres nuevos producto de la transformación de los campesinos y de los artesanos en obreros. Los gobiernos asumieron la educación pú-



CARETAS

Doris Gibson, muy jovencita, cuando era una de las pocas mujeres que frecuentaba Bellas Artes.

blica en la convicción de que las democracias y la industrialización necesitaban masas ilustradas.

Al mismo tiempo, el capitalismo se

expandió y las luchas sociales de otros países tuvieron eco en el Perú. El progreso del siglo XX se vio crecientemente amenazado por la vulnerabilidad del mercado, las democracias se tambalearon y la crisis de 1929 llevó al clímax la crisis mundial entre la Primera y Segunda Guerra Mundial. La amenaza de las revoluciones y la tentación de los golpes de Estado y de las dictaduras convirtió la libertad de expresión en la nueva Meca.

Las mujeres tomaron la posta. Ya no fueron solamente las hijas de las élites sino, precisamente, las mujeres de la creciente clase media que habían encontrado el camino hacia la educación y la libertad de opinión, abierto antes por las mujeres del siglo XIX. Ya no recurrían a los salones de la ilustración sino a los bares y los espacios públicos, que capturan la imaginación de la bohemia a tono con una ciudad definitivamente más industrial que rentista colonial.

Las siete mujeres ubicadas en la parte que Aída Balta llama «Periodismo, Bohemia y Lucha Social», se adhieren a este Perú cambiado y cambiante, a la causa de los más pobres y marginados y a la de la República entera, con la libertad de expresión como sustento indispensable de la democracia. Esta lucha tiene en ese momento a Doris Gibson de Parra a la cabeza.

Y, tal y como les dije al principio, uno termina preguntándose: ¿Qué más pasó?

Termina el recorrido por la vida y obra de estas cuarenta y cinco intelectuales, a lo largo de unos 150 años de República, y hace necesario preguntarse respecto a la naturaleza y el papel de las mujeres intelectuales de hoy día.

Un esquema sucinto recoge rápidas reflexiones con el propósito de motivar lo que podría convertirse en una rica discusión futura.

Antes que nada, en una veloz comparación, pareciera que las mujeres intelectuales de hoy –no las profesionales, ni las políticas, ni necesariamente

las académicas sino las intelectuales–, son –somos– al igual que aquéllas, más hijas de nuestro tiempo que de nuestros padres.

Inmersas en una promesa de República y en una promesa de democracia que ya dura 179 años, pareciera que los temas universales son los mismos. Entre los personales: el hogar, el marido, la separación, el divorcio, la crianza de los hijos, los valores, «la índole», etc. Y entre los públicos: el gobierno, el poder, la preocupación por el bienestar del prójimo, las obras sociales, los derechos, las escuelas y la educación.

Dejando al mundo académico, así como a las aulas universitarias, completamente aparte, pareciera, a pesar del *mass media*, que los espacios para la discusión sistemática de ideas y trabajos en ciernes así como la búsqueda de consenso respecto al quehacer nacional han quedado en espacios privados más bien restringidos a pequeños círculos, cuando no son simplemente inexistentes.

El caudal creativo parece íntegramente derivado hacia varios temas de agenda puntuales, altamente especializados y también urgentes: la mujer (género), los derechos humanos, la población, el ingreso básico para la supervivencia.

Aún cuando muchas mujeres intelectuales están comprometidas con la realidad nacional, da la impresión que la concepción de país y el paradigma de nación han quedado esta vez completamente postergados por un gran tema urgente y eterno: el funcionamiento de la democracia.

Reitero que no nos estamos refiriendo a la excelencia académica, rica en temática y en metodología, alcanzada por las investigadoras del último tercio del siglo XX. Nos referimos a las mujeres que piensan, escriben, sienten y actúan en la sociedad, más allá de las fronteras del mundo de la «academia». En este sentido, atrás quedaron el romanticismo republicano y el ideal del progreso infinito, así como la combati-

vidad de las mujeres intelectuales de la primera mitad del siglo XX, pues parecía que los estrechos márgenes del subdesarrollo nos enfilan hacia la solución de problemas urgentes, pero sin una proyección integrada o integradora de nación.

A propósito, muchos intelectuales afirman que el problema del Perú es que no tenemos identidad. A mí me parece imposible que un pueblo no tenga identidad. Que no le guste la identidad que tiene es posible; pero que no la tenga, no entiendo cómo. De otra parte, sobre todo en los últimos tiempos, he oído a intelectuales afirmar que en el Perú de hoy no existe una lucha política sino una lucha entre «el bien y el mal», y que nada se entiende. Como historiadora encuentro plausible que un tercio de las explicaciones de nuestro presente nos lo dé la historia; el resto nos lo tendría que dar el presente mismo y la proyección al futuro o nuestra utopía. Pero, sucede que ante el presente, luego de tantos años de cansada lucha por construir una nación inteligible, uno tiene la enorme tentación de tomar muy en serio la pregunta que se hace Gabriel García Márquez.

Dice él, a propósito del papel de la poesía y lo poético en lo real maravilloso o el «realismo mágico»: «lo difícil es saber quién está más cerca de la razón: ¿los que creen en las ilusiones o los que no creen la verdad?»

Su pregunta se origina en un caso real. El patrón de la canoa de los ríos que bajan de la sierra nevada aseguraba a los turistas que las enormes piedras de los ríos así como las mariposas amarillas aparecieron después de *Cien años de soledad*. Mientras que el negocio de venta de muebles que fueron de sus abuelos en el pueblo de Fundación fracasó porque nadie creyó al propietario,

rio, que sostenía que esos muebles eran realmente de los abuelos de Gabo y que los habían traído del pueblo de Aracataca.

Encuentro el caso doblemente valioso porque nos plantea la necesidad de la ilusión para enfrentar una realidad limitante y la alusión al mercado inter-

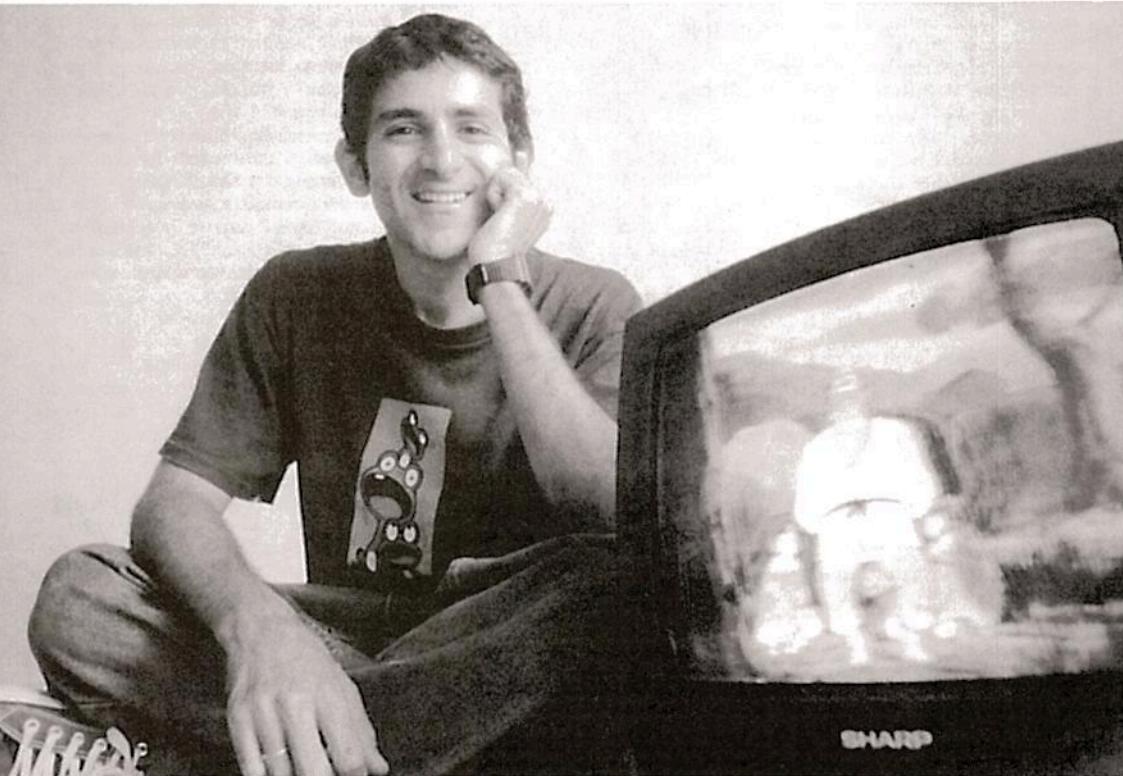


Sonriente Magda Portal, militante en sus años mozos del APRA, poeta y periodista.

no como un paradigma latinoamericano, que a estas alturas no sabemos si llegará a ser una verdad o si será siempre una ilusión.

¿Será que el realismo mágico nos ofrece un consuelo tal que ya no será la historia sino la magia la que nos devuelva en el siglo XXI la reconfortante sensación de pertenencia?

Claro que a estas alturas ya no importa si hablamos de mujeres solamente o si de hombres y mujeres intelectuales, porque, después de todo, este es uno de los signos de los tiempos. ■



«En este país la gente cree menos en el deber, es la impresión que sacas viendo televisión», dice Max Hernández. (Foto: *Caretas*)

SE BUSCA UN INTELECTUAL, RAZÓN AQUÍ

MARTÍN PAREDES OPORTO

*Concebir un pensamiento,
un solo y único pensamiento,
pero que hiciese pedazos el universo.*

E.M.CIORAN

Cuando le pregunto a Max Hernández Calvo qué es para él un intelectual, me contesta que «por la palabra, es alguien que emplea básicamente su intelecto, pero que es difícil definirla porque el término está signado por el estereotipo y el clisé, y que es difícil despojarlo de esas cargas. Sean peyorativas o incluso celebratorias». Celebratorias, como un escapulario colgando del cuello. Peyorativas, para restarle importancia a todo tipo de actividad de pensamiento, sobre todo cuando son posiciones críticas. «En las artes, en la escena limeña, es demasiado frecuente considerar a los artistas que piensan o se orientan más a lo conceptual, como malos artistas y que se dedican a ello como si no tuvieran el talento para las 'artes' como Dios manda». Max es ya un reconocido pintor y profesor en la Universidad Católica, de donde egresó. Exploró en la pintura pop y luego pasó al video, pero sin dejar la pintura, me advierte.

—¿Crees que tu pintura es vista como un trabajo intelectual? —le pregunto a Max.

—Me inclino a que no. Puede haber tanta dimensión intelectual en un trabajo hecho en óleo sobre tela. El problema es que en Lima (en el campo de las artes) la gente no le presta demasiada atención a esa dimensión intelectual. Están obsesionados por las virtudes formales de tu trabajo, cuán habiloso eres, pero toda la dimensión reflexiva, crítica, se deja de lado. Y cuando se reconoce, suele hacerse con cierto desdén. Eso es en base a la ignorancia supina del medio, atravesando comentaristas, productores, consumidores.

Rafo Ráez se ha cortado su característica larga y lacia cabellera, aquella que le tapaba un ojo, como una tapada. Ingresó a San Marcos a estudiar comunicación, «la carrera que estudia mucha gente que no sabe mucho qué hacer», y se trasladó a antropología siguiendo a una chica de la que estaba

enamorado. Pero es, ante todo, uno de los mejores músicos de la escena alternativa nacional. No fue una decisión serlo, es algo que le pasa a uno. Un día escuchó «Anarchy in the U.K.» de los Sex Pistols y todo cambió para él. «La antropología es una pasión tan fuerte como la música, es la ciencia social más sutil. Soy un fan absoluto de la antropología». Ha grabado discos como «Suciada de 16», «El loco y la sucia», y «Muéranse», «discos con amargura y ternura, agridulces, como la comida china». Digamos que las clases de Julio Cotler en San Marcos, de las que era fan absoluto, fueron un terreno fértil para su música, aunque Rafo trata que no se note. No soy nihilista, dice, sólo una persona que mira la realidad crudamente y que tiene una esperanza cruda, en todo caso.

Se saca la gorra negra de lana para responderme qué es un intelectual. Y se la pone otra vez:

—En muy pocos caminos de vida uno puede ser lo que quiere ser. Un intelectual es aquél que puede ser lo que quiere ser. Y no tiene excusa para no serlo.

—¿Un músico de rock puede ser un intelectual?

—Habría que revisar la biografía de Lennon. Claro que él siempre negó que fuera un intelectual; él hablaba más por intuición. Pero frases como «Dios es un concepto mediante el cual medimos nuestro propio dolor» podrían ser de Hannah Arendt, ¿no?

LAS LEYES DE LA ATRACCIÓN

Nos sentamos sobre unos cojines a ras del suelo, en su sala. Hay mucho color en armonía, afuera está gris. Veo dos veces a Natalia Iguíñiz, la que está delante de mí: de carne y hueso, y la que está detrás de ella: un autorretrato suyo colgado en la pared. Natalia es una de las más talentosas pintoras de su generación; su pintura introspectiva, íntima, de un ambiente melancólico recuerda a la de Edward Hopper, me

contaría después, mientras almorcamos frejoles con arroz y huevo frito. Participó en la I Bienal Iberoamericana de Lima, hizo su primera individual en 1998, calificada como notable por la crítica. El año pasado sus afiches sobre las perras causaron escándalo en esta hipócrita ciudad. En las últimas elecciones elaboró unos afiches con la estética del serígrafo chicha, pero con frases como: «no al tecnofraude», «cambio y no cumbia». Luego, con

Sociedad Civil, participa en la organización de «Lava la bandera», cada viernes en la Plaza Mayor. «Yo creo que todos somos de alguna manera intelectuales; todos tenemos reflexiones intelectuales, pero llamamos intelectuales a los que se dedican a un trabajo más metódico de reflexión. Aquéllos que hacen de la reflexión su ocupación». ¿Y tu trabajo, crees que es visto como intelectual? «Mi trabajo tiene reflexiones intelectuales, sí. Pero más

que mi trabajo, mi vida; yo estoy acostumbrada a tener un tipo de reflexión que podríamos llamar intelectual, pero no pienso que esa sea mi profesión, mi quehacer cotidiano. No creo que un artista no pueda ser un intelectual. No desarrollo un trabajo intelectual sistemático. Investigo, leo para mis proyectos, pero no escribo mucho; diría que no soy una intelectual». Estamos de acuerdo en que Gustavo Cerati es lo máximo, que Soda Stereo es maravilloso. Pero a mí me gusta Szyszlo, y a ella no.

Natalia Iguíñiz: «Lecturas que son importantes para mí, desde Vallejo hasta Carmen Ollé, Rocío Silva, María Emilia Cornejo; por su recorrido Gustavo Gutiérrez».

Luis Peirano



CUERPO A TIERRA

Creció –crecimos– con Sendero, el apagón, el coche-bomba. Nuestra generación tenía seis años cuando volvió la democracia y el terror, vivimos una guerra que no comprendimos. Nos tocaron malos tiempos en que vivir. Este año, Alberto Vergara y Eduardo Dargent pu-

blicaron un libro conjunto de ensayos sobre Sendero Luminoso e inocentes condenados por terrorismo: *La batalla de los días primeros*. Alberto estudió el último año de Derecho en la Católica; obtuvo el tercer puesto en el segundo concurso de ensayo del Ideele en 1998 y recibió una mención honrosa en el concurso de cuentos Adobe en 1999. Para él, un intelectual es «alguien que tiene un gran interés por estar informado de muchas cosas, las sistematiza y trata de hacerlas públicas». Y cuando le pregunto si tiene algún modelo de intelectual, sonríe y dice: «me resulta incómodo responder de la intelectualidad como si fuera uno de ellos».

¿Estás muy lejos de ellos?, ¿cómo te ubicas? «A mí me gusta leer, dejémoslo ahí», y vuelve a sonreír. Me explica que para él esa palabra «tiene una dimensión bastante grande, de importancia, que es difícil colgársela encima». Le gusta Octavio Paz, tanto como Camus y Bertrand Russell, Vargas Llosa por su honestidad intelectual, «no me gustan los intelectuales que defienden regímenes, ni ideologías, ni religiones; me gusta el pensamiento libre». Tiene en su habitación un afiche de Velvet Underground, la vanguardia musical de los sesenta abrigada por Andy Warhol. ¿Cuánto queda de los intelectuales sesenteros? «Creo que fue una generación que vivió vinculada a la política y en la que la intelectualidad era un instrumento del rollo político. Siento que los resultados de muchas de sus investigaciones era aquello que tu ideología te mandaba que encontraras, no en todas, pero sí en muchas. Como intelectualidad, francamente no nos han dado un Porras, un Basadre, un Mariátegui. A pesar de que el pensamiento intelectual en el Perú ha estado dominado por la izquierda, nadie ha podido siquiera acercarse a Mariátegui.»

Para Natalia Iguíñiz esa generación, la de sus padres, creyó que iba a cambiar el mundo, estaban trabajando para

una revolución (Cuba influyó mucho), tenían una utopía más o menos clara. «Llegaron a tener un compromiso realmente alucinante, llegaron a hacer que sus vidas estuvieran en función de ese ideal. Te cuento una cosa graciosa: mi mamá cuando me iba a dar a luz, decía: 'pero si vamos a hacer la revolución qué cosa es parir un hijo ante eso'».

Hoy, más que compromisos, lo que cada uno se exige a sí mismo es ser auténtico en lo que hace, en lo que cree, ser primero individual para luego ser colectivo: «eso de que uno no puede ser auténtico es una mentira que han inventado los mediocres para justificar la mediocridad con la que trabajan en el sistema capitalista. Fíjate, fíjate, fíjate», sentencia Rafo Ráez. La prueba –continúa Rafo– de que uno puede ser brillante en el sistema capitalista está en Sex Pistols, en ABBA, en Charly García y en John Lennon, que han realizado cosas de muchísimo talento y han hecho muchísimo dinero haciendo lo que les daba la gana de hacer. «Y yo también hago lo que me da la gana».

A Max Hernández le parece que en lo artístico es difícil delimitar hasta dónde llega tu deber. «Uno podría decir románticamente que tu compromiso es mantenerte fiel con tu trabajo, a lo que tú crees; pero el problema también es que el deber con uno mismo es comer. Es bien difícil porque el problema es que no hay mayores espacios que te den opciones y cuando tienes escenarios tan simplificados como en política, que están dividiendo todo en dos, como que tu compromiso sólo se puede definir bipolarmente. En lo artístico, o haces plata o te comprometes con tu trabajo. Estamos reproduciendo una estructura bipolar propia de la guerra fría».

LOS MEDIOS JUSTIFICAN EL PODER

Inmersos como estamos en una sociedad mediática, donde los medios construyen una realidad, donde el mun-

do pasa por los medios para justificarse, cómo se ubica un intelectual, acaso no pueda prescindir de ellos, ¿cómo habría trabajado Mariátegui en estos tiempos? Quizá hubiera tenido un programa de televisión por cable, una página web y chatearía con sus lectores: la soberanía del *homo videns*.

Max Hernández presentó en abril «La brecha», una muestra de imágenes de video manipuladas digitalmente. Él ve mucha televisión: «el rol de un intelectual que puede generar un cierto respeto entre la gente parte de un reconocimiento público que atraviesa los medios. Antes en política había el balcón; ahora entre salir a un balcón y salir en la tele, te quedas con la tele ¿no?, a menos que te guste el aire fresco».

Para Alberto Vergara, se trata de mostrar un producto que la gente consuma y ahora la gente consume medios masivos, mantenerse en circulación. Aunque existe también el intelectual recluido en la academia, son dos formas distintas de afrontar el mundo. Pasar por los medios «es una opción casi obligada, y más en países como el nuestro donde tienes que pasar por los medios para que vean tu libro, para que vean tu cuadro, para que sepan que salió tu disco». En estos últimos años hemos sido testigos de la manipulación impune de los medios masivos como la televisión, impermeable a lo que sucedía en las calles: «una manipulación que es bien desgraciada porque no sólo está destinada a crear una realidad virtual, paralela o inventada, sino que los medios están abocados a embrutecer a la gente. Es la culminación de la involución de la educación. Mira la televisión... Beto Ortiz es el intelectual de la televisión».

Ya es viejo el debate entre el intelectual y el poder. Sin embargo, llegar a ser un intelectual de prestigio ya implica tener una forma de poder, de influencia, quizás un poder más etéreo,

menos mensurable. «¿Por qué un intelectual no debería ser fascista? ¿Por qué un intelectual tendría que ser de izquierda? ¿Por qué los de izquierda tienen que ser buenos? Quizá si mucha gente de izquierda hubiera llegado al poder, habría sido, no diría peor o igual, pero hubiera sido terrible también», dice Natalia Iguíñiz. Quizá la imagen más inmediata que nos asalta es la del intelectual, en su gabinete, en su cátedra, tentado, atraído por el melifluo canto de sirena del poder, por migajas de poder: el oportunismo. Alberto Vergara recuerda el caso de Martín Heidegger que adapta su teoría filosófica al nazismo y quema libros de judíos. En el Perú, a comienzos de siglo, la relación entre intelectuales y política es muy estrecha. En un discurso de 1900 sobre las profesiones liberales, Manuel Vicente Villarán da cuenta del rol del Estado como empleador de intelectuales. Los intelectuales también son dirigentes políticos: es el caso del Partido Civil, del Partido Demócrata (Capelo, Mariano H. Cornejo), otros fundan sus propios partidos (Riva Agüero, González Prada). «Leguía acribilla toda la generación anterior, la del 900 queda sepultada porque Leguía forma parte del civilismo. Y la siguiente generación, la del centenario, Haya, Sánchez, Mariátegui, no le tiene mucha simpatía. Yo creo que siempre vas a tener unos intelectuales dispuestos a subirse al carro. O sea, la intelectualidad en el Perú está tan mal recompensada que a veces puede ser bien conchudo criticar a un intelectual porque a los setenta años decide sumarse a un tipo de gobierno», dice Vergara.

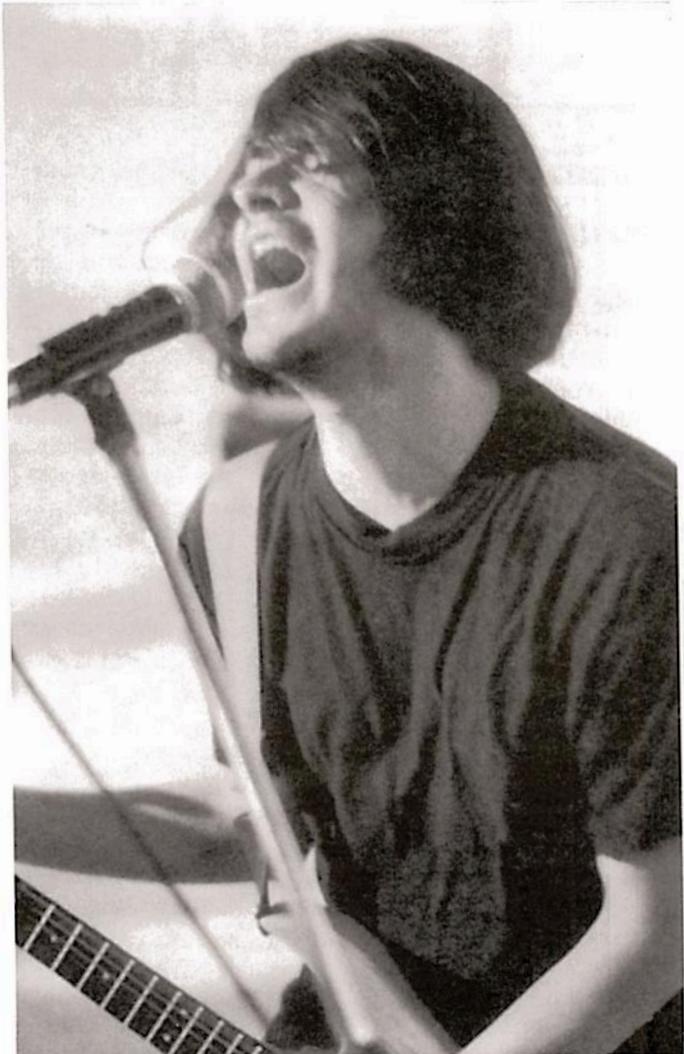
«No sé por qué tendría que ser extraño que un escritor, que un intelectual esté en el gobierno; que seas intelectual o pintor no implica que no tengas una vida política», afirma Natalia Iguíñiz. El problema es la perversión del pensamiento. Y cuando le nombró el caso de Pablo Macera: «Ah no, claro. Para mí, Perú 2000 es algo totalmente

negativo, es una cosa horrible, corrupta, la muelos, todos me parecen hasta el perno. Entonces tú dices, una persona que es inteligente, que proponía esquemas históricos diferentes (ambos leímos sus heterodoxos libros de texto de historia del Perú en el colegio), una persona que ha demostrado mucha lucidez, dices, ¿cómo? A uno lo impresiona, alguien que tú podías admirar, de pronto está metido con esa sarta de basuras».

Rafo Ráez, sobre el mismo punto, cree que Macera está siendo coherente con toda su vida. «El razonamiento de Macera es que no hay una opción mejor que la opción del fujimorismo, que es el razonamiento de Fujimori también».

EL ARTE TAMBIÉN PAGA

En los 80 aparecieron los yuppies, esos jóvenes profesionales aburridos de hacer dinero y bien a la tela. La década de los 90 fue la de los tecnócratas, la eficiencia y la reingeniería. ¿El intelectual es un aspirante a misio?, le pregunto a Rafo Ráez: «Los tecnócratas no tienen miedo de acumular dinero. El intelectual no sabe lo que es el dinero. No entiende que es una base de poder acumulable. ¿Cómo vas a empujar un movimiento de transformación sin una buena caja? Hasta para la subversión se necesita dinero. Lo siente aje-

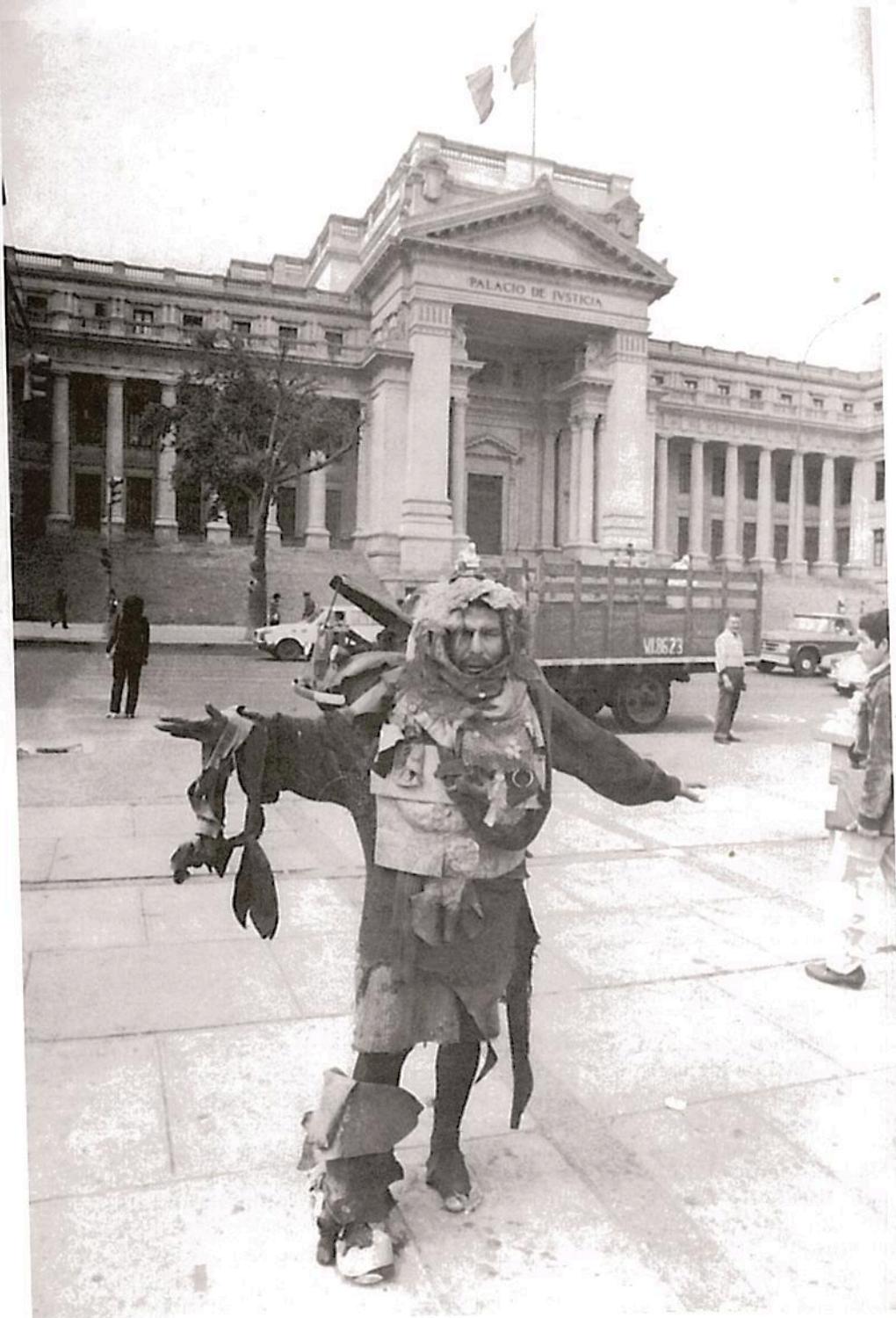


Vox horribunda. Rafo Ráez: «Yo no le creo sus orgasmos a los tránsfugas. Yo creo que el precio de ser tránsfuga es la frigidez».

no, lejano a él, o cochino. Y, finalmente, cuando tiene dinero se siente mal, se siente sucio, es capaz de hacer cojudeces con su dinero. En tanto tiene dinero, peor persona se vuelve. ¿Por qué? Porque siente que el dinero ya es una prueba de que él es una basura, lo cual es estúpido».

—¿Tú sí sabes lo que es el dinero?

—Ah, yo sí sé qué es el dinero. Yo quiero ser multimillonario. —Y una sonrisa inocente se dibuja en su cara. ■



Carlos Domínguez

La oposición a las calles

Si sólo dependiera de la oposición, Alberto Fujimori podría ser la cabeza visible de un gobierno vitalicio. El liderazgo de Alejandro Toledo se eclipsa sin que nadie le haga competencia. Ni su grupo ni los otros del campo opositor se han jugado en serio por consolidar algo parecido a una alianza o un frente. Desde la ya lejana marcha de los Cuatro Suyos hasta hoy, sus escenarios favoritos han sido otra vez el diálogo ante la OEA, en el que nadie cree, el Congreso dominado por blindadas señoritas fujimoristas, y la televisión por cable. La oposición agoniza en una espantosa atmósfera de calma chicha, sin alma, mientras Kenji Fujimori se prepara en algún *School of Government* para tomar las riendas de este alicaído y eternamente derrotado país.

Pero si sólo dependiera de la dupla Fujimori-Montesinos, el gobierno tendría la longevidad de una mariposa. Una conferencia de prensa más al estilo de aquélla del tráfico de armas, un poquito más de rigideces económicas, otros impudores políticos, y una tormenta perfecta podría irrumpir y destrozar la vana legitimidad que luce la gente de Palacio de Gobierno. En esos momentos, qué duda cabe, de nada servirían los arreglos, los modales y las condescendencias de Keiko Sofía, la cara blanda del régimen.

Entre tanto, en este clima enrarecido de apatía y desgano, allí siguen luchando diversos grupos de activistas civiles, de mujeres, de artistas y de jóvenes, o lejanos movimientos y asonadas provincianas, lavando o levantando banderas, intentando mantener fresca la idea de que no hay mal que dure cien años ni soledad que los soporte. Si sólo dependiera de éstos, la democracia se recuperaría en este instante.

Mientras tanto, la oposición se encuentra embotellada: resulta funcional al régimen, tanto en el Congreso como en su dócil participación en aquel diálogo democratizador. ■

EL DILEMA DE UNA OPOSICIÓN FUNCIONAL

EDUARDO BALLÓN E.

Las dificultades del gobierno en la actual coyuntura política son evidentes. Jaqueado por una recesión económica que será de mediana duración de acuerdo con los distintos analistas, presionado internacionalmente como lo demuestra el curso que ha tomado el caso de Lori Berenson, y duramente golpeado por su creciente pérdida de credibilidad, que se ha incrementado con el caso del tráfico de armas para las FARC colombianas, el régimen político se encuentra en su momento de mayor debilidad desde su constitución. Como parte de la misma, las diferencias a su interior se evidencian cada día más, como ha quedado graficado con la polémica que se ha abierto a propósito del traslado de fúero del juicio a la Berenson.

En este escenario llama la atención la gran debilidad y la incapacidad que viene mostrando la oposición, cuya credibilidad, por cierto, no es mayor que la que tiene el gobierno. Los partidos políticos, tanto los antiguos y más tradicionales como el APRA, AP y la UPP, los de corte más ocasional y movimientista –Perú Posible, Somos Perú y Solidaridad Nacional–, como los de carácter más «personal», el FIM, todos sin

excepción, como viene ocurriendo desde inicios de la década del noventa, mantienen un comportamiento reactivo, limitándose a responder a las distintas iniciativas del oficialismo y mostrándose carentes de toda propuesta propia. Así, resulta imposible transformar el escenario de «trincheras» que propone el fujimorismo, en uno de «maniobras» en el que la oposición pueda avanzar aprovechando la crisis que evidencia la coalición gobernante.

DIVORCIADOS DE LA SOCIEDAD

El divorcio entre sociedad y política, un matrimonio nunca bien avenido en nuestra historia republicana, es ya un lugar común. Sin embargo, la movilización y la protesta social que culminaron con la marcha de los Cuatro Suyos fue una nueva oportunidad para los distintos partidos y núcleos que se reclaman opositores. Y lo fue porque dicho proceso permitió ratificar varias constataciones, presentes en el sentido común desde hace buen tiempo, y que son ignoradas por las diferentes oposiciones políticas: i) la necesidad de la unidad real de los opositores al régimen como el único camino

para avanzar hacia una transición democrática; ii) la existencia de una masa crítica, amplia y dispuesta a movilizarse por el cambio; iii) la demostración de que la movilización hacía posible acercar, aunque fuera por un momento, la política «limeña» a las políticas regionales.

Los partidos, sin embargo, desaprovecharon la ocasión. Hasta la fecha no han avanzado un paso concreto en la conformación del Frente Democrático de Unidad Nacional, que fuera anunciado entonces, reeditando la historia del anterior Acuerdo de Gobernabilidad. Por el contrario, cada quien buscó desde entonces fortalecer su perfil propio y muchos cuestionan el liderazgo de Alejandro Toledo, cuya prolongación, independientemente de las grandes diferencias que se puedan tener con él, era el resultado lógico del proceso de movilización y protesta.

Peor aún: todo ello en medio del abandono de la calle y de la movilización más directa como forma de presión, así como del escándalo producido por la sucesión de «tránsfugas», consecuencia de la forma en que se conformaron las precarias listas opositoras. De esta manera, el abismo entre la gente y los políticos que dicen representarlos se hace cada día más profundo. El descontento y la frustración que crecientemente sienten diversos sectores de la sociedad con el diálogo propiciado por la OEA, ciertamente es atribuible al gobierno y su política de la «mecedora», pero lo es también, y con semejante intensidad, a la oposición que carece de propuestas mínimamente compartidas con la sociedad.

EL PROBLEMA DE FONDO: CUANDO LO CORTÉS NO QUITA LO VALIENTE

A la base del comportamiento de

las oposiciones, aunque suene duro decirlo, encontramos su vinculación con el fujimorismo. A fin de cuentas, es innegable que las mismas forman parte del régimen político desde el inicio de éste. Aunque denunciándolas, se someten a sus reglas y, en lo fundamental, terminan aceptando sus procedimientos. Tras denunciar las elecciones como fraudulentas, luego de exigir la convocatoria a nuevos comicios y habiendo amenazado con declarar la vacancia de la Presidencia, la oposición pasa sus días en el diálogo con la OEA y en el intento estéril de buscarle algún sentido al Parlamento.

Sin duda, su permanencia en el Congreso, especialmente la de los sectores de discurso más radical, resta a la oposición todavía más fuerza y credibilidad ante distintos sectores de la opinión pública. Más aún cuando ese espacio es el centro privilegiado de su acción política, desde la década del noventa casi exclusivamente parlamentaria.

Como es obvio, la oposición está muy lejos de asumir que superar el divorcio entre la sociedad y la política, entre la movilización y la protesta de la gente en la calle y su actuación entre los márgenes del régimen político, constituye su desafío fundamental. Atrapada entre las formas cada vez más vacías de contenido, reducida la política a los gestos y maneras parlamentarias, es incapaz de aparecer como una alternativa protagónica que defina un escenario distinto al que dibuja cotidianamente, cada vez con más sobresaltos, el gobierno.

En el escenario actual, las evidentes debilidades de la oposición política han terminado por convertirse en una ventaja para el gobierno, al no representar ningún peligro real para este último. ■



Despedirse más y mejor, sí...

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

FOTOS: ARCHIVO FAMILIAR

Es probable que mi siempre muy querida *principessa* Sylvie de Lafaye de Micheaux sea el único personaje de leyenda capaz de aterrizar una noche de septiembre –exactamente la del día 24– en el último vuelo de Alitalia procedente de Milán. Pero su avión ha llegado con veintiséis minutos de retraso y yo la he estado esperando con verdadera rabia, ya que en mi departamento madrileño ha quedado inconcluso uno de esos textos intensamente felices que se van escribiendo casi solos en la pantalla del ordenador, a medida que vamos dándole azarosamente a las teclas y éstas obedecen y registran una tras otra frases y escenas realmente increíbles, como por arte de magia. Se trata de esos momentos gozosos y ciegos, durante la elaboración de un texto, a los que

Graham Greene se refería como largos trances de plenitud —yo más bien diría que se trata de súbitos éxtasis laicos—, en que los personajes empiezan a soltar palabras y frases que uno nunca puso en sus bocas y al mismo tiempo hacen lo que les da su real gana, con resultados y hasta con desenlaces que ni en sueños hubiéramos logrado imaginar. En fin, que por esperar a la pesada de *Sylvie* yo me había perdido nada menos que veintiséis minutos de Graham Greene y de *work in really good progress*. Yo estaba realmente furioso con el mundo entero, en el aeropuerto de Barajas, a las once y un minuto de la noche, y la muy pesada de *Sylvie*...

Pero bueno: se trata de que ella venía a pasar tres días de septiembre conmigo, porque dentro de pocas semanas yo debía retornar definitivamente al Perú —o al menos iba a intentar que así fuera— y de que ella deseaba tanto y tanto despedirse de mí y de mi vida en Europa, también definitivamente. Yo estaba de acuerdo con todo, y entre alegre y tristón y agrí dulce y agradecido por su dramática tentativa («Tóquela de nuevo, Sam» + «Pero siempre nos quedará París», y esas cosas) de llegar conmigo hasta el adiós final. Sin embargo, mi rabia literaria, aquella noche, más el hecho de que mi regreso al Perú hubiera sido postergado en varios meses, y encima de todo el hecho de que *Sylvie* y yo seamos las personas que más veces se han despedido para siempre en la vida, y que más veces han vuelto a encontrarse, al cabo de años, también para siempre pero también para seguir cada uno con su vida y por su lado, como sigue cada loco con su tema, banalizaba al máximo y hasta devaluaba este largo adiós de dos seres nacidos el uno para el otro, pero que pronto, muy pronto, como quien cae en el olvido de Dios, separó una gran diferencia de edad, de nacionalidad, de fortuna, de blasones... En fin, que todo nos separó a *Sylvie* y a mí, con el telón de fondo de una gran ilusión, de un inmenso amor, y de una maravillosa ciudad de París, sobre todo de noche, que era cuando nos escapábamos para sentir, para soñar, para palpar eterna e invulnerable nuestra enclenque relación.

La paliza que me mandó dar a mí su familia, por no haberle hecho ningún caso a sus amenazas, se queda corta ante la paliza que le dieron sus padres y la vida misma a *Sylvie*, precipitándola

*a un matrimonio que jamás iba a ser feliz, que era ya la crónica de un desastre anunciado. Pero bueno, por lo menos la hija de sus padres se casaba **comme il faut**, linajudamente hablando, se casaba con alguien que, como ellos, tenía también la altanera nariz azul en las nubes. Aquella fue la primera vez que Sylvie y yo nos despedimos para siempre, con el feroz dramatismo que rodeaba todo lo que hacíamos por entonces. Y aquello había sucedido casi veinticinco años atrás, y, casi veinticinco años atrás, también, Nos volvimos a encontrar, / al fin y al cabo, y arrancó una relación interminable y llena de cariño y complicidad, sí, pero llena también de silencios y distancias, de temas que no se tocan, aunque con un telón de fondo entrañable, admirable, y maravilloso, creo yo: la elegancia de vivir siempre un eterno presente y en ciudades y hasta países distintos, respetando calladamente lo que fue y no pudo ser, gambeteándole a la vida y a nuestras realidades personales lo que bien pudo haber sido un rencor atroz, un mirar al pasado con rabia y hasta con odio, más el tiempo que también pasa para seres como nosotros, que luchamos y perdimos y aquí estamos, en una postal, en una foto, en una carta, en una visita... Como la de ahora, en Madrid...*

Rememorando estas cosas, una y otra vez más, terminaron por pasárseme los veintiséis minutos de atraso y la rabia de mi texto abandonado en la pantalla que aún veía, iluminada y feliz, cuando apareció Sylvie por una puerta del terminal tres, sonriente como siempre, sonriente como si fuera feliz. Y hubo, como siempre, también, besos y abrazos y grandes manifestaciones de alegría y de cariño, mientras yo constataba una vez más lo mucho de ficción que tiene ella para mí, a pesar del cariño inmenso y muy real por una persona que has conocido casi niña y que sólo los años y una mutua apuesta por la vida han convertido en tu muy grande, muy fiel y especial amiga de toda una vida.

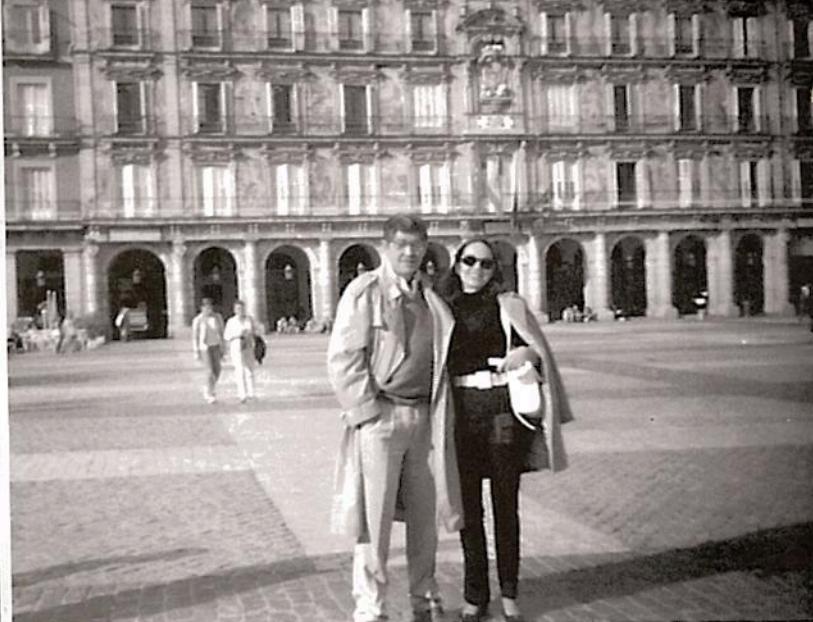
*Sylvie, alias **La principessa**... Cuánto la he amado y odiado en algunos de mis libros, cuánto la he reído y llorado, de qué modo la he gozado y vomitado en tantas y tantas páginas, pero como que nunca se ha gastado, como que nunca ha ido dando de sí hasta un punto y aparte, hasta esfumarse, como sucede siempre con los seres que se amó, se perdió, y el tiempo y la literatura se tragaron. Sylvie, inmarcesible mujer. Reconozco que han pasado los años y que has perdido bastante, pero sólo si se te compara contigo misma como personaje mío. Y reconozco asimismo que has ganado mucho como persona totalmente independiente de mí, como amiga, como mujer que ya está en los cuarenta, cosa increíble en ti («Niña –te*



Octavia de Cádiz o Sylvie Lafaye de Micheaux, el gran amor del escritor, cuando era su alumna en la universidad de Nanterre.

solía decir, ya casi cuarentón yo, adolescente tú: Niña, eres la niña de mis ojos», pero sí: cuánto has ganado, Sylvie, como mujer a secas. Todo lo que dije y maldije de ti en mis libros no me ha vaciado, ni siquiera limpiado de ti, y más bien como que me ha convertido en tu valedor, en tu pequeño Quijote personal. ¿Y por qué no? Si algún día estuve loco por ti, ¿por qué no haberseme secado, al menos un poquito, el cerebro, como al caballero de la Mancha? ¿Y por qué no haberme aficionado también un poquito yo, a fuerza de meterte y sacarte de mis páginas, a medida que la realidad te metía y te sacaba a ti de mi vida?

Inmarcesible Sylvie... Contigo no hay catarsis posible. Contigo es siempre este eterno presente lleno de ternura y de amistad, aunque este 24 de septiembre por la noche, ya en mi departamento, yo siga extrañando mi texto interrumpido en la pantalla, aburriéndome un poquito con la sucesión de banalidades que me vas contando sobre un normalísimo vuelo de Milán a Madrid... Y luego, sin embargo, no aburriéndome tanto cuando constato que



«Inmarcesible Sylvie... Contigo no hay catarsis posible. Contigo es siempre este eterno presente lleno de ternura y de amistad.»

has dejado a ese medio marido y medio novio con que haces tu vida en Milán, cuando te oigo decir por toda respuesta a mí pregunta: «¿Y a él no le ha importado que te vengas sola?», las mismas palabras que has usado tantas otras veces, años atrás, hombres atrás:

—No. Bueno, no es que no le haya importado. Es que él sabe que yo te quiero mucho.

Este es, probablemente, el instante en que más cerca estaré de ti en este viaje. Y, también —pero ya no importa, ya la vida es y fue así—, el instante en que más lejos me siento de ti, de nosotros hace veinticinco, veintiséis años. Y este instante existe siempre que nos vemos. Todo ha quedado dicho sobre la realidad. Y nada. Pero el objeto de tu visita se ha cumplido al máximo en esas palabras tuyas. Tu visita ha empezado y terminado en la duración de esas dieciocho palabras. Lástima, Sylvie, que siempre hablaras muy rápido...

Pero bueno: la ficción regresa y yo me alegro y me olvido por fin de la pantalla de mi ordenador, de tu visita acabada en dieciocho palabras, cuando de un maletín de mano que traes por todo equipaje empiezas a sacar, cual mago de circo rico, miles de regalos, primero —los hay hasta para mi novia, allá en el Perú—, y millones de prendas de vestir, prendas para casi toda una vida, prendas para todas las ocasiones, te cabe en ese maletín más ropa que a mí en todo un armario. Y además la sacas tal como la metiste:

sin cuidado, sin doblarla, siquiera, casi harapeándola, y todo para que al final salga planchadísima. Y esto sí que es el colmo y la ficción ha vuelto, gracias también a la realidad Sylvie...

— *Te he preparado todo un programa, algo sumamente español...*

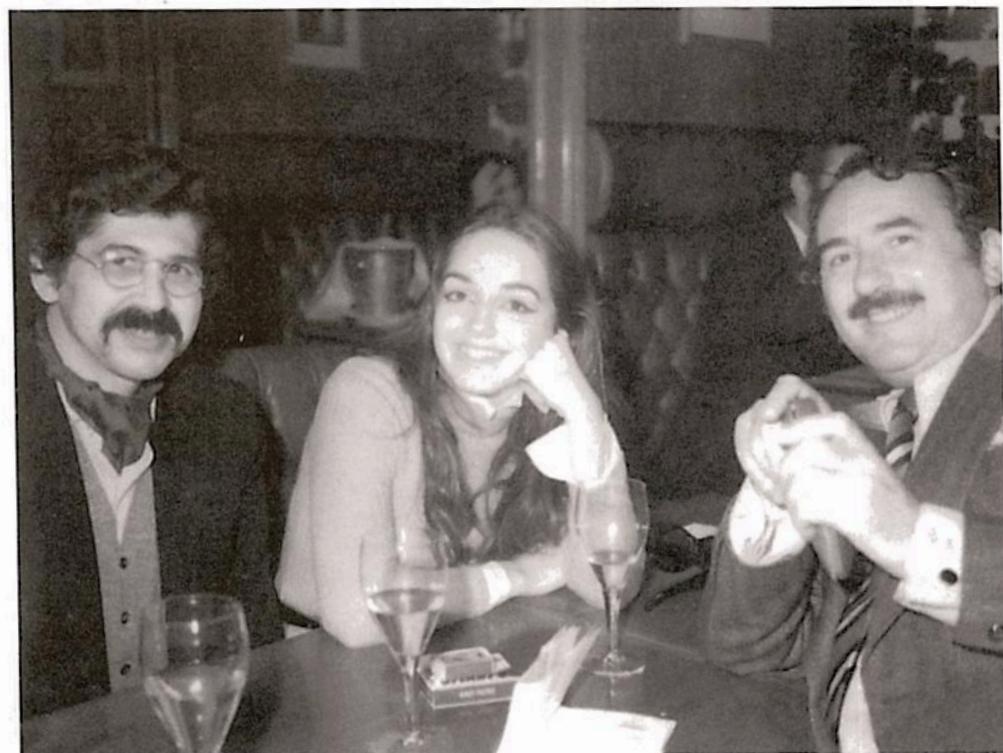
— *Córdoba: yo ya quiero estar en la mezquita de Córdoba contigo, Alfredo...*

— *Bueno, pero antes...*

No me aceptaste una copa de champán para brindar por tu llegada y manifestaste tu deseo de acostarte temprano. No, no querías visitar museos, al día siguiente, pues los habías visto ya todos en tu infancia y adolescencia, en los mil viajes que hiciste con tu familia, entonces residente en Marruecos. Además, sabías que odio visitar museos, que un ratito sí y tres o cuatro cuadros también, pero que más tiempo no soportan mis defec-tuosos pies parados sobre el mármol de los pisos.

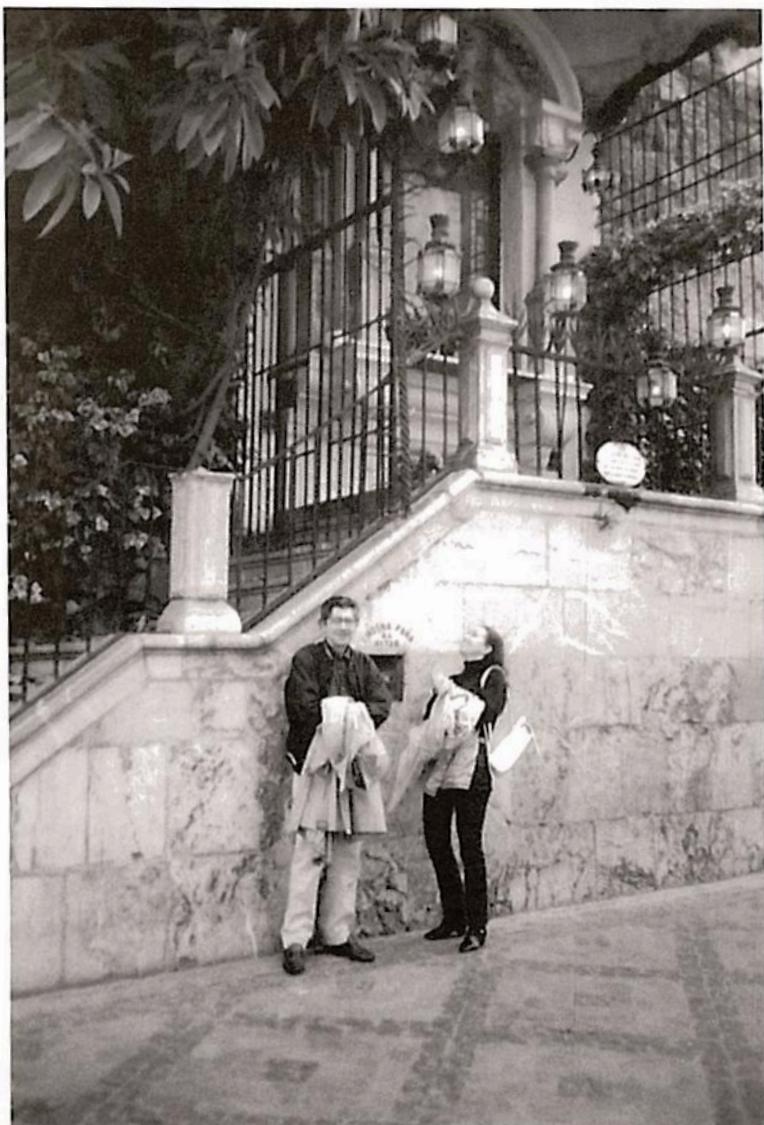
— *Yo sólo he venido a verte a ti y a visitar contigo la mezquita de Córdoba. Allá sí, eso sí que sí, tus pies tendrán que soportar-me horas y horas, Maximus.*

París, 1972. Periodista Paco Igartua celebra el amor del hombre que hablaba de Octavia de Cádiz.



— De acuerdo, Petrushka — te dije, siguiéndote en el juego de los hombres literarios con que nos hemos llamado siempre en la vida real, desde que te casaste por primera vez...

Flamenco en casa Patas, la noche del 25 de septiembre. Habíamos tenido suerte. El Capullo de Jerez, cantaor que suele prodigarse en Madrid, nos deleitó con distintos aires de su tierra. Ahí cenamos, antes del espectáculo. Te comiste un rabo de toro estofado, increíblemente. Fue como comerte tu visita toda a Madrid, fue como quererme dar gusto hasta en eso, tu manera de ser tan encantadora que ni se notó siquiera que la sola idea de un



Córdoba, 1998.
El viaje de la
despedida.



«... y a ti, nuevamente, Sylvie, porque hemos ejercido siempre el derecho de amar y sufrir como nos viene en gana.»

rabo de toro... Fue, digamos lo más jondo que podías llegar, esa segunda noche, en un postre adiós a Alfredo y a Maximus, al pasado y al presente.

Te hizo mucha gracia el Capullo de Jerez, gitano flaco, desdentado, desgarbado. De sus coplas entendías muy poco —y eso con mi ayuda en tu oído—, pero de pronto hubo una que pescaste al vuelo, que subrayaste apretando mi mano:

*El dinero y la mentira
viven en casa de lujo.
La verdad, en cambio,
tiene una casa chiquita y oscura
donde nadie la va a visitar*

El sábado 26 de septiembre, el tren de alta velocidad con dirección a Sevilla y parada en Córdoba, ha partido muy puntual. Nos ofrecen auriculares que vamos a usar porque en la pantalla del televisor está a punto de empezar Roman holiday, la película de William Wyler que, te cuento, en España se llamó Vacaciones en Roma y en el Perú La princesa que quería vivir. A ti siempre te gustó mucho Gregory Peck y ahí lo tienes,

aún joven, aún muy muy guapo, aún muy Hollywood, muy *star system*. Tú no habías nacido cuando yo vi esa película con mi primer amor y me enamoré celuloidemente, como medio mundo, de Audrey Hepburn. Te cuento que ella se ganó el Oscar a la mejor actriz por esta película, en 1953. Y te cuento más: En su *Diccionario del cine*, Fernando Trueba ha escrito: «Hepburn, el mejor apellido posible para alguien que deseé ser actriz». Y te sigo contando muchas cosas más que no escuchas porque ya te has puesto los auriculares y te has metido en el filme. Te sigo, entonces, aun a sabiendas de que la película sólo la verán completa los que viajan hasta Sevilla. Nosotros que nos bajamos en Córdoba no sabremos nunca qué pasa al final. Claro que podemos recordarlo, pero siempre hay algún detalle que a uno se le escapa. Siempre hay un pequeño incidente, una frase que se nos escapó, algún matiz que nos da una nueva luz... Me levanto para ir al baño y te pregunto si, de paso, deseas que te traiga algo de la cafetería. No. Apenas me haces una señal con la mano, sin mirarme siquiera, sin quitar un instante tu mirada de la pantalla...

Estás bañada en lágrimas y secándotelas escondidamente, cuando regreso. Y entonces yo siento ganas de tomar un trago fuerte y de estrangularte y de acariciarte y de haber llegado a Córdoba de una vez por todas para que nuestro tren abandone esta película en el camino a Sevilla...

Lo demás fue... Fue risas y postales, tú, trago y cigarrillo, yo, que con tanta facilidad venía prescindiendo de ambas cosas. Te odio, me odio, y falta todavía el día domingo, princesa que querías vivir. He reservado una mesa en Botín, el restaurante más antiguo del mundo. Según *El libro Guinness de los récords*. Y venga más vino. He reservado asientos para el musical *El hombre de la Mancha*... Y venga otra tasca y otras más hasta llegar al aeropuerto a las doce del día siguiente, para que te vayas puntualmente, ya que tu partida no estaba incluida en esta despedida...

Días más tarde, una llamada tuya, desde nuestras amadas Venecias de antaño –¿recuerdas que siempre tuvimos dos Venecias: la literaria, que tan factible nos sonaba y nos hizo disfrutar y soñar tanto, y la frequentada, que sólo nos sirvió para despedirnos la tercera y quinta vez?–, significó que bueno, que sí nos habíamos dicho adiós para siempre, y probablemente más y mejor que otras veces, porque finalmente yo sí me iría con bultos y petates al Perú. Pero significó también que ni Petruska ni Maximus lograban encajar bien en ese papel tan real que hasta teléfonos tenía. ■



CARETAS

«Toooooda una vida, te estarííía mimaaando...»

Ofrenda en el altar del bolero

ELOY JÁUREGUI*

«Yo tengo un pecado nuevo
que quiero estrenar contigo...»

Es danza antes que nada, pero es himno después de todo. Cuando se baila uno –y una– siente toda la fuerza de la carne. (No conozco bolerista vegetariano). Cuando se oye uno escucha el grito mismo de la carne, pero esta vez ensangrentada. El bolero, así, es latino en América y griego en Latinoamérica y su memoria, en el colectivo carnívoro, se engendra con la sensualidad que trepa –¡Y cómo trepa!– por las piernas hasta hacerse mortal si toca el corazón. De esta manera es poesía pura porque su escritura tiene de la economía de las palabras –a capella– en beneficio de los portentos del amor y las desdichas del desamor, que es todo lo contrario pero al revés.

Un hijo de Bilbao, un vasco quiero decir, no necesariamente de la ETA: Gregorio Barrios. Un argentino, Leo Marini. Otro argentino, Daniel Riobos. Un brasileño, Altemar Dutra. Un venezolano, Felipe Pirella. Unos chilenos, Los hermanos Arriagada o Lucho Gatica. Un paraguayo, Luis Alberto del Paraná. Un ecuatoriano, Julio Jaramillo. Un colombiano, Alci Acosta. Un norteamericano negro, Nat King Cole. Una mexicana, Toña La Negra. Una cubana. Olga Choren y hasta un boliviano, Raúl Shaw Moreno. ¿Quién falta? Un peruano imaginado croata, Lucho Barrios, cierto, mi favorito después de oírlo en *Marabú* en el mismo bar *Marabú*. Sin duda, una verdadera **Internacional Sensualista**. Todos ellos cantaban boleros. Cada quien en su estilo, cada cual en su alcoba como coda orgasmática. Quién lo duda; el bolero funda la funda de las almohadas y es la cuna de tres plazas sólo para dos.

* E. J. nació en Lima, en 1954. Estudió lingüística y periodismo en la UNMSM. Este año publicará *Usted es la culpable*, (crónicas) y *Profundo vello* (poesía).

El bolero como danza, practica el paralelismo –el amor no horizontal, el ardor vertical, la pasión intramuscular, que más cabe– que evoca a la geometría y al número de los pitagóricos. Recuerda al yin y al yang de los chinos –no de la China cubana–. A la tierra y al agua. Al sol y la luna. Al águila y la serpiente. Ahora es de uso de la aldea global; en mis tiempos pertenecía a la jalea dorsal. Ídolo y fan, esclavo(a) y amo(a), Dios y creyente antes que oyente. Sátrapa y lacayo, todos al fin de cuentas de hinojos ante el altar del bolero que no es otro que la rockola. ¡Ah las rockolas! Yo, su acólito casi alcohólico. Y póngame el C-5, disco 45 rpm casi genoma de vinil: *Ausencia*, bolero de Héctor Lavoe, siamés sangrante de Willie Colón en el bar Acuario de la avenida Bolívar en los pagos de La Victoria. Y dos más (discos, quiero decir).

Veamos o bailemos un bolero. Pedro Vargas está cantando en el programa mexicano **La Hora Azul** (Susana Dosamantes era mi perdición, lo juro duro). El video es la postal del alma, ahora quiero decir –«me hacen más falta tus cartas, que la misma vida mía...»–. Antes era el casete y antaño el acetato. Luis Miguel canta boleros acompañado de guitarras, a veces, pero ese es su problema. El bolero interpretado por tríos es distinto, por no decir opuesto a ese, el de las orquestas. Uno va directo a la memoria, el otro afecta al corpus neurovegetativo. Los dos sirven para crear un ambiente, no siempre doloroso, y recrear una situación, no siempre tortuosa; en todo caso, el bolero es anestésico casi como la dulce picadura de un escorpión, de burdel, por supuesto. Muestra el más fiero dolor, aquél que provocan los engaños, los desengaños y de qué manera, las engañosas; pero inventa su propia profilaxis para no



Iván Cruz, bolerista «cebollero», es de aquéllos de los que saben cómo llegar a las zonas hiper sensibles del alma.

repetir el plato (¿hondo?). O, como dicen por ahí, Mozo cuádreme ese disco, pero por el lado B.

El bolero actúa en las zonas hiper sensibles del alma. Su ritmo está dirigido al sistema psicomotor antes que al sistema linfático. Ataca la médula **ipso facto**, arruga la molleja, en el acto y de **facto**. El bolero es atemporal, por tanto su tiempo corre a la inversa. Nunca envejece, **ergo**, existe en el eterno retorno. No mata ni asesina, al contrario, da vida –respiración boca a boca, dirían algunas–. No hay por lo tanto pre bolero ni mucho menos post bolero. Hay bolero a secas, aunque estoy seguro de que cuando uno baila boleros llueve

torrencialmente de la cintura para abajo. Veáse el capítulo del tratado *Semiótica de la loseta solitaria o cómo se templó el acero*, de este servidor. En realidad, el único bolero con tiempo preciso es el *Bolero* de Ravel –impresionista impresionado– que dura exactamente 14 minutos y 33 segundos. El mismo tiempo en que una mujer hecha y derecha se tarda en alcanzar el más perfecto y explosivo orgasmo, a la manera de Raquel Welch, preclara bolerista boliviana.

Sus versos no son modernos, son posmodernos. No son modernistas como se los conoce en la literatura, tampoco manieristas. Son materialistas, como los entendió *El Cuarteto Marxista*,



«Reloj no marques las horas...», música sin tiempo y de todos los bares. ¡Salud, Eloy!

aquellos hermanos que tenían de vocalista a Groucho Marx. Era cuarteto y no trío. Trío es otra cosa —místicamente cantando—. La santa trinidad del bolero de tríos, son Los Tres Caballeros (Roberto Cantoral antes de Carla Barzotti), Los Tres Ases y Los Tres Diamantes. Jamás Los Calaveras, Los Tres Reyes o Los Montejo. De repente sí, Los Panchos. Ojo, sólo con Johnny Albino —Poquita fe—, aquél que llegó de El Trío San Juan.

No obstante, el trío sugiere —casi siempre— un amor imposible. La orquesta hace carne un amor apacible. La orquesta, la de Tito Rodríguez tocando en el Palladium —con Cheo Feliciano de «alicate»—. La orquesta —la tribu— de Benny Moré sonando en el cielo. El cubano José Dolores Quiñónez es gestor

del doloroso bolero *Que me haces daño* y que el Benny interpretó a las dos de la mañana de Lima en la boîte El Olímpico en los sótanos del Estadio Nacional y horas antes en el salón auditorio de Radio La Crónica de la avenida Tacna, un 16 de junio de 1958; showsito auspiciado por Té Único y con la presentación de las voces marketeras de David Odría y Fidel Ramírez lazo. La grabación de esa fecha histórica obra en mi poder y el poder nace del bolero, ya lo dijo el Che.

De aquel templo gótico, el edificio de la radio y el diario *La Crónica* partió Zavalita —aquel perplejo oráculo miraflorino de las complicaciones simples—, personaje de Mario Vargas Llosa y que se preguntaba en ritmo de bolero:

«¿En qué momento se jodió el Perú?» Y el Perú se jodió la noche en que prohibieron el bolero en las iglesias y le otorgaron licencia *ad infinitum* en los congresos de colchoneros y sabaneros nacionales. He ahí la piedra angular del boom de los hostales. Y que tire (y que tire bien) o coloque la primera piedra quien no ha sentido el estrangulamiento de los ardores crustáceos en los catastros de la arrechura pública, en ritmo de bolero.

Y de ahí son los cantantes. Terrícolas de la región fronteriza entre la sístole y la diástole: el corazón a tajo abierto y las piernas a trabajo cerrado. Por eso, lo más parecido a un micrófono—La Fredy cantaba sin el aparato y más bien afebrada a los decibeles ováricos— es un gemido sin micrófono. Así, el mundo vio nacer a Hitler en Austria—la ultraderecha del corazón siempre queda a la izquierda del crimen— y también a Agustín Lara. Uno conquistó democráticamente el corazón de Alemania, el otro, de golpe, el de María Félix. Ambos fueron hijos de la prehistoria de los crematorios multipicacionales. Y a quién no le quema la molleja mayor escuchando *Delirio*, bolero en homenaje a Freud, el padre de la siquiatría romántica a la manera de *La barca*. Vr. gr., *Odiseo dixit ...A navegar a otros mares de locura*. O quién sabe por qué la nave del olvido no ha partido.

La globalización o mundialización, como diría Martha Hildebrandt—cantante de corregidos boleros legislativos—dizque elimina (las aplasta, digo yo) a las identidades nacionales. Hasta donde sé y que me da sed, la identidad latinoamericana tiene un soporte inexpugnable en su cultura popular (perogrulladas de uno). Luis Britto García de alguna manera señalaba en su artículo «Pues llevamos en el alma cicatrices» que el patrimonio cultural más difundido en estas tierras, es de pronto la catolicidad (la religión católica, ergo: «Están clavadas dos cruces...» o el Papa abrazando a Fidel—la cruz y el martillo—. Ciento, después, supongo,

estaría la cocina. En tercer lugar la tele y la radio y la canción popular (y excluyo a Rossy War sólo por su apellido), y digo que popular es el bolero y no el tango que es harina de otro burdel. Luego estarían las literaturas (la escrita, la oral, la moral y la mortal) y a una nariz más que oreja, el cine donde el verbo bolerístico se hizo jamón antes que carne.

El bolero fue el himno de los cuarenta-cincuenta, en el Perú quiero decir. Fue salmo y opus de reivindicación nacional en Cuba y a veces en México, una década antes, como siempre. A los cubanos les tocó sufrir la ausencia de alguna de sus estrellas, luego gusanos, con la llegada de Castro. Pero igual, se fue la Sonora Matancera pero se quedó el Benny y con eso bastó. Así, el bolero se amachó líquido, rodeado de mar en una isla, casi una cama redonda. Y creció como Eva, de la costilla de Adán. De Adán Gonzales, gran intérprete de *Piel canela*, el bolero de Bobby Capó. Parafraseando a Natalio Galán en su «El degenerado bolero», el swing, más que una danza es una canción; el bolero al contrario es un desafío entre un macho comprobado y una hembra por comprobar. Y agrego: en tres minutos y en una sola loseta. E insistó: los travestis jamás bailan bolero.

José Piaggio, *El chaqueta*, no grababa boleros en discos compactos. Los dejaba marcados en la médula de la oreja del oyente urbano. Ahora *El chaqueta* firma como «el bolerista punto com». Iván Cruz también está atento al cyber-despecho: hoy se lo puede escuchar acompañado de orquesta, pero no es igual. Y Bárbara Romero canta boleros sólo para aquéllos que andan ebrios por los líquidos de los amores profanos o propanos. En realidad, el bolero, señoras y señores, se halla en el anclaje de la ley de libre mercado. Tiene un rol normativo como el Estado moderno. No se confunde con la balada y aquel andrógino género traidor llamado rock lento. El bolero sirve para amar hasta la muerte, como el tango para olvidar hasta la



Susana Pastor

Histórico Johnny Farfán, «pata» de Pedrito Otiniano y Lucho Barrios, más de cuarenta años cantando boleros en soledad.

vida. Su propuesta es negociable, no al extremo del dejar hacer, dejar pasar. Debo ser atrevido, hoy existe el bolero gerente. Aquél que ordena y reordena la productividad en el amor. Los flujos del cariño necesitan concierto, y existe también normatividad. Los amantes proponen, el bolero dispone.

Adam Smith no conoció el bolero y ése fue su error. A su teoría le sobraba ciencia pero le faltaba corazón. Karl Popper, en su cavilación epistemológica, combatía con su teoría de la

contrastabilidad las ideologías cerradas. El bolero es abierto. Observando con el timpano *La hora azul*, descubrí que el bolero es una auténtica *opera aperta* –así afirma Umberto Eco del bolero libre–, es decir, que se escucha como uno imaginaba escucharlo. El oyente pasivo convertido en activo. La paradoja infinita: la letra es compatible tanto con la felicidad como con la desgracia. El paciente no es el oyente. El bolero no tiene paciencia porque su sistema es convulso sine

qua non, para brindar la calma como recompensa.

Cuando la idea que teníamos de aquello que produce el bolero es superada por otra cadencia. Digamos, cuando la visión geocéntrica de Ptolomeo fue superada por la visión heliocéntrica de Copérnico, entonces se descubrió que aquello que se tenía por un dogma no era más que una conjetaura a la espera de una refutación. El amante silencioso oye boleros y aguarda al doblar la esquina. El bolero no es una conjetaura cuyo destino es ser refutado por una nueva y más avanzada visión. El bolero es una categoría absoluta, ya lo dijo alguna vez cantando, Rolando Laserie. La contradanza –de origen francés haitiano– era dogma antes del danzón –de origen híbrido cubano– que a la vez fue dogma antes del bolero, que en 1928 de acuerdo a Alejo Carpentier. Y/o en 1932, en la Feria Universal de Chicago, a decir de Fernando Ortiz, el bolero se hace oficial, allí, en los pagos de la vivienda y los ardores supremos. Hay que oír al Sexteto Habanero después de almuerzo o a Vicentico Valdés en ayunas, por ejemplo.

¿Y qué tiene el bolero para ser actual? Si uno escucha un bolero de José Antonio Méndez, interpretado por voz trajinada o voz fresca, hallará la explicación del universo, en apenas catorce versos. Es soneto para ser cantado por sonero. Es un son moderado para ser interpretado como una sonata. El bolero es patrimonio del amante trashumante. Porque el amante desarrolla un gusto especial para los sonidos de aventura. Si le preguntan a alguien que se encuentre fermentando en los caldos del enamoramiento, seguro que dirá que él oye a colores todo lo que el resto escucha en blanco y negro. El bolero, de esta manera, más que una aproximación lírica al hecho amatorio, es una filosofía para soportar los rigores del amor. Ningún género se le iguala. Ningún ser medianamente feliz podría sobrevivir sin la ayuda del bolero. Por eso es actual, tan actual que puedo afirmar

que la infelicidad es muda y silente, y es que el lado opuesto, con el sexo opuesto, es decir, el puro loco amor, es sinfónico, y de noche más sinfónico todavía. Por eso decía el Benny que si en el cielo se escuchaba música, ésta tenía que ser en ritmo de bolero. Y Benny Moré sabía de esas cosas porque vive cantando allí, precisamente en el cielo.

Carlos Monsiváis, el ensayista judeo-mexicano del D.F. posapocalíptico, asegura en la celeberrima presentación del CD de Tania Libertad interpretando al maestro Álvaro Carrillo que el bolero es el culto a la persistencia, que el género sigue aquí y no en el más allá porque representa la sensibilidad hereditaria, quizás, ya no omnímoda pero (de algún modo) siempre reinante. Y se desnuda frente al bolero *Amor perdido* en los timbres de María Luisa Landín, ejemplar que alguna vez fue himno del arrabal latinoamericano; no obstante, 40 años después, Tania lo reinterpreta, ya no como la épica del desdén rencoroso sino como un tributo a quienes, por haber creído con tal fe en ese mundo afectivo, lo volvieron tradición, memoria y creación popular.

Digo lo que dice, el bolero en Tania Libertad –a la chiclayana– encuentra que lo poético ya no radica en el vuelo sorpresivo del modernismo sino en líneas tomadas de lo cotidiano que se salvan de la cursilería y se incorporan a la ideología del sentimiento íntimo, y es motivo y servicio obligatorio de la lealtad –sólo los perros son infieles– de las generaciones, las habidas y las no sabidas. El bolero es el fin y el inicio, y el fin nuevamente. Así, «no lo traicionemos nunca por el temor a que nos abandone».

De esta manera diré como Rodríguez Reyes: «que el mar y el cielo se ven igual de azules/ Y en la distancia parece que se unen/ Mejor es que recuerdes que el cielo es siempre cielo/ Que nunca, nunca, nunca el mar lo alcanzará/ Permíteme igualarme con el cielo/ Que a ti te corresponde ser el mar», el mal o el bar. ■



Neva McIntroy, 1902.

DE LA TRANSGRESIÓN COMO VOCACIÓN CLANDESTINA

LEYLA BARTET*

Hace dos años falleció la escritora, crítica y traductora francesa Dominique Aury, quien –bajo el seudónimo de Pauline Réage– publicó en 1954 una de las novelas eróticas más sofisticadas y célebres de la literatura contemporánea: La historia de O. En el segundo aniversario de su muerte, publicamos esta nota que aborda el tema del erotismo femenino, la transgresión sexual y la represión religiosa. Esta última parece revivir tras las jornadas mundiales de la juventud, en el marco del Jubileo 2000 en Roma: la pureza hasta el matrimonio será el nuevo reto de los creyentes.

ngresó a la literatura como algunos toman los hábitos: su gesto fue revelación y acto de fe, convicción profunda y consentimiento frente a una vocación que la obligaba a negarse en la identidad del nombre para existir de otra manera. Dominique Aury, alias Pauline Réage, optó por la clandestinidad y el secreto hasta el final de su vida silenciosa. En su furtiva labor de escritora dejó sólo una novela en dos partes que hoy es clásico de la literatura erótica, *La historia de O*, seguida de *Retorno a Roissy*.

La obra ha sido traducida a decenas de idiomas y reeditada miles de veces a lo largo y ancho del planeta desde su publicación inicial, en 1954, a cuenta y riesgo del audaz editor Jean Jacques Pauvert. El libro fue inmediatamente prohibido, pero circuló clandestinamente en la década del 60 y se adjudicó las iras de las feministas de los 70, quienes no dudaron en denunciar la sumisión extrema de O, la heterodoxia de una sexualidad donde el dolor físico es –también– fuente de placer. Es probable que muchas de las indignadas militantes del Movimiento de Liberación Femenina (MLF) no conocieran a Georges Bataille y hasta creyeran, como la mayoría de los lectores profanos, que la obra había sido escrita por un hombre. En este caso, Pauline Réage no habría sido más que un falso nombre femenino elegido por deleznables razones de marketing.

En realidad, la autora practicó siempre una discreción extrema. Dominique Aury, su firma como crítica, secretaria de la *Nouvelle Revue Française* y lectora de Gallimard, fue también un seudónimo, el mismo que utilizó para dejarnos una importante obra de analista literaria: *Poetas preciosistas y barrocos del siglo*

XVII (1943), *Antología de la poesía religiosa francesa* (1943), un tomo de ensayos titulado *Lectura para todos* publicado en 1958 y seguido de un segundo volumen póstumo que data de 1999.

La novela que la convirtió en una suerte de Divino Marqués de la posguerra presenta un narrador omnisciente que adopta la perspectiva femenina de la propia O para contar la sumisión de una mujer que acepta, admite y desea la extrema constrección de la esclavitud sexual para probar su amor a un hombre. Se trata, en realidad, de una obra de iniciación: O descubre sus propios límites en el placer extremo del dolor y la muerte, y se aventura por el camino tortuoso de la transgresión. En esta educación sensual, abandona a su amante inicial, René, por su maestro y preceptor, el libertino Sir Stephen. Más allá del estilo impecable, nada había en fin de cuenta que no hubiera sido evocado antes por el propio Marqués de Sade y hasta por Anaís Nin en los cuentos escritos –a dólar la página– para ganarse la vida en París entre las dos guerras. Certo es que la segunda asumía una sexualidad ligada a su género. En *Venus erótica* o *Los pájaros de fuego* los personajes femeninos escudriñan en el placer desde una perspectiva femenina donde el varón no es más que un instrumento. O, en cambio, busca y encuentra el placer en la entrega, en la obediencia al amo, en una relación de claro perfil sadomasoquista.

El escándalo estuvo en parte ligado al misterio que rodeó la salida de la primera edición y a la asombrosa calidad literaria del texto. La prosa limpida, el estilo refinadísimo, la frase breve y pulcra, casi austera (sin bordear jamás el minimalismo vulgar y procáz de algunas de las jóvenes escritoras de las generaciones actuales, de uno y otro lado del Atlántico) confundieron a la crítica. El prólogo, titulado «El goce en la esclavitud», llevaba la firma de Jean

* Es autora de dos libros de cuentos, ambos editados por PEISA: *Ojos que no ven* y *Me envolverán las sombras*.

Paulhan, destacado escritor y poeta, miembro de l'Académie Française y secreto amante de Dominique Aury. Durante años los medios literarios y paraliterarios imaginaron que Paulhan era el autor de *La historia de O*. El propio Albert Camus, integrante del comité de lectura de las ediciones Gallimard –donde también oficiaba Dominique Aury– le habría dicho, refiriéndose a su manuscrito «¿una mujer? ¡Jamás! ¡Esto no puede haber sido escrito por una mujer!»

Tal vez Paulhan, destinatario principal de la obra que Aury le hizo llegar semana a semana, dio una pista para entender el escándalo: el abandono de O a la voluntad ajena, la renuncia frente a sus intereses y complejos personales es lo propio del amor sublimado, del amor místico más extremo. En la última entrevista acordada por la escritora en 1988, diez años antes de su muerte, se permitió recordar su profunda formación católica, su vocación religiosa –contrariada en la tardía adolescencia–, su pasión por la literatura religiosa y, al mismo tiempo, la permanente voluntad de transgresión que la había caracterizado: «Cuando uno obedece a tantos imperativos cotidianos, termina por preguntarse ¿por qué no desobedecer?», afirmó entonces. «Lo que una mujer busca, como otras lo hicieron en la vida religiosa, dijo, es una destrucción, una destrucción con el goce de la destrucción. Como en la existencia de aquellas monjas de clausura que se someten a todo tipo de suplicios. Siempre pensé que la impudicia se manifiesta tanto en la oración como en el amor. Nada es más impúdico que rezar. Como en el acto del amor, orar es ponerse a merced de alguien o de algo que no controlamos.»

LA IGLESIA Y LA CARNE

Más allá de la primera lectura elemental a la luz de las reivindicaciones del MLF, lo que resultó intolerable en *La historia de O* fue precisamente ese puen-

te misterioso que la obra tiende entre amor místico y amor sensual. Este último puede alcanzar la perfección sublime (y sublimada) del primero cuando logra evadir las reservas narcísicas para convertirse en entrega total. En este sentido *La historia de O* podría ser también una parábola religiosa.

Hace un par de años, de paso por Lima, descubrí con sorpresa que uno de los filmes interesantes de la carteleta de estreno era *La última tentación de Cristo*, obra realizada casi diez años antes! Es cierto que su exhibición suscitó un alboroto mayúsculo en aquellos lugares donde se aprobó su proyección. En el Perú se levantó esta absurda censura hace muy poco y quedan aún países en los que la película de Scorsese no ha sido vista todavía. Hasta la Francia posmoderna, laica y liberal, se escandalizó con la hereje lectura del *Nuevo Testamento* que hizo el católico ítalo-norteamericano. Los galos descubrieron entonces su velado desgaramiento entre la tradición libertina, deliciosa herencia del siglo XVIII, y la piadosa inspiración de escritores como Bossuet o Paul Claudel.

Es cierto que en 1987 todavía no se había instalado el unanimismo planetario y había espacio para polémicas y para dialécticas contradicciones. El estreno de *La última tentación de Cristo* dio lugar a mítines integristas, protestas del Frente Nacional, bombas en las salas e insultos en la puerta a los valientes que se atrevían a ser curiosos. Por otro lado, los defensores del ideal republicano y de la permisividad heredada de mayo del 68, alzaron la voz y la pluma para denunciar este nuevo oscurantismo medieval, esta regresión a los tiempos de la contrarreforma.

Apocalípticos e integrados del mismo fenómeno, diría Umberto Eco. Confirmación de que el espacio oscilante de la transgresión tiene en lo religioso una sólida trinchera, por lo menos en el espacio discursivo de la cultura occidental. En efecto, a la luz de la antropología contemporánea la relación entre carne y

pecado es de pura estirpe judeocristiana. Se nutre de una larga gesta grecolatina, estoica, gnóstica y neo-platónica. Los primeros cristianos se deslizaron progresivamente del lado del mal cuando éste empezó a aparecer como preocupación esencial del quehacer religioso. En este desplazamiento San Pablo, heredero de la doble misoginia del judío formado en la tradición romana, jugó un papel fundamental.

tín de Hipona conserva un recuerdo culposo de su relación con las mujeres y acusa a la última que conoció de haber sido un largo obstáculo a su conversión final. Es quizás por ello que a San Agustín le debemos el nexo definitivo entre pecado y sexualidad. Hasta entonces Adán y Eva habían sido sobre todo culpables de exceso de orgullo, de una voluntad de conocer lo que les había sido prohibido.

Heimut Newton



Camus, refiriéndose al manuscrito de *Historia de O*, dijo: «¿una mujer? ¡Jamás! ¡Esto no puede haber sido escrito por una mujer!»

Para el apóstol, la carne es la naturaleza humana por excelencia, pero la segunda contiene a la primera en una relación de permanente contradicción, en una eterna lucha moral. Es Pablo quien explica (*Corintios y Galateas*) que la carne es fuente de pecado y, como su objeto central es la mujer, es preferible que el hombre se abstenga de sucumbir a su tentadora lascivia.

Más tarde, la patrística hace eco de este pensamiento antifeminista. Agus-

En el alto medioevo, el obispo de Worms, el prelado Buchard, divulgó –en un documento elaborado con una precisión de entomólogo– la larga lista de las desviaciones humanas que él se tomó la meticulosa molestia de enumerar y describir. Para el extremista Buchard, Satán está presente hasta en la procreación dentro del matrimonio, si por desgracia ésta se acompaña de algo de placer. Es probable que su obsesiva preocupación por los pecados



Trevor Watson

Pocas son hoy las mujeres de letras que no evoquen con mayor o menor intensidad el sexo en sus obras.

de la carne haya servido de inspiración, siglos más tarde, al Divino Marqués en sus indagaciones sobre la lujuria desbordada y explícita.

Sin embargo, y felizmente –bien lo saben los expertos en sociología política– no hay represión que no genere reacción. Esta visión pesimista del ser humano, la profunda culpa vinculada al cuerpo y a las pulsiones innatas, abren las puertas a fantasmas que en muchos contribuyen a hacer el goce más intenso: a la libido natural se agrega el refinamiento de la transgresión. ¡Cuánto le debe Freud al Obispo de Worms!

SE BUSCA FANTASÍAS ERÓTICAS PARA EL PRÓXIMO MILENIO

Sólo en 1994, cuarenta años después

de la primera edición de *La historia de O*, Dominique Aury reconoció ser Pauline Réage en una entrevista concedida a la revista *New Yorker*. Sin duda, la conciencia de su transgresión extrema, de profunda raíz cristiana, condujo a la autora al largo anonimato doble: se disculpó diciendo: «los fantasmas de cada cual tienen una existencia a veces ajena a la realidad de quien los posee».

El hecho es que el desafío al tabú de la fe parece el último reducto que aún le queda a la transgresión en la posmodernidad literaria. Y esto asume a veces la dimensión de provocación a la luz de las grandes religiones monotheístas, a juzgar por lo ocurrido en el espacio del Islam con Salman Rushdie y con la escritora bangladesiana Talisma Nasreen.¹

En el caso del catolicismo, el fenómeno está vinculado, sin duda, a los espacios de poder que maneja la Iglesia. Porque nadie ignora, a estas alturas, que a su indudable flexibilidad debe la curia apostólica y romana su supervivencia. Su capacidad de adaptarse a la cambiante diversidad de las situaciones terrenales hizo posible esta larga travesía de la historia humana. La prueba de su elasticidad se encuentra a fines de los 60 e inicios de los 70 en su comprensión de los problemas económicos y sociales que aquejaban –y aún aquejan– a tres cuartas partes de los creyentes. El Concilio Vaticano II y la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín (1968) y de Puebla (1979) permitieron generar interpretaciones fértiles de las Escrituras y de la práctica religiosa.

A fines de los 80, y a pesar del retorno a posiciones más tradicionales y conservadoras, Juan Pablo II incluyó a la mujer en su discurso apostólico *Mulieres Dignitatem* (sobre la dignidad de la mujer). Sin embargo, la rigidez frente al sexo persiste. La negativa a la ruptura del celibato sacerdotal, el rechazo al diaconato y al sacerdocio femeninos, la prohibición tenaz de toda forma de contracepción (aún en el caso de riesgo de SIDA), la vuelta a los valores extremos de la abstinencia y la virginidad confirmados a mediados de agosto de este año en Roma, ilustran –más que un designio moral– una voluntad irrealista de preservar un espacio de poder.

1 Talisma Nasreen, autora Bangladesiana de expresión inglesa. Premio Sakharov. En 1994 debió abandonar su país al ser designada por una fatwa islámica –como Salman Rushdie– por «apostasía, indecencia y pornografía». Su libro *L'enfance au féminin* (*La infancia en femenino*. París, Stock 1998) es descrito por la autora de la siguiente manera: «He escrito un texto donde cuento mi infancia. No he hecho más que decir la verdad: en mi país ocurre con frecuencia que las niñas y adolescentes sean molestadas y hasta violadas por miembros de la familia. A mí me ocurrió; no veo qué puede haber de pornográfico en este testimonio».

La historia de la Iglesia es ante todo masculina, aunque Santa Catalina de Siena le diera lecciones al Papa y Santa Luisa de Marillac fuera consejera de San Vicente de Paul. Se trata de simples excepciones que confirman la regla. Sólo la mujer sin sexualidad –por anotoniasia la Virgen María y por extensión Sarita Colonia– tiene un lugar en este sistema.

Si el síndrome del fruto prohibido sigue –y al parecer seguirá– siendo aquél del catolicismo durante muchos años todavía, las escritoras iberoamericanas han sabido usar los fantasmas que la represión cobija y liberarse de inhibiciones morales y discursivas para crear una literatura sin tabúes. Pocas son hoy las mujeres de letras que no evoquen con mayor o menor intensidad el sexo en sus obras. Desde el realismo audaz y violento de la cubana Zoé Valdez o de la española Almudena Grandes (ganadora del primer concurso La Sonrisa Vertical con *Las edades de Lulú*), hasta la evocación contenida y mórbida de Angeles Mastretta o Marcela Serrano, para sólo mencionar a las best sellers, la literatura femenina hispanoamericana ni esconde sus pulsiones, ni se esconde tras seudónimos vergonzantes.

Tal vez los cambios que traerá consigo el próximo milenio a nivel sexual (la poshumanidad en el sentido apocalíptico del último ensayo de Francis Fukuyama, el sexo virtual y la negación norteamericana de genitalidad so pretexto de safe sex) llevarán al Vaticano a ceder terreno en el resbaloso ámbito de lo moral. Sin embargo, más allá de la aparente libertad que esto implica, cabe preguntarse si estas brutales modificaciones no conllevan también una parte negativa. Carente de referentes, privado de tabúes, sin frutos prohibidos y sin fantasmas, desposeído hasta de la función reproductiva (clonación obliga) nuestro sexo se atrofiaría como la muela del juicio. ¡Dios quiera que el buen juicio y la literatura sepan preservar al menos el deseo! ■



CARETAS

Los vientos del Este no trajeron la revolución y acabaron más bien con el Muro de Berlín. Otra música se ha impuesto en el mundo, un ritmo distinto.

Cambió también la política. Cada vez menos propuesta, cada vez más espectáculo: el rock de un Yeltsin pletórico de vodka, un Bush a punto de cantar rancheras para los electores latinos y, por supuesto, los pasitos chicheros de un Fujimori rendido admirador de Rossy War.

Asimismo cambiaron los políticos. Éstos prefieren no ser reconocidos ni calificados de tales. Son técnicos, dicen. El presidente asegura ser uno de ellos. Y su ministro de Justicia afirma que los reclamos democratizadores de la oposición son políticos, no técnicos. Hasta la democracia ha pasado a ser un asunto meramente técnico.

En un tiempo en que se ha decretado la muerte de las ideologías, reclama su lugar el pensamiento pragmático,

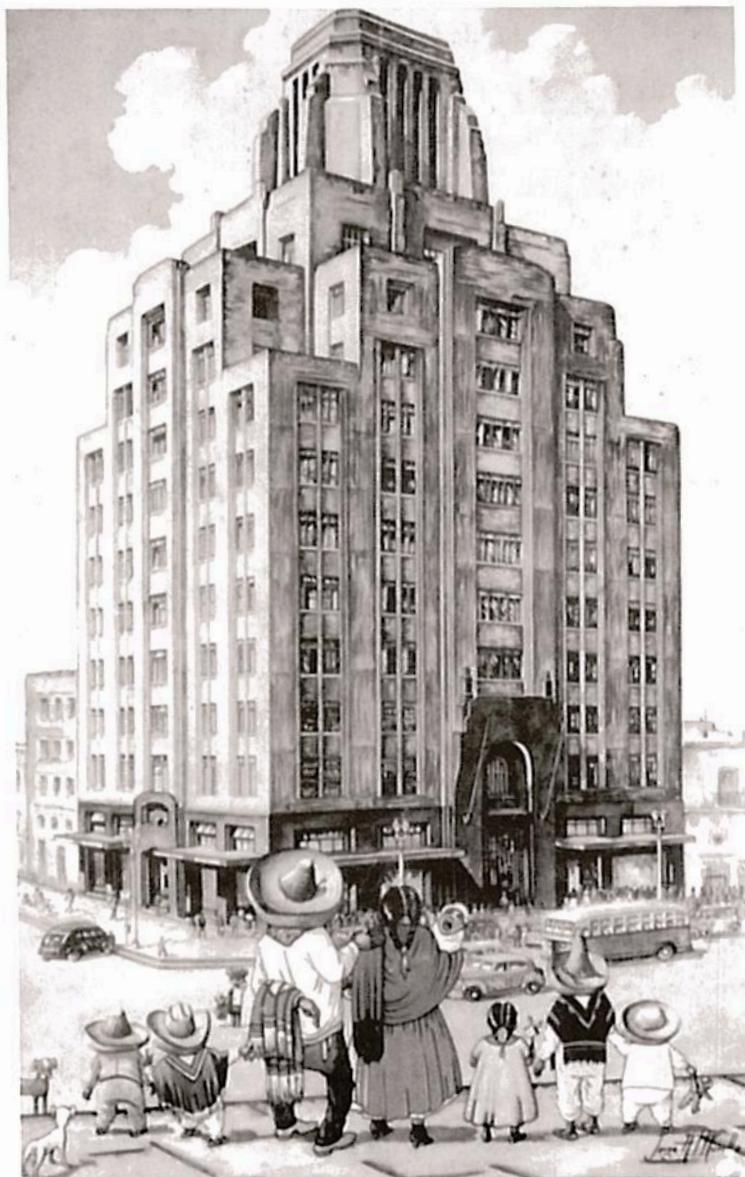
Tecnocracia y tecnocumbia

aquel cuyos resultados pueden cuantificarse. El intelectual exitoso es el que llega a El lugar sin límites de alguna multinacional. O aquél que recalca en un organismo internacional, de esos que califican a las economías pobres con prescindencia del número de muertos que provocan sus políticas económicas. Los anteojos del neoliberalismo sólo permiten ver el dinero.

Hoy hasta la élite empresarial peruana, que hace algunos años celebró esas políticas, se siente víctima de las mismas. La música celestial, de la que habló Camdessus, suena ahora estridente en sus alicaídos negocios. Y frente a la cada vez más fuerte presencia del capital extranjero, van camino a convertirse en microempresarios de la economía internacional. En un grupo chichero provincial frentre a unas bandas de rock globalizadas.

Mientras tanto, en el Perú no habrá pan pero hay chicha. También el ritmo ha cambiado. Y el modo de producirlo, de difundirlo y hasta de comercializarlo. Aprovecha mejor la tecnología, tiene sus propios tecnócratas y hasta se ha internacionalizado. La chicha se llama ahora tecnocumbia y la bailan también las clases medias que antes la marginaban.

Atento a estos cambios en la cultura popular, el presidente también ha dado sus pasitos de tecnocumbia. Y hasta su segundo, el siempre elegante Francisco Tudela, trocó por un momento el minuet por el chirriante «Ritmo del Chino». Sacrificios éstos que demanda la política en nuestros días. Pero democracia no equivale a democumbia. ■



Jorge Murillo, sin título, 1947.

Por más curioso que parezca, el sueño del Banco Mundial es un mundo donde no haya pobreza.

LOS ECONOMISTAS Y EL PODER EN EL BANCO MUNDIAL

HUMBERTO CAMPODÓNICO

Si torturas a los datos estadísticos el tiempo suficiente, éstos confesarán.

ANÓNIMO

El economista tiene varias facetas. Cuando el economista es un académico, es decir cuando se dedica a la enseñanza y a la investigación, tiene libertad para expresar sus puntos de vista de manera plena. Puede no suceder lo mismo cuando trabaja para el gobierno o para un organismo multilateral. La razón es simple: la economía no es una ciencia pura y exacta, como la física, la química y las matemáticas. La economía es una ciencia social, en la medida que estudia, en última instancia, las relaciones económicas entre las personas, por lo que sus conclusiones tienen implicancias directas e inmediatas sobre la vida de las mismas.

Por eso mismo no existe una sola escuela económica, sino varias. Cada una de ellas pone el énfasis en elementos distintos y las discusiones entre escuelas ha sido una de las características más importantes de la historia de las ideas económicas. Por ejemplo, el surgimiento de la escuela keynesiana a fines de la década del 20 cuestionó de raíz el planteamiento de que la economía capitalista está en equilibrio general o tiende hacia él de manera natural. Para Keynes, la economía podía estar en equilibrio sin que hubiera pleno empleo de los factores (capital y trabajo), motivo por el cual se hacía necesaria la intervención del Estado para aumentar la demanda, lo cual tendría un efecto multiplicador que llevaría al pleno empleo de los factores que se estaba buscando.

Esta necesaria discusión entre las distintas escuelas económicas fue opacada por el creciente ascenso del discurso económico neo-liberal, que comenzó a mediados de la década del 70 y se impuso como corriente domi-

nante en la década del 80: las políticas económicas de Reagan, Thatcher y Kohl lo ilustran claramente. La desaparición de la Unión Soviética en 1991 acentuó esta hegemonía. El discurso de Fukuyama en *El fin de la historia* puso, supuestamente, el puntillazo final al debate: **no hay otro sistema político que la democracia parlamentaria de corte occidental. Y no hay otro sistema económico posible que la economía neoliberal que propugna la vigencia irrestricta de las leyes de la oferta y la demanda en una economía de libre mercado.** Estos planteamientos venían como anillo al dedo a los intereses de las empresas transnacionales, industriales, comerciales y financieras, que apoyadas en los recientes procesos de innovación tecnológica impulsaban con fuerza la globalización, es decir el libre acceso a todos los mercados del planeta.

LAS CORRIENTES ECONÓMICAS EN EL BANCO MUNDIAL

En el BM han coexistido, **grossos modo**, desde principios de la década del 90, dos corrientes de pensamiento económico. Una neoliberal, adherida a los principios del libre mercado y al Consenso de Washington (CW)¹. Para

1 «En 1990, en Washington, un conjunto de representantes de gobiernos, de agencias internacionales, así como miembros de think tanks y comunidades académicas se reunieron en una conferencia auspiciada por el Instituto Económico Internacional para evaluar el progreso alcanzado en América Latina en la promoción de reformas de política económica después de la crisis de la deuda externa. Como conclusión, John Williamson escribió que 'Washington' (entendido .../

ellos, el crecimiento económico traerá por sí solo el desarrollo, el bienestar social y la superación de la pobreza, mediante la mano invisible del mercado. La otra corriente plantea que el crecimiento económico, por sí mismo, no lleva, necesariamente, a alcanzar las metas señaladas, por lo cual es indispensable que existan políticas exógenas que ataquen de manera directa los problemas de la pobreza y la distribución del ingreso. Esta corriente no objeta las premisas económicas de la primera: lo que dice es que, mientras la mano invisible del mercado se pone a funcionar, hay costos sociales inevitables que son muy duros para la población pobre, motivo por el cual debe haber una política específica para ellos, mientras llega el «chorreo» que, más temprano que tarde, beneficiará no sólo a los de arriba sino a la sociedad en su conjunto.

La primera corriente siempre fue determinante, en los hechos y en el terreno cualitativo, frente a la segunda. La estabilización macroeconómica (equilibrio fiscal, baja inflación) y los préstamos para poner en marcha las reformas

«... como los asistentes a la Conferencia), habría alcanzado un importante nivel de consenso alrededor de 10 instrumentos de política.» (BM, *Más allá del Consenso de Washington: las instituciones sí importan*, Washington, D.C., 1998). Estos instrumentos consisten en la apertura, liberalización y desregulación de todos los mercados, así como en el retiro del Estado de toda actividad empresarial, privatizando las empresas públicas.

- 2 En el Perú, en la elaboración del CAS en 1997, el BM convocó a la sociedad civil para recoger sus consultas. Sin embargo, ante la negativa del gobierno de proceder a la publicación del mismo, no se ha podido saber el grado de inclusión o no de las mismas, porque el documento nunca se hizo público.
- 3 Fue nombrado en 1995. Antes de acceder al cargo fue presidente y director ejecutivo de James D. Wolfensohn Inc., su propia empresa de inversión creada en 1981. Previamente se desempeñó como socio directivo de Salomon Brothers y vicepresidente ejecutivo y director gerente de Schroders Ltd., en Londres. También fue director gerente de Darling & Co., de Australia.

estructurales de contenido neo-liberal del CW han seguido siendo el eje indiscutido de la política del BM en la década del 90. En una segunda línea, siempre y cuando no interfieran con lo anterior, (y aunque en términos cuantitativos superan a los primeros) vienen los préstamos para infraestructura, el fomento del capital humano (salud, educación) y el incremento del gasto social para las políticas de alivio a la pobreza.

No obstante, desde 1990 el discurso público del BM fue que la primera prioridad era el combate a la pobreza. Esto vino acompañado de importantes reformas que propiciaban un acceso más libre a la información del Banco y a la participación de la sociedad civil en algunos préstamos otorgados por el mismo. Por ejemplo, a principios de 1990 se formó el Grupo de Trabajo de ONGs con el BM, en el cual participaron ONGs de todo el mundo. Más adelante, el BM planteó que sus documentos sobre Estrategias de Asistencia para los países (más conocidos por su sigla en inglés, CAS, *Country Assistance Strategy*), que normalmente eran elaborados sólo por funcionarios del BM y los gobiernos nacionales, ahora serían consultados con organizaciones de la sociedad civil para recoger sus planteamientos y ser luego publicados para el conocimiento de todo el país².

En 1998, el nuevo Presidente del BM, James Wolfensohn³, acentuó esa orientación, proclamando que en la Cumbre de las Américas de Santiago había terminado el CW: «En Santiago, después de un día y medio de conversaciones, se estableció claramente que el Consenso de Washington ya había terminado y que se necesitaba un Consenso de Santiago. Es cierto que hay que tener crecimiento económico y que debemos adherirnos a políticas ya probadas en términos de equilibrio y de política fiscal y monetaria. Pero la cuestión central es que tenemos que ir hacia adelante en los temas de equidad y justicia social. El tema real es el de la inclusión. Es cómo tratar el tema de la pobreza



Larry y Billy manejando los hilos de la economía mundial.

4 Stiglitz fue profesor en Stanford, Princeton, Yale y Oxford. También ocupó destacados cargos en la administración pública, pues fue jefe del Consejo de Asesores Económicos del presidente Clinton.

5 Así, por ejemplo, Stiglitz se refiere a los límites de la apertura comercial: «Si la economía tiene una tasa de desempleo de 10% o más, existe el riesgo de que la apertura comercial continúe extendiendo el desempleo. Y si la sociedad carece de una red de seguridad social adecuada, el obrero despedido está frente al peligro de un empobrecimiento real, con efectos desastrosos en la vida de toda su familia. Así, lo que le preocupa al trabajador no es la pérdida de sus 'rentas', sino la pérdida de su vida familiar. Aquellos expertos en economía que no responden ante la ciudadanía por sus planteamientos (no son *accountable*), frecuentemente ignoran esto. Pienso que los procesos de inclusión de la sociedad civil hacen más plausible que estas legítimas preocupaciones puedan ser tomadas en cuenta. Estos procesos permiten que se pueda asegurar una mayor igualdad, e incluso tener resultados más eficientes, debido a que la pérdida en producción como consecuencia de largos períodos de desempleo, puede superar largamente las pérdidas asociadas con el 'uso ineficiente de recursos', por el cual abogan estos economistas» («Perspectivas de participación y desarrollo desde el marco integral de desarrollo», conferencia internacional Democracia, Economía de Mercado y Desarrollo. Seúl, 27/02/99).

dentro del marco de la sostenibilidad ambiental con programas inclusivos y sostenibles, con participación de la sociedad civil y con resultados que hagan la diferencia. Si alguno de ustedes tiene tiempo de leer el Consenso de Santiago, verá que hay muy pocos temas como los que dominaban nuestras Conferencias hace 10 años. La agenda ha avanzado» (James Wolfensohn, «Conferencia Anual sobre Economía del Desarrollo», Washington, 21/4/98).

ENTRADA Y SALIDA DE JOSEPH STIGLITZ

Un año antes, en 1997, Wolfensohn había nombrado a Joseph Stiglitz –reconocido economista proveniente del más rancio mundo académico de EE.UU.– como economista jefe y vicepresidente senior del BM.⁴ Los aportes más originales de Stiglitz provienen de una novedosa rama de la economía, llamada «Economía de la Información». Stiglitz desarrolló una serie de argumentos haciendo hincapié en los límites del modelo neoliberal⁵ para alcanzar los objetivos de mitigación de la

pobreza, incluyendo nuevos enfoques sobre los procesos y las metas del «desarrollo». Con Stiglitz, la corriente neoliberal comienza a ver cuestionada su hegemonía ideológica, cobrando impulso aquéllos que propugnan que no basta el crecimiento económico para lograr el desarrollo⁶: es el momento en que se comienza a hablar de reformas de segunda generación, de la necesidad de fortalecer la democracia, y de establecer instituciones eficientes y fuertes, de la necesidad de la descentralización, así como de dar mayor impulso al capital humano.

Mientras el discurso de Wolfensohn y Stiglitz se limitó al ámbito de los llamados países en desarrollo (PED), el establishment neoliberal ortodoxo (el FMI y el Departamento del Tesoro de EE.UU.), los dejó hacer en gran medida, planteando una que otra crítica aislada. Todo comenzó a cambiar con el inicio de la crisis asiática en julio de 1997, que amenazó con extenderse al sistema financiero mundial en su conjunto. El FMI, junto con el gobierno de EE.UU. y la Unión Europea, puso en marcha una serie de paquetes de salvataje para las economías asiáticas, así como programas económicos, los mismos que comprometieron recursos por más de US\$ 117,000 millones, correspondiéndole al FMI US\$ 36,000 y al BM US\$ 14,000 millones. Las cifras no son poca cosa, como se puede apreciar.

Desde fines de 1997, pero sobre todo en 1998, Stiglitz comenzó a oponerse frontalmente a los programas económicos del FMI con los países asiáticos (ver recuadro), con lo cual la tolerancia del establishment llegó a su límite. Una cosa es hablar de los problemas de los PED, que sólo representan el 20% del PBI mundial. Pero otra es intervenir en los problemas del 20% más rico del planeta, y del sistema financiero internacional.

El enfrentamiento llegó a niveles insopportables para el establishment, sobre todo para Lawrence «Larry» Summers, Secretario del Tesoro desde 1996, considerado un «niño terrible» de la econo-

mía⁷. Contrariado por las críticas de Stiglitz, «Larry» (que también fue economista jefe del BM de 1991 a 1993) le planteó a Wolfensohn que su siguiente período de cinco años en el Banco (del 2000 al 2005) se desarrollaría de manera «más armónica» con el gobierno de Estados Unidos (principal socio del Banco, con el 19% del capital) si despedía a Stiglitz⁸. Stiglitz tuvo que renunciar a su puesto de economista jefe a fines de 1999.

LA SALIDA DE RAVI KANBUR

En 1990, el mismo año en que se acuñó el término Consenso de Washington, el BM dedicó su Informe sobre

6 «La expectativa no era sólo que la globalización y las reformas de primera generación aumentaran el crecimiento económico, sino que también redujeran significativamente la pobreza y la desigualdad. Los flujos de capital y el crecimiento de las exportaciones debían promover el desarrollo de los sectores intensivos en trabajo. Esto no ha ocurrido. Las reformas han producido una disminución en los niveles de pobreza, pero ésta parece haberse debido al declive de la inflación y a los modestos niveles de crecimiento, antes que a las consecuencias distributivas de la liberalización comercial y financiera» (Banco Mundial, 1998, *Más allá del Consenso de Washington, las instituciones sí importan*, Washington).

7 Summers recibió la medalla John Bates Clark, otorgada al mejor economista menor de 40 años. También ganó el premio Alan Waterman, de la Fundación Nacional de Ciencias. Ha sido profesor de Harvard y del MIT. Según TIME: «Summers, el académico de Harvard al que todos conocen como el 'Kissinger de la economía' es un pragmático total, de ambición a veces irritante, pero cuyo intelecto nunca deja de deslumbrar (...) 'Larry tiene una virtud sobresaliente: su inteligencia', explica Greenspan. 'Pero a diferencia de la gente inteligente que además se lo cree, él reconoce la posibilidad de que muchas de sus ideas puedan estar equivocadas. Ese rasgo es muy poco común. El modelo académico tiene una estructura demasiado simplista como para poder explicar cómo funciona todo esto. Y Larry tuvo la inteligencia suficiente como para entenderlo rápidamente'». (*Los mosqueteros de la economía*, 11/02/99).

La crítica de Stiglitz a las políticas del FMI en marzo de 1998

«Parece que muchos de los factores que ahora se afirma que causaron los problemas actuales de las economías asiáticas son los mismos que antes se decía que habían contribuido a su éxito. Los fuertes mercados financieros, que antes pudieron movilizar grandes flujos de ahorros y asignarlos eficientemente, ahora se han convertido en mercados financieros débiles a los que se culpa por los problemas actuales. Los problemas de información, que antes se dijo se conducían de una manera eficaz, incluyendo la coordinación entre el gobierno y los empresarios (lo que fue considerado un sello del éxito de estas economías), ahora se aprecia como un problema de mercantilismo político y de falta de transparencia, culpándolos del fracaso actual. La apertura a los mercados internacionales se apreciaba como una de las razones de su éxito; pero ahora se insiste en que deben eliminarse las barreras a los flujos de capital y de comercio, siendo estas exigencias un ingrediente importante en muchos de los programas del FMI.

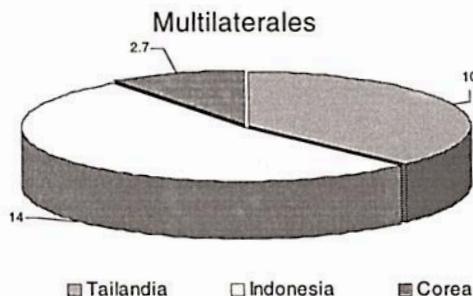
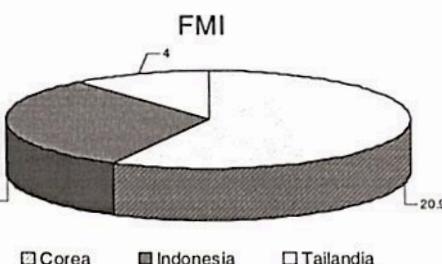
(...) Pareciera que se ignora el hecho de que ésta es la primera crisis que se ha producido en 30 años de notable crecimiento. Aunque constituye un retroceso significativo, el tumulto actual no parece poder revertir de manera permanente todo lo avanzado en el último cuarto de siglo. Se está tratando el hecho de que ha ocurrido una crisis como una evidencia incuestionable de que la economía de estos países no estaba funcionando adecuadamente. Pero se olvida que ninguna economía, desde que el capitalismo es capitalismo, ha escapado a las fluctuaciones. El análisis histórico muestra, por el contrario, que el Sudeste Asiático ha tenido menos fluctuaciones que otras partes del mundo, lo que no está indicando, entonces, que exista gran vulnerabilidad en estas economías. En las últimas tres décadas Indonesia y Tailandia no han tenido un solo año de crecimiento negativo, y Corea y Malasia han tenido sólo uno cada uno. Por el contrario, EE.UU. y el Reino Unido han tenido 6 años cada uno de crecimiento negativo en el mismo período. La historia también sugiere que, en el largo plazo, las estrategias de inversión de los gobiernos asiáticos orientales tuvieron un razonable éxito.»

«Redefiniendo el rol del Estado: ¿Qué debe hacer? ¿Cómo debe hacerlo? ¿Cómo deben tomarse esas decisiones?», ponencia en el X Aniversario del Instituto de Investigación del MITI, Tokio, 17/03/98.



Stiglitz evidenció que al interior del Banco Mundial hay pugnas ideológicas entre los tecnócratas.

Plan de rescate financiero a tres economías asiáticas, 1998
(Miles de millones de dólares de EE.UU.)



el Desarrollo Mundial (IDM) al tema de la pobreza. Dicho texto marcó los conceptos teóricos y prácticos del Banco sobre el tema para toda la década del 90. Para el año 2000, el BM está elaborando el nuevo IDM sobre el mismo tema, abordando además un análisis sobre el proceso de globalización en marcha.

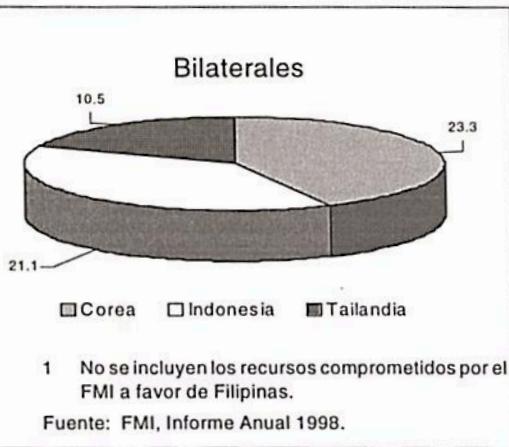
En mayo de 1998, el BM encargó la responsabilidad del IDM 2000 al economista inglés Ravi Kanbur –graduado como economista en Cambridge y con un doctorado en Oxford⁹–, quien ya era funcionario del Banco desde 1987. En la página web de la Universidad de Cornell, donde está de licencia, su *curriculum vitae* dice que sus trabajos abarcan el análisis conceptual, empírico y de políticas, estando particularmente interesado en construir un puente entre el análisis riguroso y una elaboración bastante práctica de las políticas económicas.

En junio de este año, pocos meses después de la salida de Stiglitz, Kanbur renunció a su responsabilidad como Jefe del IDM. Según el *Financial Times* de Londres, «funcionarios del Banco afirmaron que el énfasis puesto por Kanbur en la redistribución del ingreso lo enemistó con otros economistas del Banco, que argumentan que la promoción del crecimiento económico a través de la liberalización de los mercados

constituye el arma más eficiente para el combate a la pobreza».

Las críticas de los seguidores de Kanbur apuntaron, una vez más, a nuestro conocido Larry Summers: según *The Guardian* de Londres, «La salida de Kanbur pone al descubierto un profundo conflicto intelectual en el Banco Mundial. Kanbur renunció en medio de denuncias según las cuales el Secretario del Tesoro Summers estaba buscando reescribir el IDM 2000 para hacerlo menos radical». Para Lisa Jordan, del Bank Information Center, ONG con sede en Washington, «Kanbur dejó el puesto porque la cúpula de la institución no lo soportaba debido a sus puntos de vista sobre un necesario balance entre crecimiento y equidad. Hubo una tentativa de hacer que se quedara, pero no prosperó. El Departamento del Tesoro y el Reino Unido hicieron agrios comentarios a uno de sus últimos borradores y eso fue lo que lo dejó al borde del precipicio, por dos razones:

- 8 Tomamos aquí el argumento del economista inglés Brendan Martin, «El nuevo Consenso de Washington», *Bretton Woods Project*, Londres, 2000.
- 9 Kanbur ha sido profesor en Warwick, Oxford, Cambridge, Essex y Princeton. De 1989 a 1997 estuvo en el staff del Banco Mundial. Recibió el premio Investigación Científica de Calidad de la Asociación Americana de Economía Agrícola.



1) porque un accionista principal lo estaba presionando y, 2) porque el presidente Wolfensohn no lo defendió. Más aún, un economista del Banco, David Dollar, publicó un artículo titulado 'El crecimiento es bueno para los pobres', donde incide en que el crecimiento económico es más importante que cualquier otro factor -como la equidad- y Kanbur sintió que estos artículos, que eran un ataque directo a su trabajo en el IDM, tenían avales importantes».

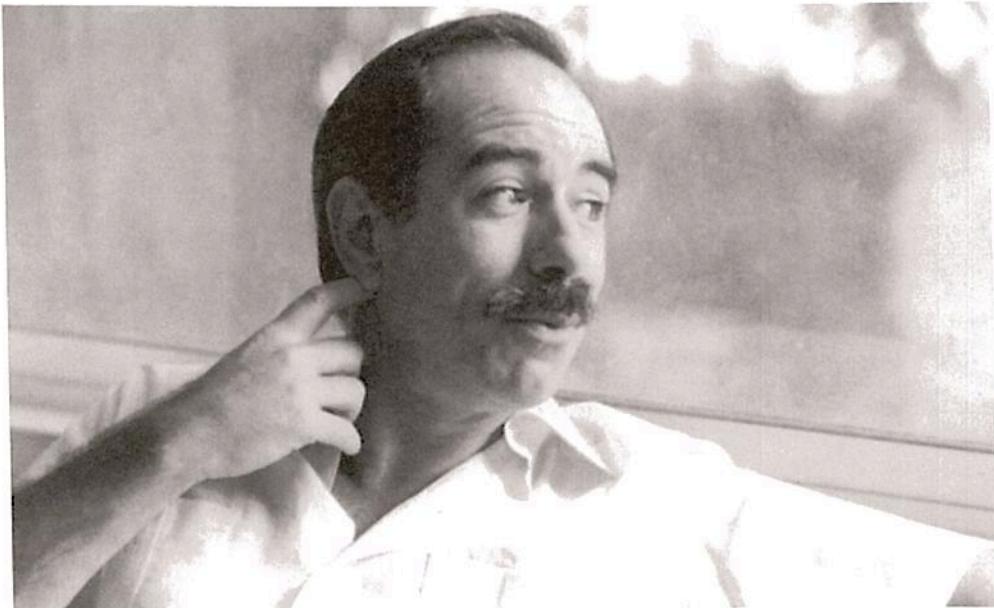
Por su lado, funcionarios del BM desmienten que haya habido presiones para lograr la salida de Kanbur, enfatizando que el resto del equipo que elabora el IDM 2000 se ha quedado en sus cargos y que la conocida economista mexicana/argentina Nora Lustig ha reemplazado a su jefe renunciante.

Este mes de setiembre, en que se publica el IDM 2000, su lectura permitirá saber quién tiene la razón. Pero desde ya una cosa es clara: se habla de la derechización del BM y del abandono de los conceptos de Stiglitz, todo para favorecer a las empresas transnacionales, que no se sentían cómodas con las críticas a la globalización: «Kevin Watkins, de OXFAM, dijo que la renuncia de Kanbur representa el triunfo de la 'tendencia Neanderthal', lo que amenaza con retroceder 20 años el debate sobre el desarrollo, cuando el fundamentalismo de libre mercado desacreditó fuertemente al Banco Mundial». (The Guardian, 15/06/2000)

La moraleja de la relación entre los economistas y el poder en los organismos multilaterales podría ser la siguiente: los intelectuales del BM tienen una cuota de poder (por lo menos en el plano teórico y en lo que concierne a las políticas relacionadas con los PED), mientras que su discurso no interfiere con los intereses centrales del principal accionista, Estados Unidos, así como del capital financiero y de las empresas transnacionales.

Una segunda conclusión sería que, al agudizarse la crisis financiera internacional en medio del proceso de globalización en marcha, los espacios que ocupan las posiciones no ortodoxas en el BM se reducen y los economistas neo-liberales, que permanecieron agazapados durante buena parte de la década del 90 (volvemos a recalcar que eso fue en el plano teórico y dentro del BM, porque en la práctica siempre mantuvieron la preeminencia), retoman con fuerza sus planteamientos teóricos, apoyados por el núcleo duro del establishment: el Departamento del Tesoro de EE.UU. y el FMI.

Muchas organizaciones de la sociedad civil, incluso las ONGs que transitaron por los espacios de participación abiertos por el BM en la década del 90, están revisando sus planteamientos, pues piensan que estos espacios no están cumpliendo sus objetivos. Esta reflexión se ve alimentada por la creciente movilización internacional de la sociedad civil y de las ONGs que rechazan el proceso de globalización liderado por las transnacionales, planteando la necesidad de una globalización democrática. Las expresiones más importantes de este proceso han sido las manifestaciones de Seattle de diciembre de 1999 contra las políticas de la Organización Mundial de Comercio y las manifestaciones en Washington en abril de este año, con ocasión de la reunión de primavera del FMI y del Banco Mundial.



Susana Pastor

Según Oscar Ugarteche, existen intelectuales que generan ideas y técnicos funcionarios portavoces del mercado.

TECNÓCRATAS DEL ENTENDIMIENTO

MAYTE MUJICA*

Un hombre camina pensativo como si el resto del mundo hubiese desaparecido por ese instante. Lleva un libro bajo el brazo. En la tapa, algo vieja, quizás se lea Camus. Sus ojos, agazapados detrás de un par de anteojos, intentan escapar de ese mechón de pelo que los cubre. No tiene corbata ni parece apurado. La suela de sus zapatos está algo gastada; cualquiera podría pensar que se pasa las horas pa-

seando sin tener ni horario, ni oficina, ni carro, ni reloj. Debajo de los ojos tiene la piel negra, como si la noche se le hubiese quedado pegada. Y es que dicen que se pasa las madrugadas sumergido entre amigos y vino. Pasa frente a un edificio lleno de lunas, que a él le pareció un espejo; en la ventana del piso 11 un joven señor está parado de espaldas. Tiene un terno azul, y una camisa no tan azul y una corbata. Tiene un reloj en su escritorio y otro en la

muñeca y otro colgado de la pared. Tiene una *lap top* y un teléfono celular y una secretaria que lo desaparece cada vez que suena el teléfono y él no quiere hablar. Tiene tres oficinas diferentes en tres lugares diferentes. Sabe mucho de estadísticas y es cliente preferente de alguna línea aérea. Juega en la Bolsa y quizás, también, juegue al tennis.

Esa es la idea eterna que la gente tiene de intelectuales y economistas. Unos aparecen como bohemios dedicados sólo al pensamiento y a las noches encendidas; y los otros, educadísimos y bien enternados, aparecen como los hijos del dinero, *yuppies* en potencia y siempre, siempre, aparecen manejando un buen carro. Es difícil acabar con este paradigma. Es difícil encontrar el camino que una, que revuelva, que entremezcle, ambos conceptos. ¿Puede ser el economista un intelectual? Para aventurarnos a dar tan osada respuesta habría que delimitar bien los conceptos. La pregunta es: ¿qué es un intelectual y qué es un economista?

Remitiéndonos al diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, intelectual es: «(del lat. *Intellectualis*.) adj. Perteneciente o relativo al entendimiento. // 2. Espiritual o sin cuerpo. // 3. Dedicado preferentemente al cultivo de las ciencias y letras». Siguiendo con las definiciones de la Academia, un economista es: «adj. Dícese del que suele escribir sobre materias de economía política y del instruido en esta ciencia».

* Mayte Mujica es alumna de Comunicación en la Universidad de Ciencias Aplicadas, UPC.

Estas definiciones parecen alejar aún más a economistas e intelectuales. Para resolver nuestra pregunta: ¿puede ser el economista un intelectual?, entrevisamos a tres personas altamente capa-



Para Efraín Gonzales de Olarte, «en el Perú los nuevos intelectuales son gente de ciencias políticas y algunos economistas».

citadas en estas lides. Oscar Ugarteche, Fritz Du Bois (presidente del Instituto Peruano de Economía), y Efraín Gonzales de Olarte (coordinador del Departamento de Economía de la Pontificia Universidad Católica del Perú). Tres economistas peruanos que nos sacarán de dudas o, en el peor de los casos, nos llenarán de preguntas. Los tres coinciden en agregar una definición más a nuestra pregunta: ¿Son los

economistas tecnócratas los nuevos intelectuales?

Para Oscar Ugarteche, «existen los intelectuales que generan ideas y también los técnicos funcionarios que se han convertido en portavoces del mercado. Los que dicen qué va a pasar con el crecimiento de la economía o con el crecimiento de la inversión son los banqueros de inversión, no los intelectua-

cas, y en ese sentido están asumiendo el rol de la inteligencia. Ellos son los que tienen las ideas de qué hacer. A diferencia de la antropología, sociología, ciencias políticas, que se quedan en su campo de influencia, los economistas están metiendo las narices en todas partes. Es así que se están conformando como intelectuales que tratan de entender las distintas perspectivas».



Difícil de encontrar es Fritz Du Bois. Su amigo Roberto Abusada nos puede conducir hacia él. «El hecho de ser tecnócrata no impide que seas intelectual, pero que seas tecnócrata tampoco te hace intelectual».

les». Dice, además, que «la economía se trabaja como una ciencia matemática, no como una ciencia social. Entonces, cuando trabajas la economía como una ciencia matemática te olvidas del para quién y sólo trabajas el cómo».

Según Efraín Gonzales de Olarte, «en el Perú, los nuevos intelectuales son gente de ciencias políticas y algunos economistas. El tema es que los economistas, más que intelectuales, se han convertido en gente que decide sobre las políti-

cas. Por otro lado, Fritz Du Bois sostiene que «el hecho de ser tecnócrata no impide que seas intelectual; pero que seas tecnócrata tampoco te hace intelectual. Yo no creo que los tecnócratas se hayan convertido en un reemplazo de intelectuales, pero al mismo tiempo hay mucho intelectual entre los tecnócratas». La respuesta de Fritz Du Bois podría resumirse en una sola palabra: depende. Para este pragmático economista hay de todo en esta vida: «creo que el

ser tecnócrata no te hace intelectual, ni ser intelectual te hace tecnócrata».

Y aunque lo anterior está bastante claro, la cuestión tiene algo más de complejidad. ¿Cuándo y por qué los tecnócratas economistas empezaron a formar parte del entramado político del país? Dice Gonzales de Olarte que «frente a la crisis de los años 80 nadie tenía alternativa ante el modelo neoliberal y entonces el hecho de tener un solo modelo hace que el que sepa qué hacer –que es el economista– es quien influya. Los economistas entran como asesores de los políticos, pero como los políticos no saben qué hacer, porque lo que tienen es un problema económico, terminan tomando decisiones económicas que después van generando cambios políticos y sociales. Por eso no hay que extrañarse de que en el Perú los únicos que tienen idea de qué hacer sean los economistas. Incluso con la crisis asiática que pone en cuestión el modelo neoliberal, los economistas tienen qué decir, y los políticos no».

El hecho es que en las últimas décadas uno se encuentra con tecnócratas en todas partes, ya sea en las tierras de la intelectualidad o en los espinosos caminos de la política. Hay quienes piensan, como Du Bois, que la explosión estudiantil es la causante. «Yo diría que es inevitable que en cualquier aspecto de la vida cada vez haya más tecnócratas; la población hoy es más educada que hace 40 años». Para Ugarteche las razones son otras; dice que la tecnocracia ha sufrido un ascenso con los organismos internacionales y con los procesos de recalificación del Estado. Él ve «a los tecnócratas en el Banco Central, en el despacho de asesores de la Defensoría del Pueblo, en los despachos de asesores del Ministerio de Economía, en los distintos despachos de asesores». Y es en el Banco Mundial donde Gonzales de Olarte encuentra a los tecnó-intelectuales: «el Banco tiene un departamento de investigaciones económicas con 800 economistas, casi todos doctores o

másters en economía, y ellos generan conocimiento, investigación empírica casi en todos los aspectos que tienen que ver con el desarrollo. En ese sentido el Banco Mundial es un productor de teorías aplicadas; así la gente del Banco juega el papel de la inteligencia, juegan el papel de intelectuales. Ellos dicen qué hay que hacer y cómo hay que hacerlo». Por otro lado, para Du Bois «en el Banco Mundial encuentras de todo: gente muy despierta, muy animada intelectualmente, y hasta algunos funcionarios que más cuadriculados no pueden ser».

Dice el filósofo Fernando Savater que «casi todos conocemos a personas perspicaces y hábiles, capaces de alcanzar altos puestos administrativos o de amasar grandes fortunas, pero que son auténticos idiotas morales, obtusos para la más elemental sensibilidad ética (que, por supuesto, es una forma de inteligencia)». Algunos tecnócratas no se escapan de las redes de esta afirmación. «El tecnócrata tiene una virtud: sabe lo que hace, y tiene un defecto: no tiene camiseta, porque como cualquier otro empleado que vende su talento va con la remuneración al cargo», sostiene Ugarteche. Pero también deja claro que, para él, hay de todo en todas partes. Ahora bien, «el hecho de que tú seas una persona dedicada al conocimiento tampoco quiere decir ni que eres buena persona, ni que eres políticamente correcto, ni que eres ético, ni que eres solidario». Efraín Gonzales de Olarte coincide con Ugarteche en cierta parte; comenta que «los tecnócratas tienen una característica: les gusta ganar bien, algunos se consideran una mercancía. Su fuerza de trabajo, sus cualidades, las venden al mejor postor. Pero raramente he visto que cambien de ideología y, en consecuencia, que sean igualmente tecnócratas para un gobierno intervencionista que para uno liberal. En general, mantienen cierta fidelidad ideológica; los tránsfugas son bien pocos». Felizmente. ■



Chapulín y su «mancha» en pleno: mucamas, soldaditos de franco, palancas de microbús, actores de una sociedad emergente. (Foto: Carlos Domínguez)

LA MISMA CHICHA CON DISTINTO TECNO

JOSÉ MARÍA SALCEDO

Más de quince años han pasado desde que en *Quehacer* se publicó unos reportajes sobre la informalidad que incluían notas especiales sobre la chicha y el grupo chichero que entonces dominaba: Los Shapis. Siguiendo a un gran periodista peruano, Eloy Jaúregui, calificó a Los Shapis como Los Beatles andinos. Si-

guiendo al periodista, pero también guiándome por mis propios sentimientos de amistad y admiración por Chapulín El Dulce y Jaime Moreyra, los líderes de los AndiBeatles.

Recuerdo que mi primer contacto con Los Shapis se produjo gracias a unos afiches pegados en La Victoria, afiches que anunciaban un concierto de la orquesta en el estadio de Alianza

Lima para ese domingo. Allí fuimos con el Chino Domínguez y nos encontramos con tremenda sorpresa: la enorme y fanática concurrencia.

Tanto los afiches pegados en las paredes de La Victoria como las vestimentas de los que bailaban al compás de Los Shapis reflejaban una chirriante estética popular. Chirriante desde luego para nosotros, los de la estética «occidental». Los afiches multicolores se destacaban por sus rojos, sus naranjas y sus verdes, y sus letras curvas y hasta sicodélicas. Eran afiches pletóricos de información, parecían temerle al vacío. Las vestimentas tenían un pie en el Ande y otro en Andy Warhol. Recuerdo nítidamente a un bailarín, absolutamente andino por sus rasgos físicos, con una casaca plateada y brillante.

Todavía no se hablaba de globalización. Aún existían el muro de Berlín y otros etcéteras. Estábamos ante un enorme show de cultura chicha. Como parecía que el público estaba básicamente integrado por mucamas, soldaditos de franco y palancas de microbuses, se podía pensar que todo aquello era parte de una cultura marginal. Además, porque el término «emergente» aún no estaba de moda.

Las clases medias cultas identificaban lo chicha con la bastardía y la huachafería. También con el peligro, porque la prensa destacaba las reyertas cerveceras de varios de los conciertos o fiestas chicha que, por cientos, se organizaba en Lima todos los fines de semana. Prensa y clasemedieros identificaban también informalidad con desorden, caos y problemas de circulación y espacio urbano.

La informalidad se ponía de moda como tema periodístico. En cada escena de TV que presentaba a vendedores ambulantes, emolienteros o microbuseros, la música de fondo era la chicha.

Aunque no lo quisiera, la TV identificó música chicha con informalidad o, por lo menos, con el aspecto más epidérmico de la informalidad que eran entonces los vendedores ambulantes. En verdad, la música de grupos como Los Shapis constituía la música de fondo de la informalidad. Como en una película, las escenas de la emergencia de la informalidad eran empujadas por la música chicha. La música chicha secuenciaba y le daba ritmo a la emergencia de la informalidad.

Claro que el término chicha desataba suspicacias, y no solamente entre la clase media. Los propios grupos chicheritos se resistían a reconocerse en ese término. Chantajeados culturalmente por el qué dirán representado por el «sentido común» de los medios de comunicación, «chicheritos» siempre eran otros, no ellos mismos.

Hasta que los propios Shapis, en la cúspide de su popularidad, dijeron que sí, que eran chicheritos y que nadie se escandalizara, ni los compadeciera, como antes, en un vals, había dicho de su choledad el cholo Luis Abanto Morales. Y, además, Los Shapis se fueron a París, se pusieron sus polos con la bandera del Tahuantinsuyo —que algún europeo desavisado identificó como la bandera del movimiento gay, lo que después le pasaría al mismísimo alcalde del Cusco, Dr. Daniel Estrada— se tomaron una foto con el fondo de la Torre Eiffel, y listo.

Los Shapis ya eran industria, con gerencia, organización, recargada y cara agenda de conciertos y su propio programa de radio. Algunas veces hasta la TV tuvo que apretar los dientes e invitarlos a algún programa. La TV, de vez en cuando, aceptaba el clamor de la calle. Ya hace más de quince años, Los Shapis vendían más que Julio Iglesias y

otros tantos etcéteras. Ni hablar de la música criolla, por cierto.

Recuerdo también que la primera vez que fui a la casa de Los Shapis, un chalet en Maranga en el que almorzaban y ensayaban, Jaime Moreyra me interpretó el Concierto de Aranjuez en guitarra eléctrica. Desde luego, ni yo era el maestro Joaquín Rodrigo ni el mismo maestro vivió para escuchar aquella interpretación. Pero a mí me sonó a una digna interpretación.

En lenguaje de ahora, podría decirse que fue un Tecnoconcierto de Aranjuez. Esto me sirve para ilustrar lo siguiente. Así como la invención de la imprenta obligó a alfabetizar a la gente en masa –¿qué se hacían, si no, con tantos libros impresos?, ¿a quién se los vendían?– así la tecnología crea música.

El ruido tecnológico y el ruido a secas están a la base de la nueva música popular peruana. La idea elemental es que el andino que baja a Lima ya no puede hacerse escuchar con su modesta y dulce quena, porque hay demasiado ruido competitivo. Ruido de ómnibus en la plaza Dos de Mayo y ruido de otras músicas en rockolas, en la radio, en la misma calle. Ruidos físicos que, naturalmente, se convierten en ruidos mentales y espirituales.

La primera experiencia masiva de lo que digo ya se había producido en los coliseos andinos de Lima, en los tempranos años cincuenta. Para hacerse oír, los andinos, como todo el mundo en Lima, tenían que usar micrófonos, parlantes, amplificadores. Y habían ya demostrado que podían domesticar el ruido o conciliar con él.

Los coliseos son el antecedente histórico fundacional de la chicha peruana de origen centroandino o mantarino: una primera experiencia gratificante para el huayno y sus cultores en competencia con los ruidos de la gran ciudad. Viendo las cosas en perspectiva, mi deslumbramiento con Los Shapis en el estadio de Alianza Lima no se hubiera producido sin, por lo menos, quince años de historia anterior. Porque sin

Hugo Blanco y su Arpa Viajera, sin Enrique Delgado y los Destellos, sin el rey Vico y su grupo Karicia, sin los Diablos Rojos y sin los Demonios del Mantaro, nada de eso hubiera ocurrido. Todos ellos son pioneros y hasta precursores del movimiento chichero nacional.

Con los Demonios del Mantaro, el huaylash empieza a sonar diferente y con Hugo Blanco la cumbia colombiana se empieza a peruanizar. Estos dos grupos son fundamentales porque, aunque los jóvenes cultores de la tecnocumbia no lo sepan o nadie se los haya dicho, la chicha que ellos siguen interpretando, aunque con otro nombre, es básicamente una fusión entre el huayno peruano y la cumbia colombiana. En aquel reportaje de esta revista sobre la chicha, se decía que la chicha se bailaba con pies de huayno y brazos de cumbia. Por lo demás, como todo género bailable de éxito, la chicha cumplía con el requisito de la repetición, lo que desde un punto de vista puede llamarse monotonía, pero de otro, ritmo sostenido.

La eclosión de la chicha generó rechazos y aplausos desde las tribunas de la clase media «culto» y pongo en esta categoría a la mayoría de los que esto leen. Como yo fui de los aplaudidores –yo fui y en gran medida sigo siendo partidario de una suerte de «populismo» cultural de la emergencia social en el Perú– dejo constancia de mis arduas discusiones con gente magnífica, pero conservadora, que consideraba la chicha musical como una perversión del huayno andino y la chicha cultural como una perversión de lo que debería ser la verdadera cultura popular del Perú. Una cultura más ordenada, más correcta y más culta, no aquel aquelarre, no aquel gran desorden bajo los cielos.

Debo haber sido muy injusto en mis debates con esa gente, pero a pesar de ello dejo constancia de lo que dije. Dije entonces que lo que ellos querían era

que los andinos se quedaran en su tierra tocando sus quenitas y no molestaran en la ciudad. O que si bajaban a las ciudades, se enrolaran en fábricas para convertirse en proletarios (versión izquierdista) o siguieran siendo jardineros, mucamos o auxiliares de panadería (versión derechista). Y, al final, en

tura andina es, precisamente, la cultura de la fusión y el mestizaje, y el Ande está lleno de ejemplos de ello. Añado ejemplos musicales históricos como la música «country» de los Estados Unidos, que no es otra cosa que la música irlandesa y parte de la música alemana transplantadas a territorio americano



¡Los Shapis de Liverpool! Eloy Jáuregui calificó a los Shapis como los Beatles andinos. (Foto: Robert Freeman)

Lima no ha habido fábricas ni jardines suficientes para todos.

En Lima y en otras ciudades hemos vivido la revolución de la informalidad –cuya valoración, por cierto, no es ni puede ser materia de este artículo– y la música chicha ha sido la música de esa epopeya migratoria y de esa emergencia económica y social. Por lo demás, los que criticaban la música chicha como música bastarda, olvidaban que la cul-

al compás de la marcha hacia el oeste de las caravanas colonizadoras. Cualquier semejanza no es simple coincidencia.

Vuelvo a la escena de Los Shapis en el estadio de Alianza Lima para recordar que se estaba cumpliendo el año quince desde los orígenes de la chicha y que ahora, en el año 2000 estamos cumpliendo el año quince desde esa escena de La Victoria.



Las clases adineradas identificaban lo chicha con la bastardía y la huachafería, y también con el peligro.

Y ahora estamos hablando de tecnocumbia, pero seguimos hablando del mismo fenómeno o movimiento musical, aunque con otro nombre. De esto se da cuenta cualquiera que tenga un mínimo de oído, no ya musical, sino simplemente oído.

Algunos tecnocumbieros de ahora tienen el mismo prurito de algunos de los chicheros de ayer. El prurito de la vergüenza, la cultura y la clase. Son los grupos a mi juicio menos exitosos. Estrellas indiscutibles como Rossy War, por ejemplo, no tienen ningún problema en aceptar el término, si se les pregunta.

Esa gran palabra peruana, chicha, ha sufrido mil y un pesares y peripecias. No importa. Ahora, a la falta de aranceles, a la prisión de Pinochet, a las hamburguesas Mac Donalds y a la mediación de la OEA le llamamos globalización. A los despidos outsourcing. Al mundo, aldea global.

Los Shapis rompieron la maldición

de la chicha, la satanización de la famosa palabra y le dieron carta de ciudadanía. Antes teníamos libretas electorales y ahora DNI. El DNI puede ser mejor porque está computarizado, registrado, controlado y todo lo demás. Pero todo eso sirve para mejorar, no para cambiar la identidad. Y es de identidades musicales, justamente, de lo que estamos hablando.

Estamos hablando de lo mismo, pero de una nueva ola de lo mismo. Con Rossy War, la artista más popular del Perú –37 por ciento de aprobación versus 14 por ciento del siguiente artista, según CPI– estaríamos hablando de una tercera ola de ese movimiento que llamo chicha, un mismo movimiento. Estamos con el léxico de Alvin Toffler y los tablistas de los años sesenta.

En una primera ola, con Los Shapis se produce la primera pan peruanización de la chicha. La chicha, hasta ese momento, tenía un reducto selváti-

co, uno de la costa norte y otro centro andino o mantarino. La pan peruanización rompe esas reducciones, convirtiendo a la chicha en un género nacional. Se trata de una pan peruanización más amplia que la de la música criolla, por ejemplo.

La primera ola, cuyos protagonistas más destacados son Los Shapis, tiene un marcado contenido social, como corresponde a la epopeya migratoria de los Andes a la costa o a la epopeya del establecimiento en el nuevo mundo de los hijos de los migrantes.

Luego, en la segunda ola, tenemos una figura como la de Chacalón, aunque no es el único ni llega a tener una dominancia tan marcada como la de los AndiBeatles. Chacalón tiene un pie en la epopeya migratoria y otro en el desarraigado o la decepción de un sector de los migrantes o de los hijos y nietos de los migrantes. Chacalón se va desarrollando en plena época del terrorismo, la inflación y las ilusiones perdidas, aunque sea provisionalmente. Chacalón es la balada del solitario y, además, muere tempranamente. La suya es una chicha «transicional».

La de Rossy War –la cantante peruviana más exitosa de todos los tiempos y la de más potencia exportadora– es la tercera ola. Vuelve a salir de la selva, pero de una selva aparentemente marginal e ignorada –de nuevo– por el «Perú oficial»: Madre de Dios. Nuevamente aquí, la metáfora musical de la informalidad.

El otro aspecto destacable, por supuesto, es la condición femenina de la protagonista. Un romanticismo femenino pero fuerte, con matices agresivos y aguerridos, como corresponde a la revolución de la mujer que también hemos estado viviendo en el Perú. Y el otro aspecto, la pan peruanización en su máxima expresión, es la aceptación del género en todos los sectores sociales.

La juventud blanca o blancoide de la clase media está tecnocumbianizada, ya es chichera, aunque no lo sepa o la

palabra no le agrade. ¿Será porque Argentina ya se achichó, tal como lo demuestran los imitadores de la chicha o cumbia peruanas que proliferan allá y que vienen hasta el Perú para demostrarlos que la chicha también puede ser alta, rubia y de ojos azules?

Ojo, que el fenómeno no es tan nuevo como parece. ¿Recuerdan la famosa Lambada? La historia de la Lambada es la siguiente. Unos franceses y brasileños llegaron a Lima y compraron un cassette pirata de una versión chicha –achichada– de la folklórica «Llorando se fue» que habían popularizado, con su ritmo original, los bolivianísimos Kjarkas. Eso fue lo que luego se convirtió en Lambada; eso y nada más que eso. Cuando «regresó» a Lima, como antes regresaba nuestro algodón Pima convertido en camisetas Lacoste, la «gente de Lima» la comenzó a bailar.

Parte de eso está ocurriendo con conjuntos juveniles de tecnocumbia como Skándalo, Zona Franca o Tornado, grupo adolescente al que pude ver recientemente en Huánuco ante no menos de quince mil chiquillos, con motivo del 461 aniversario de la fundación española de la ciudad. Dicho sea de paso, todo el concierto estuvo dedicado a la memoria de Daniel Alomía Robles, el autor de «El cóndor pasa», otra de las grandes creaciones peruanas de exportación y globalización. Por cierto, no estoy comparando a Tornado con el gran músico huanqueño, por si acaso.

Estamos pues asistiendo al rebrote de una corriente musical y cultural que ya va a cumplir treinta años porque ahora, contra los pronósticos de una serie de sabios o sabidos, la vitalidad de la chicha es incuestionable. Es la tercera y más amplia pan peruanización de la chicha, que ya desbordó todos los medios de comunicación, incluida la esquiva televisión y es tan exportable, por lo que parece, como un Señor de Sipán o una Juanita de Ampato. Pero, a diferencia de estas venerables reliquias de nuestro histórico pasado, está en pleno movimiento. ■

ADIÓS A LOS 12 APÓSTOLES

FRANCISCO DURAND

Hace 15 años había 12. Quedan 4. Y en los próximos meses la mortandad puede aumentar, a no ser que el Estado le tire el salvavidas al grupo Romero, el buque bandera de los grupos de poder económico. Sea cual fuere el resultado, el hecho es que el capitalismo nacional, antes representado por los 12 apóstoles o grandes grupos de poder económico, está siendo avasallado por el multinacional. Es el fin de la burguesía nacional. ¿Surgirá otra, más moderna y competitiva, de las cenizas de la crisis de apertura del 90 y de la crisis financiera de 1998?

HETERODOXIA VERSUS ORTODOXIA

Desde que el general Velasco acabó con la oligarquía agroexportadora en 1968, los grupos de poder financiero-industriales tuvieron la oportunidad de convertirse en la vanguardia del capitalismo nacional. Al caer el militarismo e iniciarse el decenio democrático de los años 80, los grupos salieron de la sombra del Estado empresario, pero fueron afectados por la crisis y la integración forzada al mercado mundial. Este proceso de globalización asumió distintas formas y ritmos según los países. En el Perú no se dio como un corte (caso de Chile) o un proceso

gradual (caso de México, Colombia y Brasil), sino de modo espasmódico, con avances y retrocesos. Ello se debió al empate entre fuerzas políticas que se turnaron en el poder, lo que determinó la oscilación pendular de políticas económicas entre la heterodoxia proteccionista y la ortodoxia aperturista. Este proceso, mal de males, se vio afectado por una recesión prolongada y la furia de la violencia política. En 1985, en un espasmo heterodoxo, Alan García y el APRA intentaron revivir el industrialismo proteccionista por medio de una combinación de medidas estatistas, controlistas, y de estimulación de demanda. Para que el modelo se asentara, se necesitaba inversión privada nacional, pues ni el Estado ni las multinacionales estaban, por distintas razones, en condiciones de invertir.

Fue en ese entonces que se habló de los grandes grupos de poder económico. García convocó a los doce más grandes en privado, en 1986, y luego los exhortó en público a «invertir por el Perú». El plan fracasó en 1987. Los grupos aprovecharon los incentivos mas no incrementaron sus inversiones. García respondió entonces precipitadamente, intentando expropiarlos y usar los recursos para virar hacia un desarrollo estatista. Pero los grupos detuvieron la expropiación, y dejaron solo a un Estado agobiado fiscalmente, sin inversión privada, ata-

cado por el terrorismo, y debilitado por la corrupción y la ineficacia. Ganaron la batalla de los bancos, pero el agravamiento de la crisis generó una «tragedia de los comunes» donde todos perdimos. Aún se recuerda cuan-

cándose a los EE.UU. y el Japón, a Hernando de Soto y Carlos Boloña. Se inició así el viraje hacia la ortodoxia mestiza, una suerte de proyecto neoliberal con rasgos rentistas y estilo autoritario.



Agosto de 1987. Dionisio Romero, fuera de su *bunker*, corea «el pueblo unido jamás será vencido». El Banco de Crédito es el único que, flaqueando, queda en manos nacionales. (Foto: Archivo *Quehacer*).

do Dionisio Romero y otros jefes salieron de sus *bunkers* y marcharon por las calles de Lima coreando «el pueblo unido jamás será vencido». Luego de derrotado García y los partidos populistas y nacionalistas que apoyaron la heterodoxia, se abrió camino al independentismo político. Y con él, a falta de programa e ideas, y debido al hecho de que la necesidad financiera obliga, se coló el neoliberalismo y no hubo más remedio que enfrentar la globalización. Ocurrió luego de que Alberto Fujimori, quien ganó en 1990 con una plataforma populista, terminara acer-

Hoy, pasada una década cuyo efecto principal ha sido la «reprimarización» económica (la vuelta al modelo primario-exportador), ¿qué queda de los 12 Apóstoles? Hacia 1996, luego de la consolidación del modelo fujimorista de «orden y progreso», pareció que la mayoría se estaba reestructurando y que los escasos grupos caídos iban a ser reemplazados por grupos emergentes. En el 2000 queda claro que los apóstoles están desapareciendo, y que la plaga también afecta a los grupos emergentes y al resto de la burguesía nacional.

Aunque nunca hubo una lista definitiva de grandes grupos, es generalmente aceptado que en ella se incluía a los más conocidos y poderosos conglomerados financieros-industriales. A la cabeza estaba el grupo Romero (textiles, agroindustria), que también dirigía el Banco de Crédito. Su jefe, Dionisio Romero Seminario, el San Pedro de los 12 Apóstoles, era el empresario más influyente del país. Le seguían los grupos industriales de vieja data como Raffo (textiles, inmobiliarias, Banca), Nicolini (harina), Bentín y Piaggio (en cerveza ambos). A estos cinco se sumaban otros tres: el grupo Picasso (Banca, vinos, minería), el grupo comercial-financiero Wiese, y el comercial-industrial Ferreyros. Estos 8 grupos nacieron a fines del siglo XIX y a principios del XX en torno a empresas madres fundadas por inmigrantes europeos y algunos peruanos ilustres. En la lista también se incluía a 4 grupos jóvenes formados en la segunda mitad del siglo: Benavides de la Quintana (minería, Banca), el diversificado grupo Brescia (inmobiliarias, seguros, hoteles, minería, industria), el de Piazza (construcción) y Delgado Parker (radio y TV).

Fue esta docena la que se reunió con el presidente más joven y alocado de nuestra historia en julio de 1986, quien un año después quiso quedarse con sus bancos, empresas de seguros y financieras. Luego del fracaso nacionalizador de García, y habiendo entrado Fujimori y las fuerzas globalizadoras, acabó el período fácil que Romero llamó «competencia entre mediocres» en CADE 99. En la década del 80 la crisis continúa y la inestabilidad política había alejado a las multinacionales de países vecinos y de países desarrollados. Así que en los primeros espasmos aperturistas no hubo competencia seria. Cuando Fuji-

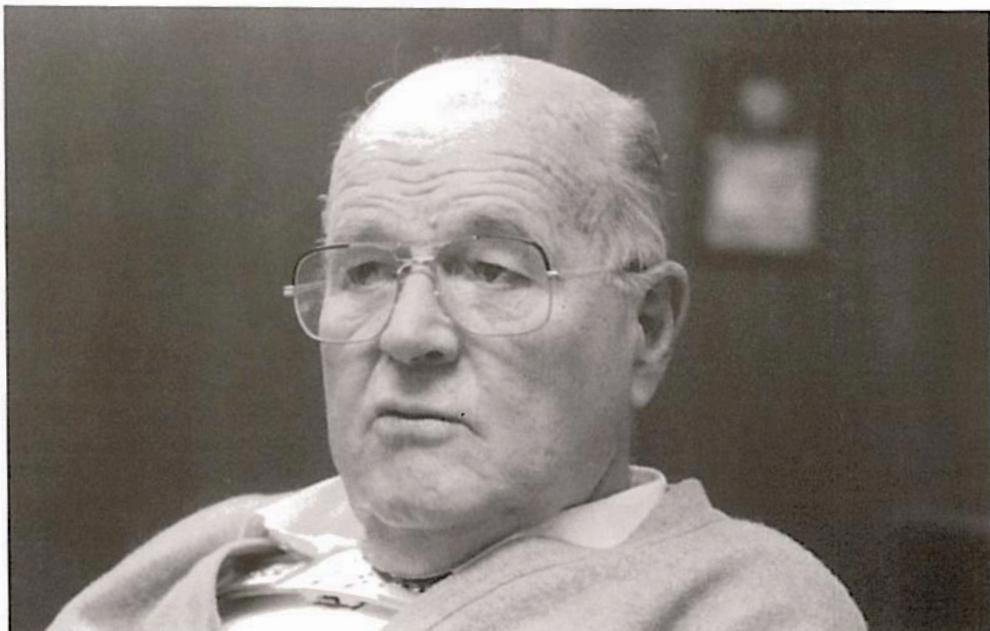
mori estabiliza el país y abre las compuertas, entramos a la etapa de la competencia avanzada o difícil. ¿Sobrevivirían la burguesía nacional y los grupos de poder en un medio donde el mercado y no el Estado dicta las reglas? ¿Se adaptarían al nuevo modelo? ¿Se regenerarían luego de una crisis?

Hacia 1996, 10 años después de la convocatoria, estaba en discusión si podían o no hacer frente a los grupos de poder de países vecinos (Chile principalmente, también Brasil) y a las multinacionales. Los gigantes que dirigen la globalización (2/3 del comercio mundial se hace vía multinacionales) venían con mayor solidez financiera, mejor tecnología, gerencias modernas, y avidez por copar mercados nacionales y continentales. Existían dos teorías sobre la capacidad de respuesta del gran capital nacional. Una: que los grupos en su mayoría estaban adaptándose siguiendo diversas estrategias (reingeniería, depuración del conglomerado vía ventas o fusiones, aprovechamiento de privatizaciones, alianzas estratégicas con multinacionales). Su ventaja era un posicionamiento firme en nichos, su capacidad de apalancamiento financiero que el control de la Banca y la venta de ADRs permitía, y sus contactos políticos. La mutación era posible y pasarían de ser grupos protegidos-rentistas a grupos competitivos. Dos: que los grupos estaban luchando pero no podrían, salvo excepciones, enfrentar la competencia externa. Se argumentaba que estaban fatalmente aferrados al familismo gerencial, muy afectados por la recesión continua y la violencia, y demasiado dependientes de rentas del Estado que se reducían gradualmente. Eran vistos como dinosaurios que se extinguirían con los cambios climáticos ocasionados por el meteorito globalizador.

En la actualidad, se han debilitado o han sido eliminados como grupos de poder 1 de cada 3 Apóstoles. En la primera etapa de competencia difícil (1990-1995) desaparecieron los más débiles y tradicionales, los más acostumbrados al proteccionismo y al subsidio. Nicolini, uno de los grupos apegados a García, cayó al perder la asignación preferencial de la cuota de trigo importado. Contribuyó a su caída una dirección familista de baja calidad que ter-

Backus. Otros grupos pasaron por períodos difíciles ante la pérdida de subsidios. Ferreyros se quedó sin el dólar MUC. Tuvo que cerrar la parte farmacéutica y concentrarse en la venta de maquinaria, su vieja línea de comercialización. Raffo perdió los incentivos del CERTEX y pasó a acelerar su línea textil de exportación de productos deportivos de algodón.

A los demás les fue momentáneamente bien, participando en procesos



Susana Pastor

El minero Alberto Benavides de la Quintana es uno de los pocos empresarios que ha tenido éxito. El oro brilló una vez más en Cajamarca.

minó de liquidarlo y sus múltiples deudas. El complejo harinero (fundado hace un siglo, en 1900) lo absorbió el grupo Romero, pagando el precio de asumir sus deudas. A Lanata Piaggio, de la Pilsen Callao, lo aniquiló también la dirección autoritaria y terca de Don Gabriel, más las fallas de producción de la cerveza Pilsen, combinadas con el fracaso de la marca Cóndor y la mayor presión tributaria de la SUNAT. Lo absorbió el grupo Bentín, de la cervecería

de reestructuración, expansión con apalancamiento financiero, entrando a competir en privatizaciones, y formando alianzas estratégicas. Benavides de la Quintana tuvo la fortuna de encontrar oro en Yanacocha, en asociación con la Newmont, y entró con más fuerza al Interbanc. Picasso se dedicó a comprar hoteles y abrió una empresa de Bolsa (Argos). Incluso se lanzó a comprar minera Volcán, a alto precio; y el Banco Latino se mantuvo en el

5to.lugar. Romero se consolidó en la agroindustria al absorber a Nicolini y comprar el conglomerado La Fabril (Bunge & Born, de Argentina) que se retiró del Perú. Se expandió incluso a Bolivia y Centro América, tierra de su esposa. En lo financiero, entró a participar en las AFPs, y el Banco de

cio. COSAPI amplió su competitividad, actuando incluso fuera del país, y entró al campo de la informática. Por ultimo, Delgado Parker consolidó su primer lugar en el ranking de la TV, luego de la debacle del Canal 4, y entró en telefonía en asociación con Bell South.



«Retorna al Ministerio de Economía a organizar el rescate que su doctrina prohíbe. Es más hoy en día un mediador o componedor que un tecnócrata o empresario de éxito». En la foto, abril de 1991, Carlos Boloña, el entonces ministro de Economía, escucha al congresista Carlos Torres y Torres Lara.

Crédito se mantuvo en el primer lugar, consolidándose en torno al complejo Credicorp. Brescia también compró hoteles, siguió con sus inversiones en Minsur, su gran mina de zinc, y vendió textiles. Se asoció bien al Santander en la compra del Banco Continental y mantuvo a flote la aseguradora Rímac. Wiese modernizó el banco y entró a las AFPs a la vez que se mantuvo en la pesca (Del Mar) y el comer-

2000

Hoy, un lustro después, la balanza se inclina hacia la segunda teoría, que predijo la extinción. Han sido afectados los Delgado Parker, por crisis de sucesión familiar a la muerte de Héctor, y pérdida de la relación especial que siempre tuvieron con el Estado. Raffo no logra despegar y enfrenta problemas financieros, aunque pasó bien su

crisis de sucesión al incorporar a la nueva generación de sobrinos accionistas. Los Picasso han perdido el Banco Latino y están fuertemente endeudados. Les pudo ir peor, siendo rescatados por el Estado, que nacionalizó el banco para limpiarlo de deudas. A los Wiese, fatalmente atados a la minería y a prácticas bancarias tradicionalistas, los afectó la crisis del 98. Pasaron a ser accionistas minoritarios de su banco, ahora controlado por el Bilbao-Viscaya. COSAPI está en serios problemas financieros y enfrenta la difícil competencia del influyente grupo brasileño Odebrecht, que según entrevistas tiene mejores conexiones en el MEF. Ayuda en esa tarea de lobby el constructor y ex-ministro Jorge Camet. Quedan en buen pie Benavides de la Quintana, gracias al boom minero y su asociación con multinacionales, y Brescia, que se ha posicionado en sus nichos y se asoció a tiempo con multinacionales en la Banca. Ferreyros se ha adaptado mejor a la globalización gracias a su experiencia en el comercio internacional. Bentín se ha convertido en el único productor de cerveza al adquirir la Cervecería del Sur, cerrando por el momento la entrada a Brahma del Brasil; todavía le va bien en la agroindustria, aunque deudas no le faltan. En el caso de los grupos emergentes, el proceso es similar. Le va bien a Rodríguez Banda en lácteos (Gloria) y cemento (luego de privatizarse las plantas de Yura y Julia). Tuvieron que vender D'Onofrio y probablemente vendan sus cuatro plantas energéticas. Es el único grupo arequipeño que queda en pie. Wong sufre fuerte competencia de Santa Isabel, que pasó de manos chilenas a europeas. Queda por ver si mantiene su tajada del mercado. Yi Chang, un grupo chino importador de bajo perfil, ha logrado reestructurarse y superar su crisis de sucesión incorporando a elementos jóvenes de la familia Wu.

Hoy está libre de deudas. El grupo Lucioni de Arequipa (Banco Orión y CARSA) comenzó a perder luego de invertir en países vecinos y caerse en el mercado nacional con la crisis del 98. El grupo pesquero Galski ha sufrido con la estacionalidad negativa de la pesca que trajo el último Niño, y lucha por mantenerse trayendo capitales de afuera (unos 25 millones de dólares, según buena fuente). La radioemisora CPN la vendieron al diario Gestión.

El caso más preocupante es el del grupo Romero-Banco de Crédito. Romero está fuertemente endeudado en varios cientos de millones de dólares, en parte gracias a los problemas de Alicorp. Ha vendido varias empresas (línea automotriz) e incluso su participación en las AFP. El Crédito sigue siendo el banco número uno, pero se cree que no tardará mucho en ser controlado por la Banca extranjera. De ser así, el buque bandera del capitalismo nacional indicará el hundimiento definitivo de lo que en un principio pareció una adaptación exitosa al modelo neoliberal. Probablemente caiga en cámara lenta o no caiga nunca, si se mantiene el plan de salvataje del Estado a la Banca (a un costo de 2,500 millones de dólares según cálculos COMEX, que pasarán a ser financiados con deuda e impuestos). Si así ocurre, quedará demostrado que las influencias en el Estado todavía pueden contrarrestar la pérdida de posiciones en el mercado. No es casual que se pronunciara en público a favor de Fujimori durante las últimas elecciones en entrevista «exclusiva» a *Expreso*, donde pidió un «shock de confianza» que el nuevo gabinete ha concedido generosamente.

Este recuento, breve aunque incompleto análisis que habrá que precisar con cifras y estudios sectoriales, dibuja un escenario que va del gris al negro: el desplazamiento progresivo de los

conglomerados nacionales por las multinacionales. Un análisis de sectores o firmas parece indicar la misma tendencia. La Banca, por ejemplo, está dominada hoy por el capital extranjero: de 10 bancos, sólo uno, el Crédito, queda en manos nacionales, y su liderazgo flaquea. La minería está siendo multinacionalizada a pasos acelerados, aunque quedan capitalistas nacionales en la mediana minería (Baertl, Arias, además de Benavides de la Quintana, Brescia y Picasso). Lo mismo sucede en energía, petróleo, construcción, alimentos, bebidas, hotelería y telecomunicaciones. Hay entonces un proceso más amplio de desplazamiento de la burguesía nacional. Ello se debe a dos factores. Uno, que las multinacionales han participado activamente en las privatizaciones, pasando a comandar sectores por traspaso de propiedad. Dos, por efecto de la crisis del 98. Este es el punto de quiebre. La caída de la demanda, más los desastres naturales y los bajos términos de intercambio, ocurrieron en un momento de sobreendeudamiento generado durante el boom un tanto artificial del período 1994-1997. Los dos factores hacen que el capitalismo nacional haya perdido posiciones aceleradamente.

Los datos a nivel más micro son también tan preocupantes como simbólicos. Carlos Boloña, el empresario-ministro que simbolizó la entrada definitiva a la era neoliberal, fracasó en el reflotamiento del grupo Nicolini (reconvertido a Alicorp) que hiciera por encargo del Banco de Crédito. Sus empresas educativas (a pesar de subsidios tributarios conseguidos en su gestión), y su experimento con pizzas Dominó, no han resultado y está agobiado por deudas. Retorna al Ministerio de Economía a organizar el rescate que su doctrina prohíbe. Es más hoy en día un mediador o componedor que un tecnócrata y empresario de éxito.

Su amigo Roberto Abusada, otro profeta del neoliberalismo, sigue la misma trayectoria. La caída estrepitosa de Aeroperú, firma que dirigía, y su dificultad de lograr que el Estado vaya a su rescate luego de su salida como principal asesor, marca una trayectoria similar. Me atrevo a afirmar lo siguiente: hoy es probable que el empresario más influyente no sea Romero sino Alfonso Bustamante, el manager de la empresa más grande: la Telefónica. Un diagnóstico más completo dependerá de cómo sale el país de la crisis financiera (el patrimonio de los bancos equivale a su deuda), y de qué tan efectivo es el rescate del Estado actualmente en curso. Insistimos en que la eventual caída del Banco de Crédito y el grupo Romero indicarán de qué lado se inclina la balanza. Será como el hundimiento del Titanic. Pero si sigue a flote, su sobrevivencia no dirá más que eso, que se queda en el mercado pero perdiendo posiciones, a la defensiva.

Diversas entrevistas realizadas en Lima en julio, a lo largo de tres semanas, confirman la tendencia. Jaime Carbajal, el director de la revista *Business*, el medio más leído entre la nueva clase de managers, opinó: «Ya no hay empresarios, nos estamos convirtiendo en gerentes». Pablo Bustamante, del Banco Orión, remarcó: «Eso del desplazamiento del empresariado nacional no es cierto. Nunca ha habido empresariado nacional». Un tercero, ex gerente del Grupo Lanata Piaggio, dijo lo siguiente: «Lo que queda son las alianzas estratégicas». Es el fin de los Apóstoles y el comienzo de la era de multinacionalización de la economía.

Los hijos del país han sido desplazados al comenzar el siglo XXI. Han caído en la crisis de 1998 y es posible que no recuperen posiciones. De ser así, la burguesía nacional que se formó en la etapa de la urbanización y la industrialización está en proceso de extin-



«Es probable que el empresario más influyente no sea Romero sino Alfonso Bustamante, el manager de la empresa más grande: la Telefónica.»

ción. ¿Surgirá otra más adelante? ¿Emergerá una burguesía competitiva y globalizada? Puede ser. Al menos así ocurrió en Chile luego de la crisis de los 80. Pero recordemos que los casos de éxito son excepcionales, no señalan necesariamente tendencias. Chile tenía más y mejor empresariado, y una clase media altamente educada, dispuesta a arriesgar en empresas com-

petitivas, así como un Estado más eficiente. También perdieron menos, porque su crisis duró poco, no enfrentaron el vendaval senderista y experimentos fiscales tipo García. En suma, más institucionalidad y mejor fortuna. De ser así, la «nueva burguesía» podría resultar siendo más pequeña y marginal, y abundarán los managers y consultores nacionales. ■



La República

Tecnocumbia y cosecha de mujeres. Ana Kholer y el grupo Euforia, que como otros interpreta una música que atraviesa diversos sectores sociales.

LA TECNOCUMBIA EN UN MUNDO GLOBALIZADO:

ROSSY WAR Y LA CHICHA AMAZÓNICA

ARTURO QUISPE

Afines de los 90 aparecen dos figuras que van delineando la nueva etapa de la chicha: Rossy War y el grupo Euforia. La primera más que el

segundo, dado que ha calado con mayor fuerza en gran parte del país y se extiende rápidamente por otros linderos. Esta etapa, de fines de los 90, se da en un contexto caracterizado por: 1)

estamos en un contexto de cambios a nivel mundial, la globalización económica marca el paso del mundo y resignifica los parámetros de las disciplinas, de los conceptos y de la vida; 2) hay una preeminencia de lo urbano y lo cosmopolita; 3) se privilegia lo light, lo melodioso, lo edulcorado; 4) las mujeres tienen un mayor protagonismo en la esfera pública, etc., etc. Estos aspectos van delineando también una nueva sensibilidad, y la chicha no podía mantenerse al margen.

En este entorno, dentro de la música chicha se van creando nuevos grupos musicales y otros van perdiendo vigencia. El paso de lo andino a lo cosmopolita causa trastornos en el mundo chichero. Los grupos de tendencia andina pierden actualidad y público, los chichódromos se reacomodan. Los gustos van mudando de preferencia. Los chicheritos de tendencia urbana, denominados cumbiamberos, cumbia peruana, música tropical, retoman el paso, del mismo modo que las agrupaciones norteñas y amazónicas tienen su oportunidad en Lima, debido a que renacen los ritmos con una clara tendencia costeña.

Ad portas del siglo XXI, le toca el turno a la chicha amazónica. En la amazonía la chicha se fue fermentando con otros ingredientes; la incursión de la andina es muy leve, y más bien bebe de las canteras que provienen de Brasil y de Colombia, incluso de los pasillos ecuatorianos. De ese modo el ritmo de la chicha amazónica será melodioso, más cercano a la cumbia colombiana. A pesar de la mixtura, ha sido (aún lo es) inconfundible su sabor selvático. Los iniciadores fueron Juaneco y su Combo, y Los Mirlos, por los años 70, que sobresalieron y cambiaron los patrones musicales de esa región. Hoy, tributaria de esa tradición, emerge una nueva hornada con Rossy War a la ca-

beza, secundada por el grupo Euforia. Somos partícipes del inicio de la nueva era de la música chicha, esta vez con claros ritmos amazónicos.

ROSSY WAR Y EL RENACER DE LA CHICHA A FINES DE LOS 90

La aparición de Rossy War, como epígonos de la nueva oleada musical popular de fin de siglo, tiene sentido en el marco de la música chicha. Su entorno y su devenir están circunscritos en ese gran movimiento, presente en el Perú entero, por más de tres décadas. Utiliza la infraestructura de la chicha: los chichódromos como espacio de diversión, Radio Inca como medio de difusión, e incluso, como medio de distribución tiene uno de los puestos del mercado del nuevo Polvos Azules en el distrito populoso de La Victoria. En suma, Rossy War es producto del movimiento chichero y es representante de una de sus vertientes: la amazónica.

LA CHICHA EN POS DE LA GLOBALIZACIÓN: ROSSY WAR COMO SU EPÍGONO

Los nuevos vientos de renovación provienen, esta vez, de la esfera mundial, a diferencia de lo ocurrido a fines de los 70. Años que, marcados por un entorno sociocultural de matiz andino¹ produjeron el paso de la chicha costeña a la andina.

A fines de los 90, ese gran movimiento ha tenido su tiempo de maduración; hoy la chicha, al parecer, nos alcanza un fruto esperado por los propios chicheritos, el giro de la chicha va encontrando una nueva fisonomía, ha esperado una década para que ello acontezca, y tenemos en Rossy War su nueva imagen.

De esa manera, con Rossy War a la palestra del movimiento chichero, sin proponérselo, establece ciertas diferencias con las otras tradiciones chicheritas:

1 Ver: Quispe Lázaro, Arturo, «La chicha está fermentando», en *Quehacer* N° 87, enero-febrero de 1994.

1) Es un personaje que surge en la zona amazónica. Es decir, la oleada de este nuevo giro surge en una región distante de la capital. Se diferencia de los movimientos anteriores, tanto el andino como el costeño que surgieron en Lima, sentaron sus bases, desde las cuales se proyectaron a las provincias y a los países vecinos. Con Rossy War ocurre lo contrario: llega a la capital consagrada como la reina de la tecnocumbia, que no es otra que la chicha amazónica. La importancia de este hecho radica en que, en el plano musical, la creatividad, la fuerza y la contundencia de la renovación provienen de las provincias, específicamente de la amazonía. Lo bullente no sólo está en lo popular urbano y capitalino, sino también en la provincia, que esta vez le arrebató la iniciativa a la capital.

2) No tiene una vocación de exclusión con otros géneros musicales. Rossy War tiene apertura hacia todos los géneros de música. Ella no es anti nada, no tiene ni busca tener una propensión a la exclusión; no segregá unos géneros musicales en favor de otros. Tiene una mentalidad holística. Esto se explica por el nuevo contexto de cambios a nivel mundial que ha impactado en nuestro ámbito, permitiendo que el nuevo ambiente sea permisivo con todos los géneros y estilos musicales. Ella es producto de este tiempo; época de modificación en todo sentido, que la posmodernidad supo expresar muy bien.²

Se diferencia de la chicha andina de la década de los 80, de los chicheritos andinos, que encontraron una mayor resistencia a ser aceptados por la sociedad limeña; en aquella época, se produjo un enfrentamiento de Lima, de los

2 «La posmodernidad reivindica las diferencias de manera indiferenciada, exaltando la multiplicidad pero ignorando el conflicto de los heterogéneos que, en la vida de las sociedades, suelen enfrentarse más veces de lo que el personaje posmoderno crea.» Beatriz Sarlo. «Un debate sobre la cultura». En *Nueva Sociedad*.

limeños, con la chicha y los chicheritos neo-limeños. Los rechazaban. Eran épocas duras de enfrentamiento y de exclusión de ambos sectores; el medio social limeño y los géneros musicales establecidos fueron (aún lo son, pero menos que antes) pocos receptivos e intolerantes; rechazaban a la música chicha y a los chicheritos. En este ambiente enrarecido, los chicheritos andinos se encaramaron en sí mismos, buscaron un medio, un espacio, una música a la cual asirse; ellos autodenominaron a la música chicha como la auténtica expresión de una música peruana, frente a lo que ellos denominaban música extranjera como el rock. Chicheritos y rockeros se enfrentaban y se insultaban (aún hoy persisten esas diferencias, aunque solapadas). Este enfrentamiento dicotomizó las preferencias, los gustos y el pensamiento. Fueron anti otros géneros musicales, se autodefinían segregando, debido a la dureza e inflexibilidad de los tiempos. Incluso había controversia entre los propios chicheritos: los de ritmo costeño hacían sentir su diferencia no sólo en su ritmo sino también en su discurso; criticaban a los de ritmo andino, los llamaban con desprecio «chicheritos»; ellos, por el contrario, se denominaban «cumbiamberos». Sin embargo, el mayor enfrentamiento que sufrieron los chicheritos en general fue con los otros géneros musicales, que no consideraban a la chicha como música, y con el entorno social limeño, con la Lima oficial.

Hoy, por el contrario, vivimos en un contexto más permisivo. No es que las diferencias hayan desaparecido sino que se mantienen en latencia. Es en este ambiente donde Rossy War se desarrolla con la tecnocumbia.

3) La búsqueda de una imagen internacional: no sólo en la apariencia física sino en el cambio de nombre de la artista. La apariencia física, el vestuario, fue una innovación introducida por Los Shapis. Sus presentaciones eran todo un espectáculo. El colorido de su vestuario –tomado de los colores del



La tecnocumbia viene de las calientes tierras amazónicas y no excluye a otros géneros musicales. Menos aún a Angie Cepeda, La Colombiana de Pantaleón y las visitadoras.

arco iris— y la coreografía de sus bailes sentaron las bases de lo que sería la chicha andina en los 80. La identificación de los colores con el arco iris traía cierto halo andino. Es decir, el producto creado por Los Shapis encerraba toda una alegoría claramente andina, asentada en la capital. En esta etapa de internacionalización, a fines de los 90, Rossy War apuesta por un vestuario moderno, con aires de sensualidad —que

despierta los shorts ceñidos al cuerpo y el color negro—, completando su atuendo con un sombrero mexicano que le da una imagen cosmopolita, al estilo de los grupos mexicanos (grupo Garibaldi, Thalía). Sin embargo, matiza su imagen y su vestuario con atuendos claramente amazónicos, no sólo para acentuar su origen o su identidad, sino y sobre todo para impactar en una ciudad a la que le es ajena y distante la zona amazónica y

su gente. De esta manera Rossy War apuesta por el mercado internacional desde el nacional y lo local, por la internacionalización de su producto. Se diferencia también de las agrupaciones chicheras de vertiente costeña que han buscado imitar el vestuario de los grupos salseros.

Sobre el cambio del nombre. En el mundo chichero no hay experiencias de cambio de nombre del artista; no ha habido la necesidad de hacerlo. El nombre es la identidad de la persona, identifica el espacio social y cultural de origen del artista. El cambio de nombre implica un cambio de identidad. Los chicherros andinos, por el contrario, buscaban identificarse con sus raíces culturales, el nombre era su identidad

y el cambiarlo implicaba un atentado de lesa cultura, y no ser bien visto por el medio y sus pares. Hoy en día, en tiempos de cambio y de flexibilidad, no existen dichas restricciones, de tal manera que Rosa Guerra Morales no tiene obstáculos para hacerlo; por el contrario, amplía sus horizontes y sus expectativas mudando de nombre. Apareciendo en escena Rossy War. Aquí habría que hacer una nueva diferencia con los chicherros de antaño. Los chicherros de los años 70 buscaban «querer ser en la ciudad, ser reconocidos»; los de los años 80 quisieron, además, conquistar la capital; a fines de los 90, la mirada es internacional, llegar a «la meca», a los Estados Unidos. Por ello el nombre en inglés significa la amplia-

Antes los chicherros y los rockeros armaban la bronca. En un ambiente menos hostil aparece Rossy War y la tecnocumbia. (Foto: Lance Mercer)



ción de las expectativas de un grupo de gente, de chicheros, que piensa, como los tiempos, globalmente. La diferencia con los grupos de antaño radica en que ellos pensaron primero en lo local, lo nacional y luego en lo internacional; ahora se piensa en lo internacional copando lo local. Por ello, con Rossy War se inaugura el cambio a lo internacional: con un vestuario ligado a una imagen cosmopolita y la adopción de un nombre o seudónimo en inglés para ingresar a un mercado exigente y altamente competitivo.

4) **El protagonismo de las mujeres.** Aquí también algunas diferencias. Las mujeres en el mundo chichero, en las dos primeras décadas, cumplieron un rol decorativo e instrumental; establecieron relaciones de subordinación frente al varón que cumplía los roles protagónicos, de enamorado, de director y/o patrón. La participación de la mujer en el mundo chichero es también producto de los tiempos. En los años 80, la mujer se hace presente, sale del espacio privado al público, se visibiliza respecto de años anteriores. Hasta ese momento el mundo chichero era un espacio estrictamente masculino. La mujer se limitaba a ser acompañante del varón chichero en el ámbito de la diversión. Es decir, las chicheras eran las que asistían a las fiestas con su pareja. En los 80 van cambiando de rol, de uno pasivo a otro un tanto más activo, de relativa participación: se crearon clubes de fans de algunas de las agrupaciones chicheras, eran grupos de mujeres que se reunían y se organizaban en torno a un artista o grupo chichero. Aparece poco después, y de manera casual, la primera cantante chichera. El director del grupo Pintura Roja contrata en sus filas a una mujer, primero como corista y después como cantante, emergiendo así **La princesita Milly.** Fue toda una sensación. En poco tiempo se convirtió en el emblema del grupo; sin embargo, no duró mucho, la diferencia entre ella como empleada y el director fue insuperable. Después

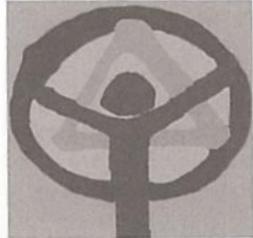
aparecieron las primeras locutoras chicheras, que laboraban en Radio Inca al servicio del grupo chichero; el director las contrataba para difundir su música, en su espacio radial. Un tiempo después las bailarinas entraron en escena; fueron contratadas para acompañar al grupo en cada una de sus presentaciones, su rol era de ornamento. En suma, las mujeres cumplieron un rol decorativo e instrumental, siempre subordinadas a un segundo plano respecto al varón. Tuvieron un protagonismo tutelado, estableciendo relaciones de dependencia y de subordinación frente al varón. A fines de los años 90 esta situación va cambiando: la mujer asume una mayor participación en la sociedad, se inserta con mayor fuerza en diversas instancias y actividades, tanto laborales y académicas como artísticas. Ha adquirido una mayor presencia. En este contexto, Rossy War asume un evidente protagonismo. Ella es el grupo, es la cantante principal e imagen del grupo. En esa medida, Rossy War, ahora Ana Kholer con el grupo Euforia y Ruth Karina, son agrupaciones donde las mujeres han surgido a partir del monopolio de su voz, la fuerza de su imagen, y el arraigo popular que despiertan. Situaciones que las diferencia de épocas pasadas de la chicha. Hoy en día la mujer emerge a la palestra del mundo chichero como protagonista.

A manera de conclusión diremos que las diferencias de Rossy War, Ana Kholer con el grupo Euforia y Ruth Karina con las tradiciones chicheras del pasado, las ubican en un contexto de fin de siglo, impregnado por los acontecimiento de cambio y globalización en que se encuentra el mundo. Al mismo tiempo, insufla a la música chicha aires de renovación y cambio, con una iniciativa que emerge de las provincias amazónicas. Al parecer, es el tiempo de la chicha amazónica, de los grupos amazónicos y también de los norteños. De ese modo se instauró la tercera etapa de la chicha con un nuevo nombre: la tecnocumbia. ■

Acaba de aparecer

Perú Hoy

el Perú y las cumbres mundiales



DRUG ABUSE
PREVENTION
FORUM

FORUM SUR LA
PRÉVENTION
DE L'ABUS DES DROGUES



desco

Durante los 90 la ONU organizó una serie de conferencias mundiales en las que se trataron problemas comunes al conjunto de la humanidad. Asuntos como el medio ambiente, la pobreza, las ciudades, la situación de la mujer y otros fueron objetos de un fructífero intercambio de opiniones entre los gobiernos, los organismos mundiales y los representantes de la sociedad civil.

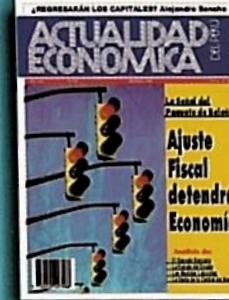
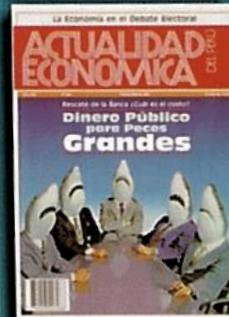
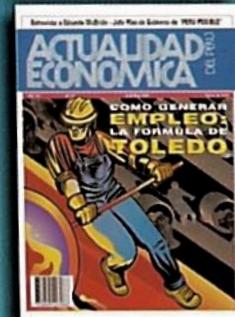
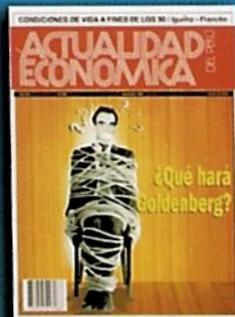
¿Qué balance podemos hacer sobre lo acordado en estas cumbres? Este y otros temas son discutidos en el último número de Perú Hoy por destacados especialistas peruanos, invitándonos así a una reflexión profunda sobre nuestro país y su relación con el contexto internacional.

UNMSM-CEDOC

DEL PERÚ

23 AÑOS DE
ACTUALIDAD
ECONOMICA

23
Años
1978 - 2000



Jr. Talara 769
Jesus Marfa
Lima - Perú

433-3472 / 433-3207
E-mail:ae@cedal.org.pe

SM-CE



Los alumnos de la Universidad Católica están a kilómetros de distancia

Desde América hasta Asia, nuestros programas internacionales y de intercambio abren un mundo de oportunidades profesionales y de desarrollo personal. Más de 150 convenios con las principales universidades del extranjero para una sólida formación.



Pontifícia Universidad Católica del Perú

Toda la vida adelante.